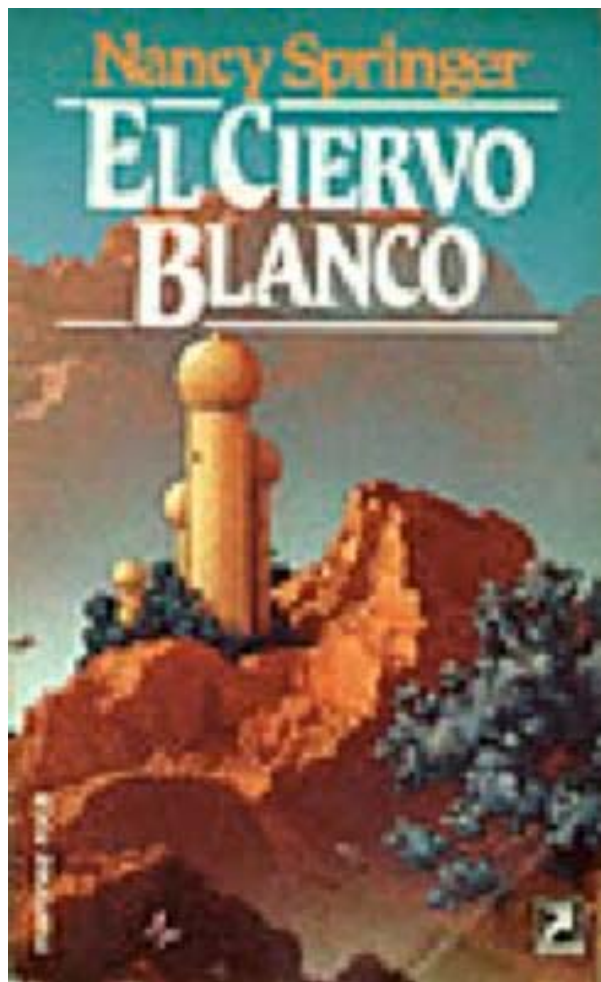


EL CIERVO BLANCO



Nancy Springer

Título original: The White Han
Traducción: Albert Solé
© 1979 by Nancy Springer
© 1986 Ediciones Martínez Roca S. A.
Gran Via 774 - Barcelona
ISBN 84-270-1011-7
Edición digital: Elfowar
Revisión: Melusina
R6 09/02

Prólogo

Hace mucho, mucho tiempo, tanto que el hechizo del Principio todavía imperaba, existía un pequeño país llamado Isla. Bien podría haber sido el mundo entero para quienes lo habitaban; vastos océanos lo rodeaban igual que el espeso Bosque rodeaba a cada aldea. Más allá del Bosque, en la Desolación, las Ciénagas o las Marcas montañosas del mar, caminaban aún los Antiguos; y dioses, fantasmas y todos los moradores de las colinas huecas no eran extraños al umbrío entramado más allá de las puertas del castillo. Fue en esos tiempos cuando se dio comienzo al Libro de los Soles, aunque los Reyes del Sol lo conocieran sólo vagamente; y un destino que venía de lejos empezó a cumplirse cuando una dama, bella como la luz del sol, amó al Rey de la Luna en Laureroc.

*Aquí hay Dragones
Tal como era en tiempos de Bevan, Príncipe de Eburacon.*

LIBRO UNO - La Piedra que Habla

Canto a la dama, la doncella de alas ligeras.

Dorada como la luz del sol es Ellid Dacarin; Suave como el alba es la hija de Eitha.

Brillante como una espada es su libre capricho; Orgullosa como el halcón vuela su espíritu Indomable como el fuego es la hija del dragón; Hermosa como el fuego la luz de su rostro.

Más amada que el oro es la doncella de Dacarin; Más cálido que el oro es el brillo de sus ojos.

Más larga que la vida es la promesa de la dama; Más grande que los mundos la valía de su amor.

1

Era una oscura noche sin luna, y la oscuridad era aún mayor dentro de la estrecha torre de Myrdon. Ellid se estremeció en su reducido lecho de paja, tanto por la oscuridad como por el frío. Jamás había sido tan desgraciada. En el gran salón de su padre, antorchas y velas llameaban siempre para alejar a las cosas que se mueven en la noche: las gimientes damas blancas y el traicionero pouka que atrae a los viajeros incautos a su muerte en pozos o en tétricos pantanos. Los negros espacios de la noche torbellineaban con seres similares, y en la mísera celda de su cautiverio Ellid sentía a su alrededor los ágiles habitantes del aire. Desnuda como estaba en el abismo de la noche, se apartaba en vano de su presencia.

Pero cuando oyó ruido de golpes y arañazos cerca de ella, Ellid no gritó. Ante ningún peligro se habría levantado para llamar a los toscos hombres que reían y comían abajo. Lo único que hizo fue erguirse y escuchar atentamente. Los sonidos venían de la alta ventana enrejada, ahora sólo un recuerdo en la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —susurró Ellid, y se sobresaltó violentamente cuando en la oscuridad llegó una queda respuesta.

—Un amigo —replicó la voz, una voz varonil pero tan dulce como el canto—. Os lo ruego, señora, no gritéis.

Dudando entre la esperanza y la consternación, Ellid guardó silencio. Oyó un rechinar cuando los barrotes quedaron sueltos, y un golpe cuando el extraño se dejó caer al suelo. Se acercó, inseguro, y luego se detuvo.

—Señora —dijo en voz baja—, aquí se está tan oscuro como en el Pozo de Peí. He de encender una luz. No os asustéis.

Ellid miró.

—¡Las madres me protejan! —dijo sin aliento.

Dos manos brillantes y esbeltas tomaron forma en las tinieblas, manos circundadas por una luz fantasmal. Llamas pálidas ondulaban en las puntas de los dedos. Las manos se alzaron formando una copa, y Ellid atisbo tras ellas un rostro, los huecos oscuros de los ojos y una firme mandíbula. La mandíbula se endureció aún más y las manos descendieron.

—¡Canallas! —musitó el visitante—. ¡Que os hayan desnudado así!

Se acercó más hasta poder tocar la áspera pared a su lado, y sus manos dejaron la luz en la piedra, como el espectro de una estrella. A su débil brillo, Ellid podía ver tenuemente al extraño. Con todo, estimó que era esbelto y un poco más alto que ella. El extraño se arrodilló delante de ella.

—Esto no os dolerá —dijo con voz baja y melodiosa, y ella sintió sus dedos en la muñeca.

Eran cálidos, como lo es la carne del hombre; y eso la tranquilizó un poco. Inexplicablemente, los grilletes cayeron de su brazo. El extraño se levantó y dio un paso atrás. Ellid se acurrucó contra la piedra como un animal acosado. Desnuda como estaba, prefería su propia suerte a este misterioso visitante nocturno. No era un guerrero, por su talla; podía lanzarse contra él, quizá golpearle contra la piedra si, de hecho, pertenecía al género humano... Pero cuando se preparaba a saltar, él sacó la túnica y se la ofreció en silencio.

Se levantó y se puso el áspero tejido. Apenas le llegaba a las rodillas, pero su calor era como un abrazo. El extraño trajo un rollo de cuerda y pasó un lazo a su alrededor.

—Os bajaré lentamente —le dijo—. Seguid el camino con cuidado... y, a menos que todo vaya mal, esperadme abajo. ¿Estáis lista?

Sabía que ahora estaba obligada a confiar en él. Trepó a la ventana y salió por ella sin decir una palabra, apresurándose para que él no intentara tocarla para prestarle ayuda. En la ventana no quedaba ni un resto de los barrotes para estorbarle el paso. Se agarró al dintel mientras la sogla se tensaba, y luego se apoyó en su delgada resistencia para percibir su camino de descenso. Por primera vez esa noche, Ellid se sintió agradecida por la oscuridad, no sólo porque escondía su huida, sino porque le impedía ver el turbador abismo debajo de ella.

Luchó por no pensar en él, ni en las extrañas manos que la sostenían, sino en sus enemigos, los hombres de Myrdon. Siguió con precaución, esquivando ventanas, pegándose al muro. Cuando por fin sintió el frío suelo bajo sus pies descalzos, tuvo que tantearlo durante unos momentos de incredulidad antes de, por fin, soltar la sogla de sus hombros.

Ellid tiró de la sogla y sintió el tirón de respuesta arriba, a lo lejos. No habría podido decir por qué no se apresuró a alejarse. Mucho mejor sería dar tumbos sola a través de la noche que aferrarse a un brujo, cuyas manos rompían el hierro y encendían fuego. Pero no era por cobardía por lo que Ellid era llamada la hija de Pryce Dacarin. Mantuvo tensa la cuerda y esperó al hombre con quien tenía cierta deuda de gratitud, el hombre de las manos cálidas y la voz suave...

Casi tan deprisa como sus pensamientos, él estuvo a su lado, descendiendo por la sogla. Para su renovado asombro, él dio un tirón a la sogla y ésta cayó por sí sola. La enrolló rápidamente y se la colgó al hombro. Luego, moviéndose con seguridad hasta en las tinieblas de la medianoche, la cogió de la mano y echó a andar. Ni un punto de luz apareció en los muros; muy probablemente los centinelas se habían unido al ebrio festín que resonaba desde el gran salón debajo de la torre. Las puertas estaban aseguradas, por supuesto. La extraña escolta de Ellid alzó la pesada viga y empujó con suavidad las puertas de madera. Luego, él y la dama se deslizaron a través de ellas y ningún grito les siguió.

La primera y débil luz del alba les encontró leguas más allá, pues el extraño andaba rápidamente y con seguridad incluso en la más densa sombra de los árboles. Ellid le seguía de cerca, incapaz de ver los agudos guijarros que cortaban sus pies descalzos, la cabeza agachada ante las ramas que amenazaban con perforarle los ojos. La claridad grisácea que se filtraba ahora en el Bosque le mostraba sólo la espalda de quien andaba delante de ella, una espalda desnuda por encima de los pantalones de cuero y tan pulida como el acero. Pero cuando coronaron una escarpadura, se enfrentaron súbitamente al sol naciente. Ardió de lleno en sus rostros mientras el suelo descendía bajo sus pies.

Ellid alzó los brazos con agradecimiento. Su compañero, en cambio frunció el ceño y se volvió.

—Venid —dijo—. Aquí todo el mundo puede vernos.

Emprendió el descenso de la empinada ladera y ella le siguió, contemplándole con curiosidad. Era esbelto y bastante joven, quizá tanto como ella. Sus ojos, bastante

separados, eran tan oscuros y brillantes como carbones. Su cabello era de un negro reluciente y su piel de un lustre pálido, como la luz de la luna; la sangre latía en su interior como la marea. Había visto cómo sus labios se volvían de un rojo oscuro al morderlos. Su rostro era extraño y sin tacha, como una cara en un sueño. Ellid nunca había visto tan desnuda belleza en un hombre; incluso a la luz del día tuvo que mirarle con recelo.

En las sombras del profundo barranco hallaron un estrecho arroyo. El joven se arrodilló para llenar su odre. Ellid se sentó y sumergió en el agua sus pies, que empezaban a dolerle.

—¿Te hace daño la luz? —preguntó, rompiendo el largo silencio.

—Me acostumbraré a ella con el tiempo —replicó ásperamente él—. De todos modos, debemos hallar refugio pronto, mi señora. La luz no trae suerte a los perseguidos.

Ellid hizo acopio de valor y luchó por levantarse. Pero la búsqueda no fue larga. En la cima de la siguiente elevación crecía un bosquecillo de altos abetos, con ramas que barrían pesadamente el suelo. Más allá había un espacio soleado. El extraño alzó una gruesa rama verde para que Ellid se deslizara abajo.

—Así está bien —dijo al llegar a su lado—. Podemos ver lo que se acerque por cualquier lado. Mi señora, ¿comeréis?

Le ofreció un pastelillo de avena y miel, como los que la gente del campo colocaba en los viejos altares. Ellid lo miró con sorpresa, pero se lo comió agradecida.

—Te debo mucha gratitud por liberarme —dijo al terminar.

Su compañero emitió un sonido de auténtica pena.

—Ah, señora —le dijo con emoción—, ¡hace días que os habría ayudado! Os he seguido desde el día en que os raptaron del dominio de vuestro padre... Fuertes torres de piedra hacen descuidados a los hombres, pero en el camino su vigilancia era buena. No pude acercarme.

La guardia había sido ciertamente buena. El rostro de Ellid se torció con amargura ante el recuerdo de los diez días de viaje en aquella lastimosa carreta, las burlas, las esposas, los azotes y la comida pestilente. El primer día le cortaron el pelo para humillarla. Y al final del viaje la despojaron hasta de su humilde ropa...

Su rostro enrojeció al recordarlo. Sus ojos encontraron los de él nublados por la pena.

—Mi señora, ¿os violaron?

Ellid rió ásperamente.

—¡No! No. Al menos eso no lo hicieron. Para hombres como esos, la carne echada a perder no vale nada, y me atrevo a decir que pensaron que mi valor para mi padre es el mismo. Así que tuvieron mucho cuidado de mantener intacta la mercancía, aunque no fueron demasiado amables en el transporte.

—Y tampoco yo en mi rescate —añadió amargamente el extraño de ojos oscuros—. A vos, que merecís todo lo bueno, os he ofrecido una camisa de mendigo, un mendrugo prestado y las duras piedras por sendero.

—¡Ellid Alaligera, me han llamado los bardos! ¡Si pudiesen verme ahora!

—Ellid sonrió con tristeza ante la visión de sus pies doloridos y ensangrentados—. Y con todo, mi suerte ha mejorado mil veces. Os debo todo agradecimiento. ¿Qué nombre puedo daros, a vos que me habéis ofrecido vuestra amistad?

—Respondo a mi Señor —murmuró él—, como otros hijos de hombre.

Ellid frunció el ceño asombrada y no dijo más, porque sabía que no iba a darle el tratamiento de esclavo. El sol de abril era cálido a través de las ramas de abeto, y el espeso lecho de sus agujas caídas era suave. Ellid estiró sus doloridos miembros. Mientras caía dormida vio al joven de negro pelo apoyarse en el tronco de un árbol, montando guardia sobre su sueño.

Despertó horas después, alertada por algún ligero sonido o el sentido del peligro. No precisó la mano de su compañero en el hombro para advertirla de que guardara silencio.

En la ladera de la colina, abajo, cabalgaban los exploradores de Myrdon, tanteando perezosamente los arbustos con sus lanzas.

Observando tensamente, Ellid no pudo dudar de que se dirigían hacia los abetos. ¿Esperar o huir? Las dos salidas parecían desesperadas. Pero justo cuando Ellid se encogía por la desesperación, los hombres que se aproximaban gritaron y se apartaron de su rumbo. Ellid quedó boquiabierto: el ciervo era una pura llama blanca, con un resplandor como de corona de plata en su cabeza; era la criatura más bonita que jamás hubiera visto.

Por un momento permaneció quieto, como una estatua, antes de alejarse. Y todos los jinetes de Myrdon galoparon tras él.

—Así de ligeramente se aparta a los hijos del hombre de sus intenciones —señaló secamente el joven de ojos oscuros.

—¿Dormiréis ahora? —preguntó Ellid con frialdad—. Yo vigilaré.

Su corazón sentía dolor por el huidizo ciervo blanco.

El extraño no durmió, sino que se sentó junto a ella en silencio. Nada más sucedió aquella tarde. Al crepúsculo, los fugitivos se arrastraron hacia adelante y descubrieron que se habían refugiado en un bosquecillo sagrado. El hogar del dios estaba marcado con un altar de piedra. Sobre él yacían las ofrendas de algún lugareño, unas manzanas del año pasado, picoteadas por los pájaros. El joven las recogió y le ofreció una a Ellid. Ella frunció el ceño.

—¿No temes a la venganza de los dioses, tú que saqueas sus viandas?

—No, así está bien —respondió él con vaguedad—. Comed.

Ella cogió de su mano lo que no habría cogido del altar aunque hubiera estado muñéndose de hambre. Pero la comida hizo poco para calmar sus penas aquella noche. Tenía los pies hinchados y supurantes, y las sandalias de suela de madera que su compañero le había dejado eran incómodamente grandes. La atormentaron, haciéndola tropezar y resbalar hasta que se las devolvió a su propietario, prefiriendo desafiar a las rocas. Su escolta frenó el paso para aliviarla, pero en unas cuantas horas la cabeza le daba vueltas por la fiebre y el dolor. Siguió tambaleándose, medio inconsciente, agarrándose al cinturón de su compañero tanto para apoyarse como para seguir el rumbo.

Apenas se dio cuenta de que había caído y luchaba por levantarse. Aturdida, se sintió alzada del suelo y depositada sobre unos hombros cálidos y suaves. Bajó la cabeza y dejó de luchar.

Muchas leguas al norte, Cuin, hijo de Clarric el Sabio, cabalgaba al lado de su cejijunto tío, Pryce Dacarin —Pryce de las Fortalezas, como le llamaban los hombres—. Marchaban lentamente, pues a sus espaldas iba un ejército y debían acompasar su paso al de los soldados de a pie. Cuin se impacientaba ante el retraso. Sentía un ansia dolorosa de correr, todo lo que pudiera su caballo, hacia la vil torre donde Marc de Myrdon tenía su sucio nido. ¡Qué le podían estar haciendo a Ellid aquellos rufianes!

—No la deshonrarán, si es oro lo que esa rata de Myrdon quiere de mí —le había dicho Pryce Dacarin—. Confórmate, hijo de mi hermana.

Y con toda probabilidad era el oro lo que deseaban. Todo el país de Isla pululaba en extorsiones parecidas. Que alguien recordara, no había existido un Gran Rey que mantuviera el orden desde que Byve había encontrado su destino. Clanes, pequeños jefes y reinos miserables punteaban el país, cada uno encerrado en su propia fortaleza y su retazo de campos; a su alrededor, el Bosque salvaje les envolvía con su laberinto. Cada verano las bandas de saqueadores partían como navíos por mares procelosos... Quizá no era el oro lo que buscaba Marc de Myrdon, reflexionó Cuin. Quizás haría de Ellid un peón en algún escurridizo juego de poder, quizá la esgrimiría para retorcer la nariz a

Dacaerin... En verdad, habiendo visto por una vez su hermosura, ¿no la arrastraría a su lecho? Cuin cerró los puños ante tal idea.

Cuando la hubieran rescatado, desposaría con alegría a su hermosa prima, incluso aunque la hubiesen deshonrado. Mientras cabalgaba, Cuin la imaginó: una criatura esbelta y llena de luz, como un pájaro del bosque o un huidizo ciervo moteado. Sus maneras eran libres como el viento, algo tozuda en realidad, pero nunca le faltó la cortesía que brota del corazón. Durante muchos años habían sido buenos camaradas, y aunque ella no le había dado el sí, seguía sin haberle dicho que no. Verdaderamente, todo el mundo esperaba que se casaran; podía decirse que ella era suya por derecho de nacimiento. El clan de Cuin se aferraba aún al viejo modo de reconocer el linaje a través de la mujer. Así él, el hijo de la hermana, era heredero del dominio de su tío. Pero por su boda con Ellid también el hijo de su tío podría compartir el dominio; lo que era justo. Y aunque a Cuin no le gustaba ser dirigido, en esta cuestión era todo obediencia...

Pues Ellid, hija de Eitha, tenía el rostro de una flor por su hermosura y el cuerpo de una paloma por su gracia, su mente era tan veloz como una espada y su espíritu tan brillante como un acero iluminado por el cielo.

Cuin aceleró el paso hacia la torre de Myrdon con la angustia en el corazón, pues la quería mucho, como la querría hasta su muerte.

2

Cuando Ellid despertó se encontró bañada por el sol, yaciendo bajo una manta andrajosa encima de un espeso lecho de hojas. No muy lejos ardía un fuego con un puchero de hierro colgado encima. Sobre su cabeza había un tejadillo improvisado... Ellid se sentó para mirar alrededor, y boqueó involuntariamente cuando el dolor la asaltó. El joven del pelo negro se acercó, surgiendo tras un muro de piedra.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me duele, eso es todo.

Ahora Ellid podía ver que se hallaba en el interior de un edificio circular, en ruinas y medio librado a la intemperie. Más allá ondulaban los árboles; no podía distinguir más. Su liberador le trajo un tazón de hojalata lleno del humeante líquido del puchero. Era un excelente estofado de carne sazonado con hierbas. Carne de conejo, pues percibió las pieles tendidas a secar no muy lejos.

—La cura para vuestros dolores está al alcance de la mano —le dijo el joven cuando hubo terminado—. Señora, dejad que os transporte de nuevo.

La levantó, manta incluida, y la sacó al exterior con una facilidad llena de gracia. Los ojos de Ellid se ensancharon. Ante ella se alzaban elevadas agujas de piedra cincelada, murallas y parapetos y todos los salones y recámaras de una regia fortaleza: todo estaba en silencio, asolado por el fuego y el clima y medio escondido por el verdor. El cuarto del que habían salido no era sino una pequeña casa de guardia, empequeñecida por el muro exterior.

En alguna época pasada éste había sido un castillo como jamás los había visto Ellid; no, una ciudad debía de haber ocupado estos muros. Diez de las fortalezas de su padre no lo habrían rellenado.

—¿Qué sitio es éste? —exclamó.

—Eburacon —replicó él, y su voz suave vibró al pronunciar esa palabra.

El hogar perdido de los Grandes Reyes. Relatos de esa época dorada le habían sido narrados a Ellid junto a la chimenea. No les había prestado gran atención, ella que tan ardientemente vivía a su propio tiempo: ¿de qué le servía que el país no siempre hubiera estado devastado por guerras insignificantes? Pero, con todo, el nombre resonó en su interior como una canción medio olvidada. Permaneció silenciosa, maravillada, mientras el

joven de ojos oscuros la transportaba rápidamente a través del vasto y ruinoso patio de armas.

Finalmente, llegaron a unos pulidos escalones de piedra que descendían hasta un bosquecillo amurallado de hayas plateadas; grandes peñascos de piedra blanca asomaban entre los árboles. En el fondo de la hondonada doblaron una esquina de piedra y llegaron a un extraño estanque burbujeante cuyo pétreo lecho había sido desgastado por el tiempo. Delgadas espirales de vapor se elevaban desde la superficie. El compañero de Ellid la depositó en el borde y sumergió sus manos, finamente modeladas, en el agua.

—Hay un maravilloso poder de fuerza y curación en este manantial —señaló—, y aunque estuviera sucio, el calor os aliviaría de vuestro sufrimiento. Quedaos en él tanto tiempo como gustéis, mi señora. Aquí no hay ojos para veros, pues este lugar está bien guardado por las sombras del pasado. Y cuando hayáis terminado, llamadme; estaré cerca.

Ellid aguardó hasta que sus pisadas se hubieron desvanecido bien lejos antes de quitarse la manta y su arrugada túnica. El agua estaba caliente y parecía pincharle. Entró en ella con precaución, pero en un momento se relajó, deliciosamente consolada. Tomó asiento en un reborde bajo la superficie, tan segura como en una silla, y el agua fluyó más allá de sus pies desde alguna fuente oculta en el fondo. De todas las obras de la naturaleza jamás había conocido Ellid ninguna tan maravillosa. Se dejó empapar por el calor hasta que el sudor perló su cara.

Luego trepó al exterior, se puso la túnica y emprendió cautelosamente el camino de vuelta.

Encontró a su compañero recogiendo leña seca en el patio.

—¡Mi señora! —exclamó, apresurándose hacia ella—. ¡No deberíais andar con los pies en tal estado!

—No conozco vuestro nombre —le dijo ella remilgadamente—, y no podía llamaros.

—¡Llamadme como queráis! —gruñó él.

—Vamos, mi señor —dijo mientras le contemplaba afable, aunque bastante seria—. ¿Cuál es?

Por el tiempo que duran diez exhalaciones, la examinó con sus ojos que eran tan oscuros y profundos como pozos.

—Mi nombre es Bevan —dijo por fin—. Hijo de Byve, Gran Rey de Eburakon. Nacido de Celonwy y adoptado por sus parientes bajo las colinas huecas. Mano de Plata, así me llaman.

—Entonces os he dado un título demasiado humilde llamándoos señor —dijo Ellid con voz débil—, pues sois uno de los dioses.

—¡Dioses! —Rió amargamente, aunque no de ella—. Semidioses. Todos se han empequeñecido ahora hasta la estatura de los mortales, o menos aún, y a una vida de algunos centenares de años. En los días de gloria del reino de mi padre, semanas de festivales y sacrificios apenas bastaban para honrarles. Ahora los campesinos miserables arañan el suelo y se mueren de hambre por traer alguna pequeña ofrenda a sus altares. Mucho han fluido las mareas del tiempo desde que los hijos de la diosa madre Duv cedieron las tierras iluminadas por el sol a las Madres del hombre.

Recogió a Ellid y volvió con ella al campamento, él cuya estatura era apenas superior a la suya, y aunque era delgado la llevaba con ligereza. La depositó en el suelo y llenó un cuenco con agua para sus pies, bañándolos cuidadosamente y frotándolos con hierbas exprimidas. Ellid contempló los movimientos de sus hombros desnudos y sus manos, maravillosamente diestras, y no halló nada que decirle.

—No —dijo Bevan rompiendo al fin el silencio—, ya no soy un dios, mi señora. He unido mi suerte a la del pueblo de mi padre. Yo que camino bajo la luz debo vivir rápidamente y morir pronto, como lo haría un hombre.

—¿Pero por qué? —jadeó ella.

—Quizá Duv lo sabe. Yo no, excepto que mi corazón ardía dentro de mí para volver a casa, a una gente y un lugar que nunca he conocido... Ir a casa para morir.

—Probablemente os parecerá poco tiempo —dijo Ellid en un murmullo, un tanto desconcertada por esa conversación sobre la muerte—, pero deben quedaros aún muchos más años que la vida de un hombre. Aunque no me atrevo a decir que no sois tan joven como aparentáis.

—Apenas lo sé. El tiempo se mueve de un modo diferente en los castillos iluminados por antorchas del interior de la tierra. En realidad, casi parece inmóvil. —Bevan la contempló, excitado—. ¿Cuántos años del hombre han transcurrido desde que mi padre caminó del mismo modo que yo?

—Algo más de cien años —respondió ella rápidamente—. Más que la vida de cualquier hombre.

—Pues, a pesar de todo, se hallaba con buena salud cuando me fui, aunque un tanto desanimado. Y cuando yo nací él ya era de avanzada edad. Entre el pueblo de mi madre se me tiene por joven, mi señora.

—¿El Gran Rey Byve de Eburakon vive todavía? —interrogó Ellid—. La gente le daba por muerto...

—En el incendio del asedio. Ciertamente, oscuros son los poderes del Pel Blagden, pero esa noche perdió su presa. —Bevan se detuvo un instante, y sus ojos cobraron un brillo de dureza—. Ese es otro que aún vive, mi señora.

—¿Pel Blagden? —susurró ella—. ¿El señor del manto?

—Ciertamente. Hay dioses y dioses, señora. Pel Blagden es uno de los que no pusieron su dedo en el Acuerdo.

—Entonces ningún voto le ata, para no poder caminar bajo la luz...

—Así es. Camina bajo muchas formas y lleva muchos nombres. Se alimenta de la contienda y de la sangre del hombre, y amontona tesoros con la codicia del dragón. Empaña con la vergüenza el recuerdo de la época grande y llena de gracia... —Bevan se estremeció—. ¡Basta! Ya hay suficiente mal en que carezca de vendajes para vuestros pies —dijo mientras le sonreía, la primera sonrisa que había visto en aquel rostro grave y pálido, y le sentaba muy bien—. ¿Comeréis algo, mi señora?

Tomaron estofado de conejo con cebollas y raíces de zanahorias silvestres; Ellid no habría podido desear nada mejor. Después no tuvo nada que hacer salvo sentarse al sol en el patio mientras Bevan exploraba entre las ruinas. Regresó con férreas puntas de lanza y espadas ennegrecidas, pero sin una hebra de tela; toda se había podrido años antes.

Cogió una espada y cortó un arbolillo, susurrándose en una lengua extraña antes de cortarlo. Le dio forma hasta encajarlo estrechamente con una punta de lanza, atándolo, con los cordones de sus sandalias. Luego, sin decir una palabra, se alejó hacia el Bosque que les rodeaba. Ellid se tendió allí mismo y se quedó dormida.

Despertó con una extraña sensación de paz y llena de tensión, tan espesa y tangible que casi se podía flotar en ella como en el agua tranquila. El ciervo blanco estaba inmóvil contemplándola a no más de unos diez pasos de distancia. Sus ojos eran grandes y despejados, de un ardiente tono oscuro, como el de los rescoldos. Las astas de su cabeza eran plateadas y estaban curiosamente retorcidas en la forma de una corona que irradiaba. Ellid miró y miró como si aquella visión fuera a no tener fin, y el ciervo le devolvió la mirada. Había manzanos creciendo en el patio, restos de lo que había sido una vez un huerto regio en los jardines de Eburakon. El venado se giró majestuosamente y se deslizó entre los fragantes troncos; pétalos blancos se desparramaron encima de ella. Ellid se estiró y descubrió que Bevan estaba de pie, a su lado.

—Es primavera —murmuró él—, y los manzanos de Eburakon florecen.

—La gente dice que sus frutos son de oro —dijo Ellid como ausente—, y que comerlos es la muerte.

Bevan frunció el ceño.

—¡Nadie puede venir aquí, pero me pregunto por qué dicen eso! Manzanas tales me parecerían el mejor de los alimentos.

El ciervo blanco se detuvo bajo las níveas flores del más grande de los árboles, y Ellid le miró con amor.

Permanecieron en las ruinas de Ebucaron durante varios días. Los pies de Ellid curaron con rapidez, y pronto pudo ir, calzada con mocasines de piel de conejo, a recoger leña para el fuego y agua para cocinar. El lugar estaba lleno de manantiales de agua dulce. Se remansaban en profundos estanques donde peces gordos y perezosos apenas si se apartaban de una sombra humana; Bevan los cogía con sus manos desnudas y ágiles. Obtenía conejos de sus trampas, y al segundo día mató un ciervo moteado: Ellid llevó una falda de esa piel. Comían bien, pues los brotes tiernos y verdes eran abundantes para quien los conociera. Bevan recogía grandes y deliciosas brazadas de ellos.

Trajo también setas y Ellid no temió al veneno en nada de lo que él le daba.

—Las elijo básicamente por el olfato —le explicó—. En realidad, a menudo cierro los ojos para encontrarlas mejor. Ya sabéis que necesito poca luz. El pueblo de mi madre recoge su alimento en las sombras y bajo la luz de la luna...

—Y hacen nudos en las crines de los caballos —se burló ella—, y vuelven estériles a las vacas.

Él sonrió amargamente.

—¡Todas las cosas en que la suerte del hombre se tuerce caen sobre la cabeza de los hijos de Duv! Pero, en verdad, muchos que caminan a sus anchas en la penumbra nocturna se marchitarían a la luz del día. Hay una frágil y peligrosa belleza en la noche.

Ellid sabía que Bevan vagabundeaba a menudo en la oscuridad. Tenía algo de la fiereza del gato, amistoso durante el día pero huidizo, esbelto y grácil para merodear en la noche. Eso no la asombraba: ¿acaso su madre no era santa patrona de la luna? Probablemente era de ella de quien Bevan había sacado su hermosura finamente esculpida, su rostro de sombras y luz lunar. Ellid le miraba a menudo; conocía las líneas de su delicada nariz, el sombreado de sus mejillas y su grave boca. Sus ojos eran grandes y profundos como cielos nocturnos, y algunas veces igual de solitarios. Cuando se sentaba, silencioso y apartado de todo, le parecía que se había abandonado a sí mismo y partido a un lugar que estaba cerrado para ella, algún reino secreto... Imaginaba que de tal modo recobraba fuerzas, y no necesitaba del sueño. Su rostro se iluminaba con la llegada del anochecer, y no había sueño en sus ojos centelleantes.

Una vez, despertando de su propio sopor, Ellid le oyó muy cerca, hablando en una lengua que le era extraña; a quién o a qué no lo sabía.

—¿Veis con frecuencia al pueblo de vuestra madre en la noche? —le preguntó al día siguiente mientras caminaban juntos.

—Nunca —replicó él sin inmutarse—. No veré más a mi madre ni a su pueblo, a menos que elijan morir como yo lo he hecho.

—¿Ni a vuestro padre? —preguntó asombrada.

—Ni a él. Ahora me hallo totalmente separado de ese mundo.

—Entonces os halláis muy solo —dijo Ellid con lentitud—. ¿Por qué vinisteis, mi señor? ¿A rescatar nobles doncellas de torres?

—¿Por qué no me llamáis Bevan? —replicó él.

—Cuando me llaméis Ellid —le sonrió ella—. Vamos, mi señor, ¿qué os trae al mundo de los hombres?

—¡A fe mía que no lo sé! —Bevan no dirigió la mirada hacia ella al hablar, sino hacia los árboles lejanos—. El extraño, extraño mundo de los hombres. El primer día, cuando llegué, el sol naciente me hirió como una espada. Pero al mediodía me encantaba mejor, y viajé hasta un lugar donde había hombres atareados sembrando la tierra. Les observé

desde la sombra de los árboles, y no deseé nada mejor que trabajar con ellos, tocando la cálida tierra. Por último me acerqué...

—¿Qué sucedió? —preguntó Ellid quedamente.

—Se quedaron mirándome. Después se aproximó un hombre gordo y me preguntó qué asunto me traía allí, y pareció tomar a mal que no hubiese ninguno. Me llevaron a esa misma torre vil de Myrdon, mi señora, y me encadenaron como a un perro junto a la puerta de la cocina, me desnudaron y apedrearon y me ofrecieron los restos de la comida. Esa noche, cuando todo estuvo tranquilo, me quité la cadena, encontré alguna ropa y me marché. Unos soldados viajaban hacia el norte al día siguiente, y yo les seguí para ver de qué se trataba aquello, pero no volví a mostrar mi rostro. Los hombres son un pueblo extraño.

Ellid se encontró sin nada que decir.

—¿No podíais... enseñarles a ser más corteses?

—No. —Bevan le sonrió con pena—. Muchas cosas se pliegan a mi contacto y mi palabra, señora; piedra, acero y fuego cederán ante mí. Pero sobre los hombres tengo escaso poder, a menos que me lo concedan libremente... De todas las cosas, el hombre es la más tozuda.

Caminaron un tiempo en silencio.

—Pero los hombres no siempre fueron tan hoscos —se atrevió a decir finalmente Ellid.

—Cierto, eso he oído —dijo Bevan deteniendo sus pasos y sentándose frente a ella—. Cuando gobernaban las Madres, como la Gran Madre Duv que les había concedido la tierra, entonces en la mayor parte de ella reinaba la paz, ¿no es cierto? Las mujeres tienen la inclinación hacia la crianza, no hacia la destrucción; no puedo entender por qué cedieron el gobierno a los hombres.

—Cuando los hombres, adivinaron que ellos también eran los creadores de los niños —dijo Ellid—, todo se hizo ruinas. Así me lo ha contado mi madre, aunque eso fue hace mucho.

—Cierto, ¿qué hombre desearía dejar su tierra al hijo de su hermana antes que al niño que él mismo ha engendrado? —Bevan miró hacia adelante, hablando como quien tiene ante sí el objeto de su discurso—. ¡Malos tiempos fueron aquellos! El primo guerreó contra el primo y los hermanos se casaron con las hermanas para compartir la herencia. Hasta los padres se volvieron contra las hijas... Y ahora la gran rueda ha girado, ciertamente. Las viejas artes femeninas de la crianza, han sido olvidadas; los bardos glorifican sólo las hazañas guerreras. El hijo toma su nombre del padre, y su madre se ha convertido en una mera criada. El matrimonio aleja a las mujeres de los suyos, y se comercia con ellas y se las roba como si fueran ganado.

—¡No en la casa de mi madre! —Ellid habló alto y con orgullo—. Guardamos las viejas costumbres.

—Lo hacéis —dijo Bevan volviendo de su ensueño con un esfuerzo desgarrador—. Pero Pryce Dacaerin es un señor duro y de férreo puño. Muchos son los soldados que mantiene a su servicio.

—Como debe hacer. Pero no hallaréis torturadores en la casa de mi padre. Y tampoco se han olvidado las viejas cortesías. Ningún extranjero deja de vacío la puerta de mi padre, y se rinde honor a quien le es debido, a los dioses y a las mujeres. En todos los asuntos de mi padre, la bendición de mi madre le acompaña siempre.

—Entonces Pryce Dacaerin es un hombre que debe ser honrado al igual que su mujer. —Bevan no pudo ocultar del todo su diversión ante el apasionamiento de Ellid—. ¿Dónde estaba cuando se os llevaron?

—Muy lejos, en Wallyn, hacia el oeste —dijo Ellid tiesamente—, como estoy segura de que bien lo sabía Marc.

—No lo dudo —continuó, sus ojos oscuros ahora llenos de seriedad—. Queréis mucho a vuestro padre, ¿no es cierto?

—Sí.

Podía verle con los ojos de la mente: un hombre esbelto y nudoso, más alto que la mayoría de la gente; su cabello color rojo halcón se erizaba como una criatura viva. Le vio cabalgando su bayo rojo, ¿pero dónde? Contó los días. Cinco para que el mensajero llegara a Wallyn trayendo unas noticias que eran como un bofetón en la cara.

Una semana o más para que su padre regresara a sus dominios y reuniera a su gente. Incluso ahora apenas si habría empezado el viaje de diez días hacia Myrdon. El corazón de Ellid suspiraba por él.

—En una semana estaréis de vuelta con él —le dijo Bevan, y se alejó por el Bosque.

Ellid se sentó y le contempló marcharse sin hacer ningún comentario; ya estaba acostumbrada a sus maneras poco ceremoniosas.

Bevan volvió al campamento horas después, trayendo unos urogallos para la cena.

—Hay nuevas —señaló después de ayudar a Ellid a limpiar y desplumar las aves— de que vuestro noble padre marchó de Caer Eitha hace tres días, en gran número y a paso forzado. Se dice que ya ha llegado a las encrucijadas.

Ellid se quedó mirándole, completamente cogida por sorpresa. Bevan respondía a una de sus preguntas antes de que pudiera formularla.

—Los espíritus de los árboles me lo dijeron —explicó tranquilamente—. No viajan, por supuesto, pero oyen todo el parloteo de los pájaros. Y hace días envié sombras... seres sin cuerpo, que superan al viento en su velocidad. Han traído el informe.

—¡Mi padre debe de haber cabalgado duramente! —murmuró Ellid.

—¿Podía acaso pensar en vos y conformarse con menos? —Por un momento la mirada de los ojos de Bevan al contemplarla fue tan suave como la luz crepuscular, luego suspiró—: Había concebido esperanzas de aguardar hasta que vuestros pies estuvieran completamente curados y calzados adecuadamente, y hasta que os hallarais en posesión de todas vuestras fuerzas. Pero ahora debemos irnos enseguida. Ocurrirán cosas malas si Dacaerin llega a Myrdon sin noticias vuestras.

—¡Mis pies estarán lo bastante bien en tanto pueda ver las piedras! —declaró Ellid.

—Entonces debemos viajar de día. —Bevan la miró con ojos llenos de turbación—. Osaría decir que Marc de Myrdon sigue buscándonos, ¡y aunque no lo hiciera, hay suficientes rufianes en las cercanías! No será cosa fácil, mi señora.

—Aun así —dijo ella.

—Aun así. Saldremos mañana temprano. Ahora venid a mi lado y prestad atención.

Trazó un mapa en el polvo del suelo.

—Caer Eitha..., el Camino Salvaje..., la torre de Myrdon. Estamos aquí, al este. Iremos hacia el norte y el oeste, así, para mantenernos alejados de las partidas de Marc y tener esperanzas de encontrar a vuestro padre. Si mantenéis una línea entre el sol poniente y la estrella vespertina, en algún momento cruzaréis el camino...

—Pero, mi señor —susurró Ellid—, ¿no estaréis conmigo?

—Estaré, si no somos descubiertos. —La miró de frente, lleno de sinceridad—. Pero si llega a haber combate, mi señora, debéis huir a toda prisa y seguir sola. No acudáis a mí para que os salve de la fuerza física, pues no tengo habilidades de guerrero. Debéis procurar solamente salvaros vos misma. Prometédme.

Ella le miró como paralizada.

—¡Ellid! —le urgió él.

—Lo prometo —murmuró.

—Así está bien. Ahora debéis comer bien, y dormir bien. La mañana llegará pronto.

Ellid tomó su alimento en un silencio cargado de ansiedad. Casi no se había dado cuenta de lo feliz que había llegado a ser en Ebucaron. Aun estando ansiosa por reunirse con su padre, se hallaba apenada por dejar un lugar tan pacífico. Fuera de la invisible pared que rodeaba este lugar protegido, había un mundo de insensatas contiendas. Ellid

había vivido en ese mundo toda su vida sin apenas un estremecimiento; pero ahora, el pensar en él, la llenaba de temor. Formas terroríficas se agolpaban a su alrededor como aquella noche en la torre, pero esta vez eran formas de humana maldad. Ellid no se lo habría confesado ni a sí misma; el más negro de los terrores era el miedo de perder a Bevan.

Mientras las sombras se espesaban, se bañó por última vez en el cálido manantial. Pero el agua no podía curar la angustia de su espíritu. Cuando cayó la noche, se dirigió a su lecho de hojas y se tendió, inquieta, contemplando la negrura. El sueño tardó en llegar y, cuando por fin vino, no sacó ningún bien de él; las pesadillas la atormentaron. Le pareció que se hallaba una vez más en manos de los hombres de Marc, pero esta vez no era capaz de afrontarlos con la firmeza anterior. Lloró cuando la abofetearon, y ellos rieron. La desnudaron y ella se acurrucó delante de ellos, gimiendo, odiándose a sí misma; luego comprendió que pretendían violarla.

Gritó y se debatió salvajemente, retorciéndose para liberarse de las duras manos que tiraban de ella en todas direcciones. Era inútil; alguien la había agarrado por los hombros...

—¡Ellid! ¡Ellid! ¡Soy yo, Bevan!

Viendo su pálido rostro a la débil luz de las brasas, no pudo entender en un principio dónde se encontraba. Después, ella, que no había, flaqueado ante los malos tratos de Marc, agachó la cabeza y lloró indefensa. Bevan la acogió entre sus brazos.

—No sé por qué estoy llorando —dijo Ellid con voz ahogada.

—Porque sientes pena. ¿No es bastante? —Bevan se apoyó contra la pared y la acunó en su pecho—. La pena se convertirá en piedra si no lloras. Pensé que ocurriría antes. Lloro hasta cansarte.

Lloró apoyada en el cuello de su tosca camisa de campesino, sintiendo su calor y su delgadez bajo la tela. ¡Qué extraño era que alguien tan ligero pudiera ser tan fuerte, llevar su carga por ella cuando le era imposible! ¿Qué distancia la había transportado...? Cuando se cansó de llorar, se recostó tranquilamente con su mano en el cuello de él. Siguió tendida mientras la felicidad se deslizaba como un animalillo en la oscura cabaña. A duras penas respiraba, para no asustarla.

—¿Ellid? —susurró Bevan.

Luego, lenta y cuidadosamente, la dejó en el suelo, creyéndola dormida. Sintió que le besaba la cara; sus labios eran ligeros como las alas de una mariposa nocturna sobre sus párpados. Luego se marchó y en un momento, le pareció, llegó la mañana.

Tan pocas eran sus posesiones que para empezar su viaje no tenían sino que comer y echar a andar. Bevan ató una espada oxidada a su cintura. Ellid llevaba su manta harapienta, una cuchara y un tazón de hojalata. Bevan tomó su lanza para que le sirviera de bastón y, sin mediar una palabra, emprendieron la marcha. Caminaron sin inquietud hasta llegar a los grandes túmulos donde yacían los huesos rotos de las sombras guardianas. Entonces se miraron el uno al otro, apretaron los dientes y, más precavidamente, siguieron adelante. Eburacón estaba ahora detrás de ellos.

3

No habían viajado más de medio día cuando ocurrió lo que Bevan estaba temiendo.

Fue, con seguridad, la más extraña batalla nunca entablada. Cuando Bevan y Ellid atravesaban un valle boscoso, dos hombres a caballo surgieron de una escarpadura.

—¡Huye, Ellid! —gritó Bevan, y arrojó su lanza.

El tiro se desvió ampliamente. Corrió en línea recta hacia los jinetes que picaban espuelas, gritando locamente, dando tirones a la pesada espada que se enganchaba en su cinturón.

Aunque entrenados para la guerra, los caballos se asustaron y uno resbaló en el abrupto terreno, haciendo caer a su jinete pesadamente al suelo. El otro hombre, luchando por conservar el equilibrio y agitando la espada sobre la cabeza, se empaló limpiamente en la hoja de Bevan. Los caballos, aliviados de sus cargas, se sacudieron violentamente y se alejaron. Bevan se quedó mirando las formas tendidas ante él, y Ellid, que había llegado junto a él, las miró a su vez.

—Creía haberte ordenado huir —le dijo él, sin vehemencia.

—¡No hubo tiempo! —respondió ella aturdida—. ¿Qué le ha sucedido a ése?

Bevan se acercó a examinarle.

—Creo que se ha roto el cuello —informó—. Ellid, coge los caballos y mantente alejada de aquí.

Los caballos estaban pastando a escasa distancia. Ellid se acercó a ellos con delicadeza y pudo coger fácilmente sus riendas.

Bevan estaba desvistiendo los cadáveres. Sólo un distintivo de tela les señalaba como hombres de Myrdon. Lo desgarró. Por lo demás, llevaban la abigarrada indumentaria común en su país. Una túnica estaba manchada de sangre. Hizo con ella una bola, que escondió entre los arbustos, y regresó junto a Ellid con su botín.

—Ten —le dijo bruscamente—. Ponte esto para cubrirte.

Ella se apartó y se vistió con la túnica, pantalones hasta la rodilla y sandalias. Las ropas eran demasiado grandes y estaban aún repugnantemente calientes de su anterior propietario, pero ella torció el gesto y se las puso tan bien como pudo. Cuando volvió, encontró a Bevan también cambiado y rebuscando una camisa para él en la impedimenta de los caballos.

—Estás hecha todo un apuesto mozo —dijo él como saludo—. ¿Crees que podrás cabalgar?

Ellid contempló los caballos con desánimo. Eran animales de batalla, tan duros y levantiscos como sus antiguos dueños, y aparejados sólo con ronzaes y mantas, pues las sillas y los estribos no habían sido aún concebidos. Además, nunca había montado en ningún caballo, ni en el más manso.

—¡Deberías saber que una mujer no debe montar a caballo! —le dijo a Bevan—. Dañaría la... zona virgen.

El lanzó un bufido.

—Eso lo dicen los hombres.

Ella se le quedó mirando.

—Quieres decir que... ¿las Madres montaban a caballo, en esos tiempos?

—Las Madres, y mi madre, aunque no recientemente. No hay demasiados corceles bajo las colinas huecas. En realidad, nunca he montado a caballo, pero debo intentarlo; carezco de zona virgen —repuso con tranquila burla en la mirada.

A Ellid no le gustaba que se rieran de ella, así que le miró furiosa y escogió inmediatamente su caballo, al que montó subiéndose a un tocón. Bevan montó el otro y encabezó de nuevo su interrumpido viaje.

Marcharon en silencio, agachándose para esquivar las ramas, concentrándose en su nuevo modo de viajar. Cuando los caballos se rebelaban, Bevan les hablaba en su extraño lenguaje y les corregía como si fueran niños desobedientes. Al anochecer ataron a los animales y acamparon. Ellid guardó un silencio gélido, y Bevan permaneció grave, como de costumbre. Había mantas y pan en las bolsas de los caballos; Ellid agradeció la comida y el calor.

Pero, una vez más, aunque yacía en el lecho más cómodo que había conocido en muchos días, Ellid no pudo conciliar el sueño.

Finalmente se levantó y miró a su alrededor con ojos aguzados por la noche. En la cumbre de una colina cercana pudo distinguir a Bevan sentado bajo la tenue luz de la luna en cuarto creciente. Ellid pensó que jamás había visto una figura tan solitaria. Quince días antes no habría osado aventurarse en la oscuridad ni siquiera con un candelabro en la mano, pero esta noche ascendió la abrupta y boscosa colina sin pensarlo dos veces.

A medida que se aproximaba pudo oír a Bevan cantando quedamente:

La Muerte es un Rey horrible;

El Destino es su novia.

Y yo, extrañamente, he escogido

Servir en su mesa,

Bailar en su boda...

Bevan interrumpió su canto cuando Ellid llegó a la cima. Le tendió la mano y le hizo sitio en su roca.

—La sangre de ese hombre de Marc sigue derramándose en mi mente —dijo un rato después—. ¿Es eso lo que te aflige también, hija de Eitha?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es lo que te hace vagar en la noche, Ellid?

—¡Puede que Duv lo sepa! —habló ella con ligereza—. La gente me ha dicho siempre que la noche está llena de toda clase de males.

—Cierto, así es —dijo Bevan pesadamente—, pero es el mismo mal que hay en el día... el mal de los hombres. ¡Mira ahí!

En las cumbres de las colinas que los rodeaban surgían chispas de luz, doquiera que el terreno estuviese despejado. Era la víspera del primero de mayo, el festival de Bel, el dios consorte, y por todo el país la gente encendía hogueras contra el hambre y la enfermedad... Ellid rió en voz alta. Esa noche entre todas las demás, decía la gente, los demonios del Otro Mundo se afanaban en sus viles tareas, y sólo el más intenso de los fuegos podía mantenerlos alejados. Pero ella estaba sentada junto a un brujo de blancas manos bajo la tenue luz de una luna en cuarto creciente, y se sentía tan segura como si nunca hubiera dejado el gran salón de su padre.

Bevan sonrió ante su alegría, pero no había contento en sus ojos.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó, genuinamente sorprendido.

—Por una locura. —Ellid se calmó—. No debería haberme reído, Bevan, en tanto que tu corazón está apenado.

—No, es mejor reír. Yo también debería reír, pensando en mí mismo, ¡qué estúpido soy! He abandonado los hermosos salones del pueblo de la luz lunar para unirme a un pueblo que se esconde detrás de las hogueras... ¡Qué locura la mía! ¿Cómo puedo esperar hacerme amigo de gente tan suspicaz, yo que soy una criatura tan extraña? Soy como un leproso que cuelga su choza entre el cielo y la tierra, no siendo parte de ninguna. No tengo parientes, y nadie me toca...

Ellid tocó su hermosa mano, apretada en un puño sobre la piedra. Él se sobresaltó como un ciervo.

—Excepto una persona, la propia hija de las Madres —dijo él quedamente—. Ellid Ciasifhon te llamaríamos en mi lengua, Ellid Alaligera. Pero este día has estado irritada conmigo, mi señora.

—Mayor locura la mía. —Tomó su puño en sus manos y lo acarició—. Alégrate, Bevan.

El tembló bajo su caricia, buscando sus labios con un estremecimiento en los suyos. Su beso la atravesó como el fuego; nunca había conocido una sensación comparable. Y cada uno colmó los brazos del otro. Creyeron que su pasión llenaba la noche.

—¿Pueden los besos mortales ser siempre tan dulces? —musitó Bevan por último, maravillado.

—Creo que ése estuvo entre los mejores —dijo Ellid desfallecida.

—Si ése fuera todo el consuelo que este mundo de los hombres puede ofrecerme, ya sería suficiente.

Ellid fue tarde a su lecho esa noche y se durmió sonriendo. Al día siguiente ella y Bevan cabalgaron silenciosamente, pues de vez en cuando había ojos que les observaban. Atravesaron pueblos y terrenos despejados, perdidos entre el desorden del vasto Bosque. Comieron los pasteles de miel que hallaron ante los altares de los pueblos y abrevaron sus caballos en los pozos sagrados; la gente se apartaba ante ellos y les cedía el paso.

Cuando cayó la noche se sentaron en silencio, dejando que sus labios hablaran sin palabras, y luego Bevan partió a vagabundear en la noche como era su costumbre. Por la mañana se besaron y siguieron cabalgando. Pero ese día no cabalgaron hasta la noche, pues a media tarde encontraron el Camino Salvaje.

Acamparon en la espesura del bosque, sobre una colina cercana a la senda. Ellid vigiló el Camino mientras Bevan salía a cazar. Regresó al anochecer con conejos y noticias.

—Se dice que tu padre está a menos de un día de marcha al norte —le contó—. Bien podríamos esperarle aquí.

Cocinaron los alimentos y comieron sin hablar.

—Comparte mi lecho esta noche —le dijo Ellid cuando hubieron terminado.

—Mi cuerpo te desea —respondió Bevan con sencillez—, pero te devolveré a tu padre como doncella.

Ella alzó la cabeza orgullosamente.

—En tiempos pasados, las mujeres de mi linaje yacían con quien querían, y no rendían cuentas a nadie.

—Lo sé —dijo él—, pero ahora no es entonces. Y yo, un saqueador de altares, no es muy probable que llegue a ser tu esposo, aunque no será por falta de quererlo... ¿No tienes ningún enamorado, Ellid?

—Cuin, que es mi primo y el heredero de mi padre —replicó ella con lentitud—, me desposaría gustosamente. Pero no estamos prometidos; siempre le he dado largas con excusas... Tiene un corazón valeroso y leal, y hemos sido durante mucho tiempo los mejores amigos. En verdad que apenas puedo explicarme a mí misma por qué no le he dado mi promesa. Pero ahora creo que ya lo sé.

—Terminarás por casarte con él —murmuró Bevan, como hablando para sus adentros.

—Quizás. —Ella le contempló con firmeza—. Su gente y la mía lo esperan. A pesar de todo, jamás sentí por él lo que siento por ti, Bevan hijo de Byve. Y como estoy viva y soy una mujer, mi cuerpo debe responder a mi corazón.

—No yaceré junto a ti —le dijo Bevan cansadamente—. Sería un cobarde si sembrara allí donde no puedo esperar permanecer... Ellid, sabes que soy tuyo, si no en todo, sí en alma. ¿No puedes contentarte con eso?

Ella le miró, sentado, grave y pálido bajo la plateada luz de la luna.

—Mano de Plata te llaman —murmuró—. Pienso que tu alma está en tus poderosas manos tanto como en el resto de tu ser.

Bevan, ven y tócame, y sabré que nos hemos amado.

Él se levantó y fue con ella hasta su lecho bajo las sombras de los árboles. Se tendió a su lado en la oscuridad y la acarició con sus manos que podían derretir el acero; su tacto era tan cálido y estremecedor como el manantial curativo de Eburacón. Se tendió a su lado mientras ella conciliaba el sueño bajo su mano, y seguía tendido allí cuando ella despertó bajo la aurora gris, aunque sabía que el sueño era un desconocido para él. La

besó a esa pálida luz, luego se levantó y se alejó, y ella cerró fuertemente los ojos para no ver llegar ese día.

—Ahí están —dijo Bevan.

En la lejanía, Ellid pudo ver claramente el reflejo de muchas lanzas brillando al sol del mediodía. El dragón rojo, la enseña de su padre, ondeaba sobre ellas. Bevan suspiró y se levantó para montar su caballo. Entumecida, Ellid fue a buscar el suyo, pero Bevan la detuvo tomándola del brazo.

—Cabalga delante de mí por esta vez —dijo—, en bien de tu zona virgen.

Sonrió torcidamente, pero Ellid no pudo responder a su sonrisa; carecía del don de los bufones para burlarse del dolor.

Bevan la sentó a la jineta y montó detrás de ella, estrechándola contra su pecho. Aguardaron en silencio mientras la negra masa de hombres y monturas se aproximaba.

—Mi padre va a su cabeza —dijo Ellid—, en el bayo.

Bevan asintió.

—¿Quién monta el ruano junto a él?

—Cuin.

Esperaron hasta que la vanguardia entró en el desfiladero justo bajo su campamento. Ellid había recostado la cabeza en el hombro de él. Bevan la besó con ternura.

—Si vivo, Ellid, hija de Eitha —le prometió—, vendré a ti.

Ella le abrazó un instante más y alzó luego la cabeza. Bevan puso el caballo a medio galope. Cuando salieron al descubierto alzó su mano derecha en prueba de amistad. El ejército se detuvo mientras sus líneas se daban la vuelta para recibir al extraño. Pryce Dacarin puso la mano en la empuñadura de su espada. Junto a él, el moreno Cuin se hallaba igual de tenso.

—¡Padre mío! —llamó Ellid.

Pryce Dacarin se quedó mudo de alivio y sorpresa.

Apenas tuvo tiempo de susurrar un «¡Hija!» antes de que el extraño de ojos oscuros hubiera llegado a su lado y la dejara en sus brazos. Pryce la abrazó fuertemente y luego la tomó por los hombros y la contempló. Su pelo estaba mal cortado y se la veía algo delgada, pero también claramente intacta.

—Padre —dijo—, aquí hay alguien que me ha dado su amistad. Te ruego que le trates con bondad.

Era un joven de pelo negro como el cuervo, por su corpulencia no parecía un guerrero, pero había algo poderoso en su tranquila manera de montar su gran caballo.

—Cualquier recompensa que pueda conceder es tuya si la pides —dijo Pryce impulsivamente.

—No pido ninguna recompensa, señor —replicó el otro—, excepto que me escuchéis. Raro es el hombre que permitirá que un joven, y a la vez extraño, pretenda instruirle.

—Había —le dijo Dacarin.

—Andad con precaución, mi señor. Alguna maldad se trama en Myrdon. Cuando fui a buscar a mi señora, vi una gran estructura de madera que había sido sacada del gran salón, con una fuerte guardia alrededor. Pensé que quizás habían puesto en ella a su cautiva hasta que oí hablar a los centinelas. Hablaban de la dama en la torre y de lo que estaban vigilando; la ruina de Dacarin, así lo llamaron, y rieron de la bienvenida que iban a daros. No sé de qué puede tratarse.

—Alguna máquina nueva, diría yo —replicó Pryce—. Pensé que era extraño que Marc me desafiara así, pero esto lo explica todo. Ha puesto sus manos en algún juguete y tiene que jugar con él... ¿No aceptaréis alguna recompensa mía, vos a quien os debo tanto agradecimiento?

—Algún día, quizá. Hoy no.

—Quedaos y comed con nosotros, al menos —le urgió Pryce con la cortesía de aquel que espera verla rechazada.

—No, debo partir. Mi señor, mi señora, os deseo todos los bienes.

Saludó e hizo girar rápidamente su caballo, pero Ellid le llamó, una llamada clara como una súplica.

—¡Bevan!

Hizo girar de nuevo su caballo para darle la cara.

—¿Mi señora?

¿Qué iba a decirle delante de todos?

—Muchas gracias —dijo por fin, y le contempló alejarse cabalgando hasta que las sombras entrelazadas del Bosque le acogieron.

Su pueblo se agolpó rodeándola, pero ella apenas les escuchó. —

—¿Él solo te liberó de la torre de Myrdon? —preguntó Cuin.

—Sí —dijo ella.

—Hija, ¿eres aún doncella? —le preguntó Pryce Dacarin.

—Sí —dijo ella de nuevo, y se asombró vagamente de la pregunta.

—Cuin —le dijo Dacarin a su sobrino—, escoge una docena de buenos hombres para que te acompañen, y llévala con cuidado a casa.

Cuin le miró en silenciosa protesta.

—Cierto —dijo Pryce ásperamente—, sé que ansias acelerar con tu espada el destino de Marc. Pero no hay nadie en quien pueda confiar tan bien para verla de vuelta al lado de su madre, y aún no eres su hombre para que la venganza deba ser tuya. Vete ahora.

Cuin se mordió los labios y fue a escoger a su tropa. En una hora, Pryce Dacarin marchaba de nuevo hacia Myrdon, y Ellid cabalgaba hacia el norte sobre un almohadón detrás de Cuin, hijo de Clarric. Estaba silenciosa y sus ojos perdidos en la lejanía, pues en los linderos del Bosque había visto inmóvil al ciervo blanco.

4

Tres días después, Pryce Dacarin llegó a la torre amurallada de Myrdon y dispuso su ejército alrededor. Luego, con la extraña y despectiva cortesía de la guerra, cabalgó en solitario hasta las pesadas puertas y con un bramido le pidió a Marc parlamentar. Marc gritó una réplica insultante desde la plataforma de su torre. El mezquino señor de Myrdon quiso mantener el engaño de que seguía teniendo cautiva a Ellid, pero pronto descubrió que Pryce estaba mejor informado. Dacarin exigió una enorme suma de oro como excusa. Al fallar esto, como sabía que sucedería, desafió a Marc en combate singular. Marc lo rechazó con acusaciones de que planeaba una traición y conminó a Dacarin a que le cogiera si podía. Tras un intercambio final de gritos de amenaza e indignidades, Pryce cabalgó de regreso hacia su expectante ejército. Ya casi era de noche. Por la mañana se entablaría el combate.

Dacarin dispuso una rígida guardia esa noche, y no temió que los centinelas fueran a dormirse en sus puestos, pues todo el campamento estaba inquieto e impaciente. El propio Pryce sentía escasos deseos de dormir y estuvo sentado hasta muy tarde en su tienda, dando instrucciones a sus capitanes. Por fin les mandó a sus lechos y permaneció ante la tienda, estudiando la noche. Sin una luz ni el menor ruido de pisadas, una sombra apareció ante él y una voz dijo: «¿Mi señor?»

Pryce retrocedió de un salto y desenvainó la espada.

—¿Quién va? ¡Deja que te vea!

Contempló asombrado al delgado joven de pelo negro que penetró en la claridad del fuego.

—¡Vos! Me habéis sobresaltado. No estoy acostumbrado a que se me acerquen a hurtadillas. ¿Cómo llegasteis aquí?

—Perdón, mi señor. —El rostro de Bevan era grave y lleno de ansiedad—. Por cortesía debería haber acudido a los centinelas, pero la verdad es que ni se me ocurrió. Soy como un gato, mi señor; en la noche voy a donde me place.

—Igual que fuisteis a la celda de la prisión de mi hija.

—Igualmente.

—Venid y sentaos junto al fuego. ¿Qué queréis de mí?

Bevan tomó asiento, pero se mantuvo un tanto alejado de las llamas.

—Durante unas cuantas noches, mi señor, he merodeado junto a la fortaleza de Myrdon. La vigilancia es buena, pero esta noche por fin me deslicé al tejado de esa gran casa de madera. Lo que tienen cautivo allí es algún ser vivo y de gran tamaño. Lo oí respirar. No pude verlo ni hablarle, para deciros algo más.

El sanguíneo rostro de Pryce Dacarin palideció ante estas noticias. Aunque jamás había visto a ninguna de las enormes y antiguas criaturas que los hombres llaman enemigas, sabía que tales seres acechaban aún en las vastas tierras salvajes de Isla, especialmente en las abruptas comarcas del norte y el oeste.

—¿Su aliento era cálido? —preguntó.

—No, mi señor. Mal podría tratarse de un dragón de fuego y estar en una jaula de madera. Un grifo, quizá, o un wyvern. Algún ser frío de la tierra o del agua.

—¿Cómo habrá podido ese cobarde de Marc obtener tal tesoro? —musitó Pryce.

—Mediante alguna superchería —dijo Bevan, inclinándose hacia delante, lleno de excitación—. Mi señor, ahora sí os pediría una recompensa.

—Hablad.

—Cuando lo suelten sobre vos, sea lo que sea, ordenad a vuestros hombres que retrocedan y mantengan quietas sus armas. Dejad que yo me enfrente a él.

Pryce le miró con sorpresa y compasión.

—No estáis hecho para la guerra —dijo.

—No, mi señor. No soy hábil con las armas, pues deseo ser amigo de todos los que buscan la amistad. Dejad que le hable, quiero decir. Espero que pueda desviar su ira.

Dacarin sacudió cansadamente la cabeza ante tal locura. Pero había prometido la recompensa y debía dar su consentimiento.

—¿Cómo os llamó mi hija? —preguntó por último.

—Bevan.

—Alguien nacido de noble cuna que no tiene herencia. —Pryce Dacarin meditó el nombre—. ¿Qué buscáis, Bevan? ¿Gloria? ¿Probar fortuna, quizá?

—No la gloria, por cierto. Aunque no negaré que yo también tengo cierta disputa con Marc de Myrdon. —Los ojos de Bevan brillaron oscuramente, como negros carbones que chisporrotean momentáneamente en las llamas. Luego sonrió débilmente, como riendo de una broma privada, pues sabía que el noble jamás entendería sus verdaderas razones—. ¿Digamos que busco el favor de los dioses?

—Entonces que los dioses os defiendan por la mañana —replicó con sequedad Dacarin, y sonrió amargamente mientras veía marcharse a su visitante.

Había visto cómo éste y su hija intercambiaban una larga mirada, y juzgó que su persona o su dote eran lo que Bevan tenía en mente. Poco adivinaba que esa noche el joven de ojos oscuros pensaba más que nada en la solitaria forma de alguna gran criatura de la tierra, aprisionada en la oscuridad, tras los muros de Myrdon.

A la mañana siguiente, temprano, Pryce Dacarin se preparó a lanzar sus huestes contra las duras murallas de Myrdon. Pronto vio a Bevan sentado tranquilamente sobre su caballo, al borde del Bosque. A Dacarin le irritó que el joven no se ofreciera a combatir,

pero por el momento no había trabajo para jinetes, sólo la dura labor de las escaleras de asalto. Pryce se encogió de hombros y le volvió la espalda al silencioso espectador.

A mitad de la mañana muchos heridos yacían bajo los muros, cuando los capitanes de Dacarin trajeron la noticia de que los hombres de Myrdon hacían rodar una gran jaula de madera hasta las puertas. Pryce no sintió reluctancia en retroceder como había prometido. Si los hombres de Marc aparecían por las puertas, tanto mejor; podía traer a sus jinetes para aplastarlos. Retiró sus tropas hasta la línea del Bosque y aguardó. Finalmente las pesadas puertas se abrieron con un crujido y apareció la jaula, tan grande que llenaba toda la apertura.

Desde arriba, alguien soltó un cerrojo. La caja fue empujada a través de la puerta mientras los hombres de Myrdon atisbaban precavidamente desde detrás. Luego, con un ruido de fricción y el crujir de la madera, la criatura saltó hacia delante.

—¡Hijo de los grandes abismos! —musitó Bevan.

Era un dragón marino, lejos ahora de la espuma salada y los acantilados occidentales de su hogar. No tenía alas, siendo una criatura que nadaba, pero en su esbelta cabeza se alzaba una cresta afiligranada. Estaba totalmente recubierto de escamas plateadas que brillaban con un centelleo cegador bajo la luz del sol; era tan alto como dos casas, y, a pesar de todo, saltaba con la agilidad de un gatito. Pryce Dacarin pensó que nunca había visto nada tan temible. Sintió que sus ejércitos se encogían de miedo al verlo. Detrás del dragón, los hombres de Myrdon lanzaron vítores y le siguieron en su avance. Pero Bevan cabalgó ante él con los ojos deslumbrados por su belleza.

Todos los hombres se quedaron mirándole, sorprendidos de que pudiera obligar a su caballo a aproximarse a tan terrorífica criatura. Pero una vez estuvo más cerca, bajó de su montura y la dejó marchar al galope. El dragón de plata se inclinó sobre él, siseando, contemplándole con sus planos ojos color amatista. Bevan le habló y luego cogió la espada oxidada de su cinturón para lanzarla bien lejos, girando, hacia el campo de batalla.

—¡Locura! —musitó Dacarin.

—O irmelheteyn, kish elys a, that ondde?—Bevan estaba hablando en la vieja lengua de la tierra: («Oh, hermoso mío, ¿qué te han hecho?»).

El dragón movió con brusquedad su brillante cola, cuyo temblor narraba la historia de su rabia. La fría y retumbante ira del mar tormentoso estaba en su muda comunicación, y también el oscuro peligro púrpura de los tranquilos abismos, la indignación de una vieja e hirviente fuerza elemental ahora prostituida por los hombres. Pero, por encima de todo, de esos ojos violetas duros como guijarros, Bevan aprendió de la descendencia de los Antiguos que caminaron antes que las Madres o la diosa madre Duv. Pues el dragón era hembra, la hija de aquellos cuyas hembras, fuertes y altaneras, jamás fueron domadas, y orgullosamente había engendrado a su hija: orgullosamente, hasta que llegaron los hombres de Myrdon y la separaron de ella.

—O, irmelbeteyn —susurró Bevan, y sus oscuros ojos se llenaron de una piedad que era como el bálsamo de la tranquila diosa de la noche—. ¡Oh, dulce y salvaje hija del mar!

Bevan avanzó y el vientre del dragón se pegó al suelo para recibirle, emitiendo un áspero y resonante grito, y el dragón reposó su cabeza en el hombro de Bevan.

El silencio después del grito fue como un golpe. Los hombres de ambos ejércitos permanecieron como heridos por el rayo mientras Bevan acariciaba las rielantes escamas.

—Quienes te han hecho daño se refugian detrás de ti —murmuró Bevan, y no tuvo que decir más.

El dragón alzó su cabeza. Bevan montó en sus lisos hombros, agarrándose a la cresta de su curvado cuello. El dragón marino se alzó en toda su talla, giró con gracia mortífera y

cargó sobre las fuerzas de Myrdon. Pryce Dacarin se quedó mirando sólo un momento antes de lanzarse con sus tropas al combate.

El dragón marino atacó y mató con desesperado poder. A sus pies fluía la sangre de hombres y bestias. En su elevado asiento, Bevan estaba a salvo de cualquier golpe, pero se hallaba tan indefenso como el que cabalga sobre una ola, impotente para ayudar a la implacable venganza de su montura. El dragón fluyó como una marea, derramándose sobre sus enemigos. Ni en el sitio de Eburacón, donde el Gran Rey Byve rompió su espada y perdió su corona, debió verse tan desesperado fervor. Byve no había tocado un arma desde aquella noche de maldad... Bevan se estremeció y cerró sus oscuros ojos a la carnicería que le rodeaba. Extraño era el hado que había enviado al hijo de Byve a otra escena igual de sangrienta derrota.

Pues la derrota de los soldados de Marc fue rápida y total. Abriéndose paso entre los mutilados restos, Pryce Dacarin encontró al joven de pelo negro sentado con la cabeza del dragón reposando en su regazo.

—Apartad vuestra espada si venís aquí —le dijo Bevan sin ceremonias al verle aproximarse—. El acero le hace daño.

Sin otro comentario, Dacarin entregó su arma a un criado, y se agachó luego junto a Bevan para examinar al poderoso animal que ahora yacía en el suelo como un gigantesco fardo. El cuerpo de plata, una vez pulido y liso, ahora se hallaba maltrecho y desgarrado, pero Pryce no pudo ver ninguna herida mortal.

—Su corazón la ha abandonado —dijo Bevan en respuesta a la pregunta no formulada—. Le robaron a su pequeña mientras cazaba en el mar...

Una cosa diminuta, apenas más grande que una vaca. La usaron para atraerla, fueron gastando su fuerza milla tras otra, agotándola, y cuando la hubieron enjaulado la degollaron antes sus ojos. También la atormentaron con el acero; pues incluso la visión del hierro o el acero significa la agonía para los Antigüos. Cuando por fin la soltaron, estaba dispuesta a cobrar venganza en cualquier cosa que llevara el nombre del hombre.

—Excepto en vos —señaló Dacarin.

Bevan no le replicó, limitándose a acariciar la erizada cabeza de finos rasgos pese a su gran tamaño. Un instante después el dragón exhaló su último aliento y el destello plateado se borró de sus ojos.

—La rata de Myrdon se ha refugiado en su pétreo nido —dijo Dacarin rompiendo el silencio—. ¿Vendríaís conmigo para buscarle?

Bevan sintió un irónico asombro ante tan inesperado regalo de Dacarin. Quizás él sentía cuan poco le importaban los caminos de la guerra. Le habría gustado despreciar la mal intencionada cortesía de Pryce, pero aquel hombre era el padre de Ellid. Y realmente había motivos para desear la muerte de Marc...

—No dejéis que toquen al dragón —dijo Bevan.

Dacarin dispuso centinelas alrededor del cuerpo del dragón marino. Luego, con un séquito detrás de él, entraron en la torre de Myrdon. En el gran salón, grupos de hombres y mujeres desconsolados aguardaban una vida de servidumbre, estrechamente vigilados. Pryce Dacarin pasó ante ellos sin mirarlos apenas y se dirigió hacia las escaleras. En las habitaciones superiores, algunos hombres seguían resistiendo.

La mayoría se rindieron fácilmente. Marc de Myrdon se hizo fuerte ante la puerta de su cámara del tesoro, y no se rindió, pues sabía que no podía esperar ni la dudosa merced de la esclavitud. Dacarin desenvainó su espada, pues tal era su derecho de sangre, y su ansia fue copiosamente satisfecha. Con el tercer golpe hizo volar la espada de Marc, y después se tomó largo tiempo en su venganza, con estocadas que no mataban y ni siquiera dejaban inconsciente. Marc se había convertido en un aullante bulto que yacía en el suelo de la torre mucho antes de que, por fin, quedara inmóvil. Bevan le observó con rostro duro y tenso. Había olvidado cómo odiar a Marc.

—¡Venid! —dijo Pryce cuando por fin hubo terminado—. ¡Examinemos los despojos!

Apartó el cuerpo de Marc con su bota. Se necesitaron varios hombres para forzar los cerrojos de la puerta de la cámara del tesoro. Pryce y sus seguidores irrumpieron en la penumbrosa habitación, llenos de júbilo ante la visión del oro finamente trabajado que se apilaba junto a las paredes.

—¡Mira eso! —exclamó un hombre.

En el centro del cuarto se alzaba una forma de la altura de un cáliz, de un brillo rojo dorado, ribeteada con perlas; era tan alta como un altar, y enorme era su peso. En su cima había una piedra más grande que la cabeza de un hombre, del color de la tierra, redondeaba y pulida. Bevan permaneció en la puerta, pero cuando su mirada la encontró fue hacia ella y colocó sus manos encima, como un sacerdote. Una voz tan profunda como los abismos del tiempo resonó en la habitación.

—¡Te saludo, Gran Rey de Isla! ¡Te saludo, heredero de Byve y de Veril y de los poderosos hijos de las Madres!

Los hombres se sobresaltaron, asombrados, pero Bevan permaneció tan inmóvil como lo estaba la piedra.

—Protege al ciervo blanco, hijo de Byve —entonó la piedra con voz vieja como el tiempo—. No dejes nunca que tus ojos contemplen el mar, pues la sangre del Otro Mundo los inundaría. Que tus herederos puedan mantener siempre Isla contra el mal del este. La bendición de la Gran Madre sea contigo. ¡Tres veces te saludo, Gran Rey de Isla!

Como alguien liberado de un trance, Bevan retiró las manos y se apartó de la piedra.

—Guardad esto para vosotros —dijo Dacærin firmemente a sus hombres y les mandó fuera de la cámara.

Cerró la pesada puerta tras ellos y se volvió hacia Bevan.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Esta debe de ser la Piedra del Destino —murmuró Bevan—, que se alzaba antiguamente entre las hermosas fuentes de Eburæcon...

—Que grita con voz de hombre para proclamar la venida del Auténtico Rey —terminó Dacærin impaciente—. Eso ya lo sé. Pero ¿quién sois?

—Bevan suspiró, encarándole.

—Byve, el Gran Rey, no murió en el saqueo de Eburæcon —replicó—. Yo soy su heredero. Pero no pienso reclamar tal derecho.

Extraño es el hado que trajo la Piedra que Habla a mis manos.

—No tan extraño, en realidad. Las ratas de Myrdon eran lacayos del señor del manto en esa época. Probablemente él les arrojó esta baratija como recompensa... —Dacærin hablaba como ausente, cual si luchara con muchos pensamientos—. Pero no os era preciso tocarla hoy, mi señor.

Bevan le miró con sequedad.

—No soy señor, por el momento —replicó—. Ni soy tan estúpido. Pero creo que no podría haberme apartado de ella. Fue como si me arrastraran.

—Aun así. —Pryce hizo un esfuerzo por calmarse—. ¿Cuáles pueden ser vuestros planes, Bevan de Eburæcon?

—¿Planes? —Bevan casi sonrió—. Soy una criatura de las tierras salvajes, mi señor. ¿Acaso el ciervo planea sus días?

Se volvió hacia la enorme puerta y la abrió con sólo tocarla. Dacærin dio un salto para seguirle.

—Bevan, dejad que os ayude cuando lo necesitéis —dijo Dacærin lleno de ansiedad.

Bevan asintió distraídamente. Pryce Dacærin fue hacia la puerta pero cuando pasaba junto a la Piedra que Habla, vaciló. Precavidamente, puso la mano encima y la apartó de golpe cuando un dolor penetrante le atravesó. Maldijo en voz baja y miró furtivamente

hacia la puerta para ver si Bevan lo había notado. Pero el joven del pelo negro como el cuervo había desaparecido.

Habría sido mucho esperar de la humana flaqueza que los hombres de Dacarin guardaran secreta la maravilla de la Piedra. Unos minutos después de que abandonaran la cámara del tesoro, la torre de Myrdon zumbaba con excitadas habladurías.

Los más leales de los hombres de Dacarin decían que sería él el Gran Rey, pues, ¿quién podía imaginarse como tal a un joven delgaducho y sin la fuerza de un guerrero? No había sido sino un medio para que la Piedra hablara, un sacerdote o un vidente. Esos hombres insistían en que la Piedra había dicho «heredero» del Gran Rey Byve refiriéndose sólo a un sucesor. Pryce Dacarin era el hombre destinado a ello: ¿acaso no se había comportado como profetizaba la Piedra?

Otros pensaron en el poder de Bevan, que carente de armas, había desviado al dragón, y éstos declararon que él debía ser el auténtico heredero de la propia sangre de Byve.

Un hombre que había estado en la cámara del tesoro llegó a jurar que la Piedra había dicho «hijo de Byve». Se burlaron cruelmente de él: ¿acaso Byve no llevaba muerto cien años o más? Y si alguna vez tuvo un hijo se trataría de un bastardo pues, que se supiera, jamás se había casado. Pero incluso un bastardo de Byve sería alguien con un poder a considerar. Durante muchos días continuaron las conversaciones en torno a la apenas recordada figura de Bevan.

Pryce Dacarin pensó eso y muchas cosas más. Si su hija se casaba con el muchacho, ¿la haría eso una Reina y a él un consejero del Rey? ¿O debería intentar apropiarse de las palabras de la Piedra y construir un trono con ellas? Pryce Dacarin había llegado a acumular sus respetables posesiones aprovechando toda oportunidad, y había derrotado a más de un peligroso contrincante. Más aún, sentía cierto desagrado hacia el esbelto joven de pelo oscuro. Había sentido la lejanía de Bevan, su incomodidad y sus evasivas llenas de gracia. Pero también había percibido los arcanos poderes del Príncipe, tan distintos de los de él, y temía desafiarle abiertamente. Con todo, no conseguía pensar en otro poder que pudiera amenazarle a él y a toda Isla.

Las nuevas de la Piedra que Habla viajaron, como lo hacen todas las noticias, de modo misteriosamente veloz, hasta que llegaron a oídos del dios encapuchado que mora en el más oscuro de los valles, el señor del manto que ya era viejo cuando Pryce Dacarin era un niño. Y él se levantó, lleno de ira y agitación: sabía muy bien que la Piedra del Destino no hablaba en nombre de alguien tan insignificante como Pryce Dacarin.

5

Caer Eitha no era sino una pétrea fortaleza en forma de caja, situada en un claro solitario como una isla entre el mar del Bosque circundante. Pryce Dacarin había bautizado el feo castillo con el nombre de su esposa, como un hombre que sitúa a su mujer entre sus posesiones. Mandaba en otras fortalezas a las que bautizó con los nombres de su hija y su hermana, su madre y sus parientes» La insignia del dragón rojo ondeaba sobre todas ellas. Sin duda, Pryce Dacarin era el hombre más poderoso esos días en Isla. Marc de Myrdon había sido un loco al desafiarle. Pero, con todo, había llegado al máximo de lo que podía abarcar, y ningún hombre le llamaba todavía Rey.

Fue a Caer Eitha donde Cuin, hijo de Clarric, llevó a su prima Ellid. Cuando llegaron allí un ceño permanente se había asentado en su apuesto rostro, pues Ellid había sido como una desconocida: silenciosa, solitaria y distante. Ni siquiera le había dado un beso como saludo. Su madre también percibió el cambio en su hija, y dijo que estaba cansada de sus ordalías. Cuin deseaba pensar lo mismo, pero la sospecha le acosaba; más aún porque se negaba a darle cuerpo. Sólo en el malhumor hallaban salida sus dudas.

Una semana después de su llegada a casa, Cuin vio a Ellid dirigiéndose sola hacia el Bosque. Frunciendo el ceño, se apresuró a seguirla; no era la primera vez que se había mostrado inquieta últimamente.

—No deberías salir sola, Ellid —dijo agudamente cuando la hubo alcanzado.

—No tengo miedo —respondió ella, aunque en su voz no había nada de su antiguo fuego.

—¿Y qué hay de mí? Estoy encargado de vigilarte hasta que regrese tu padre. Si te ocurre algo malo, me desollará.

Cuin se quedó mirándola, los labios tensos por la exasperación. Sabía que no era feliz; sólo la desgracia podía hacer tan dócil a Ellid. Con mucho, habría preferido verla sollozar a que le encarara tan silenciosamente. Su amor por ella casi le asfixiaba.

—Si deseas caminar —dijo por último, malhumorado—, cogeré a Flessa y te acompañaré.

Flessa era el halcón de Cuin. La sombra de una sonrisa se agitó en los rígidos labios de Ellid, pues sabía que Cuin tenía cosas mejores que hacer que pasear a su halcón en tan pobre compañía. Pero él vio esa sonrisa como una luz en medio de la oscura desolación.

—Espera sólo un momento —exclamó, y corrió a recoger el pájaro.

Pasearón por los linderos del Bosque. Apenas hablarón, pero Cuin estaba alegre porque ella caminaba a su lado. Los conejos comían la hierba que crecía al pie de los árboles. Por dos veces Cuin le sacó la capucha al halcón, rojo como una llama, y en cada ocasión éste regresó fielmente con la pieza. Pero la tercera vez se desvió de su curso como una chispa atrapada por el viento y se lanzó hacia las cimas de los árboles.

Cuin lanzó un grito de ira y dolor, pues muchas horas de paciente trabajo se habían gastado en el entrenamiento de aquel pájaro.

—Quédate aquí... ¡No! ¡Regresa! —le dijo a Ellid, y se lanzó a la persecución del ave entre los árboles.

Pero Ellid, al igual que su primo, no amaba obedecer.

—Voy contigo —replicó, y entró en el Bosque pisándole los talones.

Se abrieron paso jadeando y presurosos. Pronto vieron al halcón posado en lo alto de un gran pino, brillando como el fuego a la luz del sol. Cuin silbó y agitó el reclamo, pero el pájaro se desvaneció como un relámpago hacia el refugio de la espesura. Cuin masculló. Un profundo barranco interrumpía el camino. Se deslizaron rápidamente hacia abajo y remontaron la pendiente opuesta, agarrándose uno a otro con las manos. Entonces Cuin boqueó sorprendido y casi se cayó. Un ciervo blanco apareció de un salto por encima de él, dio otro salto y se desvaneció.

Ellid se lanzó hacia aquel lugar como si le hubieran crecido alas.

—¿Bevan? —gritó con voz semejante al canto de la alondra.

Debatiéndose más abajo, Cuin oyó la suave llamada de respuesta.

—Aquí.

Cuando Cuin logró incorporarse, descubrió al extraño de pelo negro inmóvil bajo un haya plateada, y a la dama besándole: un beso como Cuin jamás había visto.

—No estamos siendo corteses con tu primo —le dijo Bevan amablemente cuando pudo hablar.

—¡Cuin! —exclamó Ellid, y tendió las manos hacia el silencioso espectador.

Pero Cuin se apartó de ella.

—Esperaré —farfulló, y se alejó andando a ciegas, olvidado ya el pájaro.

—Le hemos causado pena —dijo Ellid llena de dolor—. Pero mucha más le he ocasionado estos quince últimos días. Ahora sabe la razón.

Se sentaron y hablaron un rato. Bevan le contó todas las nuevas, incluso las de la Piedra que Habla.

—Es una dura sentencia, no poder contemplar el mar —se apenó.

Ellid le miró con extrañeza. Para ella, como para la mayoría de la gente, el mar era un nombre lleno de horror. En épocas anteriores, se decía, los dioses habían expulsado a seres monstruosos de la faz de la tierra, y las oscuras olas del océano hervían todavía con ellos. El gigantesco dragón que gobernaba el abismo, decía la gente, había crecido tanto que toda Isla apenas sería bastante grande para que posara sobre ella su garra. Si alguna vez surgía del abismo... Ellid tembló, pero luego se acordó de que también antes había temido a la noche.

—Me gustaría llevar el plateado dragón marino de regreso a un sitio adecuado para su descanso —dijo Bevan—. Pero tu padre la honró adecuadamente. Cuando la dejé alzaban grandes túmulos para ella y los muertos. Myrdon será allanada cuando hayan acabado.

—Isla no la echará en falta —replicó Ellid—. Era una fortaleza inútil para todo lo que no fuera la guerra y sus usos. Mi padre no desea tal castillo.

La delicada boca de Bevan se frunció, pues no tenía tan alta opinión de Pryce Dacarin.

—Puede que no te vea durante cierto tiempo —le dijo, de modo algo oscuro.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

A duras penas sabía el porqué, qué peligro le perseguía o qué llamada le arrastraba, pero sentía que debía viajar.

—No me gusta el sol naciente —respondió con ligereza—. Me parece que por un tiempo debo seguir al sol poniente. Ahora que tengo los caballos, puedo aprender mejor a conocer a esta extraña tierra de los hombres.

Ellid estaba confusa pero no dijo nada más. Bevan la besó largamente y se levantó.

—Ven —dijo—. Debemos volver con Cuin, aunque nos recibirá fríamente.

Le encontraron no muy lejos, sentado. Bevan se acuclilló ante él.

—No quería afrentaros así, mi señor —le dijo quedamente—. Cuando os atraje hacia aquí, nunca supuse que la dama os seguiría. Aunque debí suponer que podría hacerlo.

Cuin alzó lentamente la cabeza para mirarle.

—¿Me atrajisteis? ¿Qué queréis decir?

Bevan emitió una extraña llamada y alzó su muñeca. El halcón apareció con la velocidad del relámpago obedeciendo a su invocación. Hasta Cuin se apartó cuando las garras se dirigieron hacia la blanca carne de Bevan, pero Flessa se niveló delicadamente y plegó sus alas resplandecientes. Bevan lo sostuvo frente a su cara, estudiándolo, los parpadeantes ojos dorados a unos centímetros escasos de los de él.

Luego lo devolvió al brazo de Cuin, cubierto de cuero.

—Habría regresado a vos sin que se lo mandarais —le dijo—. No necesitáis correa o capucha para obligarlo a que se quede a vuestro lado, Cuin, hijo de Clarric el Sabio.

Por toda réplica, Cuin le miró con frialdad y se levantó para situarse junto a Ellid.

—Ven, prima.

—La bendición de las Madres os acompañe, mi señora —dijo Bevan quedamente mientras ellos se alejaban.

Cuando Ellid se volvió a mirar, Bevan había desaparecido. Ni el eco de una pisada pudo oírse para señalar su marcha.

Ellid y Cuin caminarón en silencio hasta que alcanzarón la pradera.

—Siento que no pudiera decírtelo —exclamó por fin—. Le amo, Cuin.

—Pero yo he estado junto a ti estos años —dijo él con rudeza.

—Cuin, tú eres mi buen y fiel amigo. Por favor, quédate conmigo. Nadie debe saber nada de esto.

Cuin estaba dispuesto a estallar de angustia y humillación pero, con todo, no podía rehusar la petición de Ellid.

—Así sea —le prometió por último cansadamente—. Pero Ellid, ¿me dirás quién es, para que le ames con tal ternura?

—Es lo que has visto —replicó ella con ojos tan grandes y brillantes como un cielo lleno de sol—. Es el señor de las aves, las bestias y todas las cosas de la tierra.

Cuin enrojeció por toda respuesta, y la dejó en las puertas. Trepó hasta su incómodo cuarto, donde le puso la capucha a su pájaro y lo ató a la percha. Luego se sentó, unos celos rojos como la sangre tiñeron su espíritu. ¡Cómo podía Ellid preferir tal mendigo imberbe a él! Pero Cuin no lloró por la pérdida de la dama, pues estimó que aún no estaba vencido, y estaba muy lejos de hallarse dispuesto a ceder el campo. Cuin era el hijo de alguien a quien llamaban Sabio, y aunque aún ignoraba el valor de la serenidad de su padre, había aprendido el valor de la tenacidad. Permanecería al lado de su dama; cuando le necesitara, allí estaría. Quizás aún llegaría a descubrir que su viejo amor podía servirle mejor.

Cuin apretó las mandíbulas mientras planeaba sus acciones, y su rudo rostro de guerrero se endureció como la roca. La suya era la perseverancia del silencioso. Sufría según el código del guerrero, y jamás pensó afligir a su dama con el fuego que hacía arder su corazón.

Las noticias que los hombres de Dacarin trajeron a su regreso de Myrdon nada hicieron por apaciguar la ira de Cuin: ¡dragones de plata y piedras parlantes, maldita sea! Sólo podía pensar que tenía por rival a un hechicero lleno de trucos, y hervía interiormente con oírlo mencionar. Además, Pryce Dacarin parecía tan interesado por Bevan como la propia Ellid, y proporcionalmente distante con Cuin. Su esposa, Eitha, una mujer agradable y amante de la paz, cumplía sus labores con el ceño fruncido por el asombro. Cuin retuvo su lengua, sujetó su ira y aguardó su momento.

Veía a Ellid tan a menudo como podía, aunque sólo fuera para sentarse junto a ella, caminar a su lado o darle los buenos días. Y en cuanto a Ellid..., soñaba.

A principios de junio llegaron los hombres oscuros, en número de doce. Dacarin no rehusaba su hospitalidad a ningún viajero, aunque no le gustó el aspecto de aquella gente que se embozaba en sus capas incluso bajo el calor del verano. Su jefe era uno que se hacía llamar Ware, un emisario de algún ignorado señor del sur que buscaba al recién llegado heredero de Byve para «rendirle honores». Dacarin le replicó honestamente que no había visto a Bevan en casi un mes entero y que ignoraba dónde podría hallarse. Ellid y Cuin guardaron silencio. Aunque los cetrinos extranjeros trataban con ahínco de hacerse agradables, algo en ellos hablaba tan fuertemente de peligro que hasta los sirvientes les rehuían. No cabían grandes dudas en la mente de Cuin sobre la clase de «honor» que deseaban rendirle a Bevan.

Se quedaron varios días, holgazaneando y escuchando detrás de las puertas. Cada día que pasaba, Cuin halló más difícil mantener su desinteresada cortesía. Creía saber dónde podía encontrarse a Bevan, pues leía en Ellid con tanta claridad como en una veleta; jamás le había conocido tal interés en las puestas de sol. Y aunque Cuin sabía que no podía traicionar a Bevan ante los hombres oscuros sin herir profundamente a Ellid, la idea seguía tentándole: ¡qué dulce modo de librarse de su rival! El diminuto deseo, tan ajeno a su leal naturaleza, le perseguía casi hasta la obsesión. La mera visión de uno de los encapuchados visitantes era como veneno para él; les evitaba como a enfermos de viruela. Pero le parecía que estaban en todas partes.

—¡Basta! —gritó Cuin para sí mismo al quinto día—. Iré a la casa de mi padre y abandonaré esta madriguera de locura.

A toda prisa, sin provisiones o despedidas, ensilló su caballo y lo dirigió velozmente hacia su feudo familiar de Wallyn, que estaba a una semana de viaje hacia el oeste. Pero, una vez fuera del alcance de Caer Eitha, redujo el paso. No le sería de gran utilidad agotar a su caballo con bastantes días de viaje por delante. El camino, como todos los

que conocía, atravesaba el viejo Bosque que recubría toda la tierra entre las risibles fortalezas de los hombres. Los viejos árboles eran altos y gruesos, con toda clase de vegetales aferrándose a ellos. Ensombrecían el camino de modo que éste era como un túnel, perdido en la penumbra del principio al fin. Cuin marchó con precaución rayana en el temor, amonestándose en voz baja por escuchar ruidos.

Había recorrido este camino con anterioridad. ¡Después de todo, no era un aprendiz atolondrado!

Una hora después, los jinetes encapuchados surgieron de la penumbra detrás de él. Cuin se volvió hacia ellos y desenvainó su espada, pero eran ocho contra uno; no pudo matar siquiera a uno de ellos, no llegó ni a derramar sangre, aunque algunas estocadas suyas hicieron blanco. Le desarmaron diestramente y le apartaron del camino. Por fin llegaron a un pequeño claro que rodeaba a un roble gigantesco, y allí se detuvieron.

—Ahora —inquirió uno al que Cuin conocía como Rebd—, ¿dónde está?

—¿Dónde está quién? —inquirió Cuin a su vez.

¡Aquel a quien vas a buscar! ¿Acaso es por mero placer por lo que cabalgas bajo la umbría espesura? ¿Dónde está el Príncipe del cabello negro?

—Cabalgo hacia Wallyn —replicó Cuin, furioso por tener que contar sus asuntos a tales individuos.

Pero los hombres encapuchados lanzaron frías risotadas.

—¿Sin un mendrugo siquiera? —replicó Rebd—. Vamos, joven señor, decidnos dónde se oculta. Pensad que pronto os lo habremos sacado.

—¡A fe mía que no sacaréis nada de mí! —se inflamó Cuin ante la amenaza—. ¡Excepto mi maldición y la afilada punta de mi espada cuando volvamos a encontrarnos!

Pero los hombres encapuchados se rieron también de esto.

—Quien es sacrificado al roble no puede maldecir a los sacerdotes del dios del manto. En realidad, serás uno de nosotros este día a menos que nos digas lo que queremos saber.

Cuin les contempló sin hablar. Podía mantenerse impasible ante el dolor y la muerte; le habían enseñado a soportar tales cosas. Pero Rebd hablaba de un mal que durante mucho tiempo había creído borrado del mundo de los hombres.

—Háblanos del heredero de Byve —ordenó Rebd.

—No tengo nada que deciros —musitó Cuin.

¿Qué podía decirles? Por ningún odio personal entregaría a Bevan a tales seres. ¡Si descubrían que Ellid le amaba! Cuin antes habría muerto que ponerla en peligro de tal modo, pero ni siquiera la misericordiosa muerte iba a ser su destino, o eso parecía.

Los encapuchados sostuvieron a Cuin y le desnudaron hasta la cintura. Sus manos eran como peces fríos sobre su carne;

tembló bajo su contacto.

Le atarón las muñecas y le colgarón de la rama de un viejo roble. Encendieron una hoguera bajo su pies balanceantes.

Piensa en Ellid, se dijo.

Calentarón las hojas de sus espadas en el fuego y le abrazaron con ellas, dibujando lentamente sobre su pecho las forma de antiguas runas maléficas. Sus rostros grises como la arena; eran cual rostros de cadáveres bajo los capuchones.

Piensa en Ellid, hermosa como un halcón bajo el sol. Esto seres harían de mí una criatura ante la que huiría llena de terror y repugnancia... No importa, mientras no la toquen. Piensa en ella.

—El roble necesita sangre —dijo Rebd.

Calentaron las puntas de sus ya frías espadas y resiguieron los contornos de sus costillas con los aceros. Riachuelos de cálida sangre cayeron sobre las hojas y el musgo. Rebd hizo girar a Cuin como si fuera un pedazo de carne y abrió un estrecho círculo justo bajo sus tensos omoplatos.

Piensa en Ellid y no digas ni una palabra...

—Hijo de Clarric —señaló Rebd—, dejaremos que sepas la clase de criatura que serás cuando prestes servicio al señor de roble.

Se quitó la capa y, por primera vez, Cuin gritó y apartó el rostro; no podía soportar aquella visión. Que le arrancarán el corazón si querían, pero contemplar a quien caminaba por la tierra sin él...

—Háblanos del hijo de Byve, jefecillo.

—No tengo nada que deciros —susurró Cuin, desviando la mirada.

—Entonces debemos colgar tu corazón del tronco del roble.

Cuin les oyó acercarse; se tensó contra ellos igual que su párpados cerrados se tensaban contra su mera visión. Piensa en Ellid..., pero sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz suave y tan sobrecogedora como el salto de un gato.

—¿Me buscáis, criados del señor del manto?

Cuin abrió los ojos de golpe. Rebd estaba delante de él, una forma horrenda en verdad, pero la vista de Cuin fue más allá de él y los otros, hacia Bevan, sentado en su corcel con la espada desenvainada. Mientras Rebd giraba velozmente para encararle hizo que su caballo se lanzara hacia el claro. Al asombrado Cuin le pareció que Bevan brillaba con un fuego blanco. Cargó contra los encapuchados sacerdotes de Pel antes de que pudieran moverse para impedirlo, y liberó a Cuin con sólo tocar la cuerda que le sujetaba..

Los hombres oscuros se dirigieron entonces contra Bevan. Él les golpeó con su espada que parpadeaba con una llama pálida. Parecieron aterrarse; y se apartaron de sus torpes estocadas. Pero se le acercaron por detrás, y Cuin no veía cómo podría prevalecer.

Una fuerza repentina y rabiosa inundó a Cuin. Gritando, cogió un tizón del fuego y lo hundió de lleno en la cosa que no había sido capaz de mirar: la oscura y purulenta caverna que era la espalda de Rebd. Rebd aulló y se derrumbó. Cuin tomó su espada y se lanzó sobre los demás, enfurecido por el recuerdo de su propia sangre. Degolló a dos y Bevan o su montura habían derribado a dos más cuando los tres restantes perdieron el coraje y huyeron a pie persiguiendo a sus caballos encabritados.

Sin una palabra, Bevan desmontó y decapitó a los que yacían en el claro. Cuin podría haber soportado ver su sangre, pero le estremeció que no hubiera ni una gota. Mareado, se agarró al áspero tronco del roble y luego se fue deslizándose hasta yacer sobre sus raíces. Vio cómo Bevan dejaba el claro, espoleando a su caballo detrás de unas huidizas figuras oscuras. Luego pensó en Rebd, y se desmayó.

Despertó al sentir la frialdad del agua. Se encontró sentado contra el roble, una manta protegiendo su espalda herida, y Bevan, arrodillado ante él, bañando sus heridas y quemaduras. En el agua flotaba una espesa capa de hierbas, notó Cuin, y parecía haber cierta virtud curativa en ella. Ya el dolor de sus heridas disminuía. Pero más allá de Bevan yacía la inmóvil forma sin cabeza de algo menos que un hombre. Cuin cerró los ojos y las arcadas le dominaron. Oyó a Bevan moviéndose cerca, y luego sintió el cuello de un frasco entre sus dientes. Tragó y descubrió que el licor era tan potente como cualquiera de los que había probado. Cuando volvió a mirar, el cuerpo de Rebd estaba cubierto como los otros.

—¿Qué ocurre aquí, Cuin, mi señor? —preguntó Bevan con calma—. No me digáis que mi dama está amenazada por tales seres.

—Hay cuatro más como ellos en la fortaleza —murmuró Cuin cansadamente—, pero se encontraba bien cuando me fui.

—Entonces, ¿os envió ella a buscarme? Debió de saber que os seguirían con toda seguridad.

—No, estoy aquí por propia voluntad. —Cuin le miró con candidez—.

Debéis saber que os he profesado escaso cariño, mi señor. Cuando esas gentes oscuras andaban siempre preguntando por vos, me irritaba no poder honradamente

contestarles... Así que, como un estúpido, escapé hacia la casa de mi padre, pensando sólo en huir por un tiempo de la mención de vuestro nombre. Pero ésos pensarón sin razón que yo era vuestro amigo.

—Ojalá lo fuerais, Cuin, hijo de Clarric —dijo Bevan suavemente—. En realidad, mucha amistad me habéis mostrado este día. Pero no es extraño que me odiéis. Os he despojado de lo que es vuestro por nacimiento: ella, que de todas las cosas es la más preciosa.

. —No me habéis robado nada que poseyera alguna vez —replicó Cuin con dureza, aunque no hubiera podido decir de dónde le venía tal conocimiento.

Bevan desgarró su vieja camisa para hacer vendajes. Protegió con paños las heridas de Cuin y las vendó bien apretadas para detener su perezoso sangrar. Hecho esto y sin decir nada, recogió la camisa y la túnica de Cuin.

—¿Hay algún lugar en las cercanías donde pueda quedarme escondido? —preguntó Cuin—. No tengo la fortaleza para cabalgar ahora a Wallyn.

Bevan le contempló interrogativamente.

—Pensad, mi señor: ¿por qué cabalgué tras esos medio hombres del señor del manto? No tengo ni el talento ni el deseo de matar, ni siquiera a tales criaturas. Pero todos han sido acallados, y podéis regresar enseguida a Caer Eitha. En realidad, tenéis que volver, o de lo contrario en adelante seréis perseguido por esos sacerdotes encapuchados de Pel.

Cuin tragó saliva mientras las palabras de Bevan causaban su impacto. Si se convertía en el objetivo de esos oscuros cazadores nunca podría ver de nuevo a Ellid o regresar a su hogar con seguridad.

—Debo enfrentarme a ellos —musitó.

—Así es. —Bevan estaba usando el agua para lavar la sangre de debajo del árbol. Ocultó la cuerda y esparció las cenizas del fuego—. Si os sirve de algún consuelo —añadió mientras trabajaba—, pienso que sólo pueden mataros, no convertirlos en una cosa carente de corazón como ellos, tal como amenazaron. Sólo Pel tiene ese poder. Es extraño cómo algo bueno puede llegar a usarse malignamente. El vaso dorado que daba a los dioses la juventud eterna aviva ahora los nervios de esas pobres cosas mutiladas.

—Así que si no se me acercan con un caldero, sólo debo temer la destrucción como mortal, ¿eh?

Cuin se puso de pie, pero se tambaleó antes de poder montar. Bevan le ofreció el frasco.

—Dejadles pensar que estáis borracho. En lo que eso respecta, unos tragos más y lo estaréis. Pero si se trata de combatir, mi señor, recordad que un golpe sólo les aturde, no les destruye.

—Entre el corazón y la cabeza, lo único que permanece para matarles es la cabeza. Lo entiendo. —Cuin trepó a su montura y se asentó en ella con razonable firmeza—. Debo partir mientras pueda.

—Que vuestros dioses os den fuerza. Y, señor... —Bevan vaciló—. Dad mis saludos a vuestra dama, si queréis.

—Lo habría hecho sin que me lo pidierais. —Cuin permaneció quieto un momento y, sin decir nada, tendió su mano, que Bevan estrechó—. Os doy las gracias por mi vida, mi señor. —murmuró Cuin.

Apartó su caballo antes de que Bevan pudiera replicar. Bevan le vio marcharse, un joven guerrero de labios apretados y rígida espalda sobre un hermoso ruano. Luego suspiró y se dispuso a esconder los cadáveres.

Ellid no había visto partir a Cuin, ni a la banda de jinetes encapuchados. Pero cuando esperaba al crepúsculo, como era su costumbre, vio regresar a Cuin, y supo de inmediato que algo andaba mal. Nunca le había visto cabalgar tan temerariamente ni dejar su caballo con tal descuido a cargo de otra persona. Abajo, en el gran salón, sabía que su padre estaba sentado junto a Ware, el del rostro arcilloso; no porque le tuviera ninguna estima, sino porque se trataba de un huésped. Rápidamente, Ellid fue a hablar con Cuin antes de que éste les interrumpiera.

Llegó demasiado tarde. Cuando estaba en la puerta, Cuin entró haciendo eses, blandiendo su frasco, y saludó a su tío con aparatosa cortesía. Pryce Dacarin le miró furioso, pues no toleraba ninguna libertad en sus tropas o su mansión.

—¿A qué os referís, señor?

—He hallado un árbol —replicó Cuin con claridad—. Hermoso árbol. Algún día construiré mi casa en él...

Pryce balbuceó bajo los efectos de la ira, pero Ware se puso en pie.

—Mi joven señor de Wallyn, ¿os encontrasteis con mis hombres en el Bosque?

—¿Bosque? —Cuin le miró vagamente—. Cierto, había un Bosque, diría yo, pero pasé el día con mi árbol. No tuve ojos para ningún otro. Hojas como labios en su suavidad, tronco tan redondeado como el trasero de una mujer...

—¡A vuestras habitaciones, señor! —rugió Dacarin.

Ellid se puso tensa junto a la puerta, pero no por lo que Cuin había dicho. En su espalda, allí donde se alzaba entre ella y los demás, observó cómo florecía una mancha roja y brillante. Se acercó rápidamente a él y le rodeó tiernamente con su brazo, ocultando la mancha de sangre con la mano.

—Es culpa mía, Padre —dijo arrepentida—. Últimamente he sido fría con él, y eso le ha llevado al deshonor. —Enfrentó firmemente los rabiosos ojos de su padre—. Me cuidaré de él. Ven, Cuin —dijo.

Amablemente le sacó de la habitación, sosteniéndole con su brazo mientras le hablaba en un susurro; y poco supusieron los demás que no eran palabras tiernas lo que le decía.

Le condujo hasta su cuarto y, palideciendo por la conmoción, fue a examinar su herida. Cuin la detuvo.

—Podrían venir a espiarnos —le dijo—. Debo seguir borracho y tenderme sobre mi espalda, ¿eh?

—Cálmate —replicó ella, atisbando por la estrecha ventana—. Ahí van, los cuatro.

Los encapuchados visitantes se habían dirigido al Bosque para buscar a sus camaradas desaparecidos. En un minuto, Pryce Dacarin apareció en la puerta del cuarto, aún enfurecido.

—¡Ahora escuchadme bien los dos! —gritó, pero se detuvo cuando vio la sangre de Cuin manchando la paja.

—No soy un borracho, tío —musitó Cuin, y cayó en una inconsciencia tan profunda como cualquier estupor de ebriedad.

Ellid y su padre le despojaron de la camisa y cuidaron sus heridas, pero no oyeron ninguna palabra de él ese día.

Cuin despertó a la mañana siguiente con el primer rayo de sol y enseguida luchó por levantarse. Pero no debería haberse preocupado: los hombres encapuchados no habían regresado. Ni regresaron ese día, ni en los días siguientes. Al quinto día, por pura curiosidad, Pryce Dacarin formó una tropa y pasó el día en el Bosque. Pero no halló rastro de ellos.

Cuin permaneció en Caer Eitha hasta mediados de junio, cuando sus heridas estuvieron curadas y recobró las fuerzas.

Entonces fue a ver a Ellid. Había una extraña turbación en su corazón ahora que ya no podía odiar a su rival.

—No es raro que estés unida a él —le dijo cansadamente—. Aunque no sea un guerrero, es todo un hombre.

—Es más que un hombre. La sangre de la Diosa Madre está en él.

Ellid no habría podido decir por qué le contaba a Cuin aquello que tan cuidadosamente había ocultado a todos los demás.

—Nació de Celonwy después de que ésta ayudara a Byve en las torres en llamas de Eburakon. Hace muy poco que abandonó las colinas huecas de los suyos.

—Y la Piedra le saludó. Y ahora ese señor ahíto de sangre que causó la perdición de su padre le busca también a él. Pero creo que será digno rival de él. —Cuin se levantó—. Le deseo la victoria, prima, y a ti la alegría de su victoria. Ahora volveré a la casa de mi padre. Quizás allí sea más útil.

Ella se levantó en silencio para ponerse a su lado.

—Ve con cuidado —dijo por fin.

—Me llevaré algunos criados. —Se quedó mirándola, y a pesar de toda su resolución, tenía el corazón lleno de dolor—. Bésame una vez, Ellid, por nuestra amistad —le pidió calmadamente.

—Por nuestra amistad, cierto —accedió ella, vacilante, y le besó suavemente en los labios.

Luego, Cuin se marchó sin volverse a mirar. Pero, de haberlo hecho, habría sabido que sus ojos le siguieron con una mirada más amable que todas las miradas de las semanas anteriores.

Cuando hubo recogido sus cosas y provisiones, Cuin fue por último al cuarto donde Flessa permanecía encapuchado y atado a su percha. Lo puso en su brazo desguarnecido, pues ahora no le preocupaban unos cuantos arañazos más.

—Libre como el viento, dijo de mi dama —musitó Cuin—. En verdad que no puedo ponerle ataduras al viento; y tampoco pondré ninguna en ti, criatura alada. Sé tan libre como el viento. Parte y busca a tu amor, si quieres.

Llevó el halcón al patio, le sacó la capucha y dejó que alzara el vuelo. Alegremente, el pájaro se alejó trazando círculos, destellando como una llama bajo el sol. Pero cuando Cuin montó y cruzó la puerta, Flessa apareció con la rapidez del rayo y le sobresaltó posándose en su hombro.

Durante kilómetros la cálida ala del halcón acarició la oreja de su amo.

A lo largo de los siete días de camino a Wallyn permaneció con él, a veces adelantándose y esperando en los árboles junto al camino, a veces tranquilamente posado en su muñeca o en la cabalgadura de los fardos. Los hombres de Cuin intercambiaban sonrisas, maravillados, y el propio Cuin sintió más ligero el corazón por su fidelidad. Cuando por fin llegaron a Wallyn, Flessa entró sin miedo por la puerta y se aposentó en el muro del huerto, donde nadie se atrevió a inquietar su descanso.

Wallyn era un lugar amable, más jardín amurallado que fortaleza, una rareza en esa época como lo había sido Eburakon en tiempos pasados. Clarric de Wallyn era también una rareza, un hombre que mostraba más inclinación hacia los libros que por el combate. La gente de mal corazón decía, burlándose, que dama Rayna se había casado con él para dominarle, pues hasta su muerte había sido tan orgullosa y tozuda como su hermano Pryce. Pero muchos señores respetaban a Clarric por su espíritu amable que, con todo, sabía abrirse paso como una espada. Y Cuin, como otros que le conocían bien, estimaba que su padre no carecía en modo alguno de coraje.

—Muchacho, no tienes buen aspecto —dijo Clarric saludando a su hijo.

—Se preparan extraños acontecimientos, Padre —replicó Cuin— y tengo necesidad de tu consejo. ¿Has oído algo de jinetes encapuchados, o del heredero de Byve, el del negro cabello?

—Habladurías —le dijo Clarric—. Pero veo que tu cuerpo está tan herido como el resto de tu ser. Toma un baño y come. La conversación irá mejor después.

Ciertamente, esa noche hablaron hasta muy tarde. Largo tiempo le tomó a Cuin dar voz a la más aguda de las perplejidades que le afligían.

—Todo el mundo sabe que amo a Ellid —dijo dolorido—, y todo el mundo dice que si un hombre desea algo debe ir y cogerlo, si es realmente un hombre; ése es el estilo de un guerrero. Pero últimamente siento que no tengo ni siquiera el derecho a imponerle la visión de mi rostro entristecido. Es muy extraño.

—No es tan extraño —meditó Clarric—. Yo diría que has aprendido a querer mejor que alguien dispuesto a coger lo que desea. Diría también que quizás la culpa es de la familia, por haberos unido tanto a los dos.

Este Bevan que dice ser pariente de los dioses..., quizás ella le pertenece por un derecho mayor que tu derecho de nacimiento. Con seguridad ella merece su consideración. Piénsalo, hijo mío.

—No es un hombre común, eso es seguro —suspiró Cuin—. Aunque le conozco poco, puedo sentir su talla, él que parece sólo un muchacho... Y no puedo odiarle. Si no me significara tal violencia, creo que podría casi admirarle.

Cuin rió, y Clarric rió con él, alegre de que su hijo pudiera tomarse a la ligera el dolor de su corazón. En este asunto de Ellid, Clarric sabía que nada podía hacer salvo lo que más duro es para un padre: escuchar y esperar. Decidió que durante unas semanas no cargaría a su hijo con muchas tareas. Cuin parecía tan agotado por las heridas como por la pena.

Así fue corno, unos pocos días después, Cuin no estaba haciendo nada más fatigoso que pulir su yelmo cuando un criado le informó de que alguien en el patio deseaba hablarle.

—¿Quién? —preguntó Cuin, mientras un resto de temor hacia los sacerdotes oscuros de Peí cosquilleaba su mente.

—¡Tened mi palabra, señor, de que no lo sé! No es más que un joven de cabello negro, pero casi le tengo miedo. Sus ojos parecían quemarme.

—¿Bevan? —exclamó Cuin, y corrió abajo.

Era Bevan, en verdad, y parecía frágil como un chico entre los fornidos hombres del castillo. Cuin descubrió que el verle le hacía sonreír.

—¡Por las Madres, aparecéis en todas partes! —le saludó—. ¿Cómo supisteis que estaba aquí?

Bevan señaló al halcón, que en ese mismo momento se dirigía hacia el brazo de Cuin.

—Lo supe cuando vi al pájaro, no antes. Esperaba solamente cambiar los caballos. Pero no habría sido muy cortés haber pasado por aquí sin saludaros, mi señor. ¿Estáis bien?

—Bastante bien. Pasad dentro, señor Bevan, por favor; mi padre siente grandes deseos de conocerlos.

Bevan llevó lentamente su caballo al establo, pues se hallaba muy cansado. Después, él y Cuin fueron a ver a Clarric que se hallaba inclinado sobre sus libros de cuentas. El anciano abandonó su trabajo alegremente para hablar con ellos. Hacia la tarde, Bevan hablaba con el erudito y su hijo más abiertamente de lo que jamás lo hiciera con Pryce Dacaerin.

—Me exhibí ante esos cuatro últimos sacerdotes de Pel —explicó—, y les hice ir unos cuantos días hacia el norte para apartarles del camino.

Por último, conjuré una sombra para librarme de ellos. Extraño es que ellos, meros muertos vivientes, tengan tal horror hacia los muertos sin cuerpo. Pero perdí un caballo durante la persecución, y el otro está reventado. Wallyn es un sitio de noble reputación, así que no tuve miedo de venir aquí y buscar una montura fresca. No me importaría ir a

pie, pues puedo ir tan deprisa a pie como la mayoría de los hombres a caballo. Pero para combatir a los servidores del señor del manto debo ir montado.

—Así que vais a combatirles —dijo Cuin.

—Cierto, por todo lo que es oscuro y hermoso, ¿qué otra cosa iba a hacer? No puedo huir de ellos eternamente. —Bevan suspiró—. Aunque al venir a este mundo de los hombres apenas pensé que iba a luchar por el reino de mi padre. Venganza, honor, el precio de la sangre y el de la reputación; todas esas palabras carecen de significado bajo las colinas huecas. Pero ahora que he visto cómo los hombres se alimentan del miedo y la sangre... —Frunció el ceño—. ¿Os parece probable, señor de Wallyn, que aún otra contienda pueda terminar con esto?

—Nadie puede hablar en nombre de la humanidad —respondió tranquilamente Clarric—. La adivinanza es inútil, Bevan de Eburakon, pues ¿qué elección os queda? La Piedra ha hablado, y Pel Blagden ha escuchado.

Bevan se estremeció.

—Cierto, así es. Ya hay nuevas en el Bosque de que se ha vuelto a ver fuego en ese Pozo, lejos, hacia el sur. Pel Blagden busca aumentar su ejército por los viles medios que ya conocéis, Cuin... Medios que no se ha tomado la molestia de poner en práctica estos últimos cien años o más. Tras la caída de Eburakon seguía teniendo los servidores necesarios para sus propósitos.

—¿Acaso nunca mueren? —exclamó Cuin.

—Nunca, si no es bajo la espada, decapitados.

—Entonces, ¿cómo les mataréis, Bevan? —preguntó secamente Cuin—. Me atrevo a decir que sois experto en muchas armas, pero con seguridad que la espada no figura entre ellas.

Bevan se le encaró con la sombra de una sonrisa.

—Aceptaría vuestras lecciones, mi señor, pero sería peligroso para mí quedarme tanto tiempo. Mas, con seguridad hay gentes en Isla que cederían sus espadas para ayudarme si se les pudiera hacer ver el peligro. Tengo que buscarles.

—Tendréis mi ayuda y la de mis hombres —le dijo Clarric—. Aunque los de aquí no somos grandes guerreros, a excepción de Cuin.

—Y en cuanto a eso —añadió Cuin—, tendréis mis lecciones aunque sea a mi modo. Deja que te acompañe, Bevan. —No podía creer las palabras que él mismo se oía pronunciar.

Y Bevan estaba tan asombrado como él, si se podía juzgar ese rostro de eterna sobriedad. Pero había algo más que asombro: ¿quizás un poco de alegría?

—Piénsalo bien, Cuin —dijo Bevan, tras hacer una pausa—. ¿Estás dispuesto a enfrentarte a ellos nuevamente?

—Tarde o temprano, debo enfrentarme a ellos. —Cuin se giró hacia Clarric—. ¿Padre?

—Consúltalo con la almohada, muchacho —dijo pesadamente Clarric—. Bevan, mi señor, ¿querréis cenar con nosotros, y yacer esta noche en una cama?

—Cenaré complacido con vosotros —replicó Bevan—, pero me hallo más cómodo en el Bosque que bajo cualquier techo del hombre, incluso uno tan hermoso como éste. —Hizo una pausa—. Cuin, si cabalgaras conmigo, yo..., yo me sentiría muy feliz. Pero, como ha dicho tu padre, debes meditarlo. Te esperaré por la mañana.

—No —respondió Cuin—. Iré contigo cuando hayamos comido.

Y su padre no dijo nada en contra.

Se fueron a la tenue luz del crepúsculo, hora extraña para iniciar un viaje según Cuin, pero la mejor de las horas para Bevan. El heredero de Byve montaba un hermoso corcel pinto, el mejor de los establos de Clarric. Cuin montaba su ruano favorito. Apenas montó a caballo, Flessa descendió para ocupar su sitio en el hombro de Cuin.

Cabalaron hasta el fin de las tierras cultivadas en un silencio que decía más que cualquier palabra. Apenas habían entrado en las más profundas sombras del Bosque,

Cuin percibió un relámpago blanco entre los árboles. ¡Espectro!, gritó su mente, pero sus ojos volvieron a mirar: era la figura de un ciervo blanco que corría a su lado, del cual ya la Piedra que Habla había advertido.

LIBRO DOS - Las seis almas

¿Adonde van el blanco venado Y el rojo halcón? Cuin, Cuin hijo de Clarric, ¿Adonde te llevan?

¿Adonde van el caballo gris Y el rojo ruano? Bevan de Eburacon Ya no camina solo.

No anda ya en soledad y, con todo, ¿Qué hombre conoce su corazón? ¿Qué mujer conoce su fuero interno? ¿Quién por tanto tiempo anduvo en soledad?

Ruano rojo como el gavián y pinto,

El halcón y el ciervo;

Bevan de Eburacon

Es servido por Cuin Kellarth.

1

En unos cuantos días, Cuin descubrió que la fuerza de Bevan era superior en proporción a lo espérame de su gracia, rapidez felina y ligera constitución, amén de su incomparable destreza manual. Sin embargo, su esgrima era pobre.

—Necesitas un arma mejor —le excusó Cuin.

La espada de Bevan era vieja, pesada y maltrecha; en realidad, para sorpresa de Cuin, la usaba para cortar la leña para el fuego.

—Si he de seguir con esta lucha, ya me llegará una. —A la parpadeante luz de la hoguera, el rostro de Bevan era indescifrable—. Ésa será una grata prueba. Me resulta difícil estar seguro de que he escogido el camino recto, Cuin. Antes de llegar a este extraño mundo de hombres, lo correcto venía suavemente a mi mano. Y no ocurre así con la habilidad de combatir.

—Es una habilidad que requiere mucho entrenamiento —replicó Cuin—, incluso entre quienes mejor dotados están para ella.

Bevan le contempló con recelo.

—Así pues, ¿derramar sangre no es fácil, ni siquiera para los malvados? Entonces con menor razón todavía debí acudir a ti, Cuin. Apuesto a que no la conseguiste en la casa de tu padre.

Cuin sonrió astutamente.

—No, mi tío me enseñó. Pero es un aprendizaje necesario en estos tiempos, Bevan, y uno al que mi padre no tiene en menosprecio.

Muchas veces la fuerza de mi tío ha defendido a la amable gente de Wallyn. El brazo de Pryce Dacarin es largo.

—Él te entrenó.

—Cierto, desde mi décimo invierno. Como conviene a su heredero.

—Te pareces mucho a él. —Bevan observó fijamente a Cuin—. Pero creo que eres más como tu padre.

—Pryce Dacarin es un hombre valiente y merecedor de mi servicio —dijo Cuin tranquilamente—. Pero estoy orgulloso de ser hijo de mi padre.

Viajarón tranquilamente hacia el sur, manteniendo rumbo oeste, pero dentro del anillo de las colinas que se alzaban entre Isla y el mar. A los ojos de los hombres eran dos, el esbelto muchacho de pelo negro y el joven guerrero de ojos claros que le acompañaba. Pero en el pensamiento de Bevan eran seis quienes viajaban por el Bosque penumbroso.

Dos eran hombres y dos eran rápidos corceles, y otros dos eran criaturas aún más huidizas, el pájaro rojo fuego y el sutil ciervo blanco.

—¿Cómo encontraste al ciervo? —preguntó Cuin.

Bevan no pudo contestar. No podía decir que lo había visto por primera vez el día en que rescató a Ellid. Por un pacto mudo, no la mencionaban.

—Ya has oído que me ha sido impuesto como destino —dijo por fin.

—Sí, por la Piedra. Y este halcón: ¿se me impuso un destino por cierto hijo de los inmortales?

Bevan sonrió débilmente.

—Me sobreestimas, Cuin, hijo de Clarric. Hablo sólo de lo que veo. Quizá todos tenemos un alma que se aferra a nosotros, para bien o para mal.

El camino se entremezclaba con la tierra erosionada y las retorcidas sendas del Bosque. De vez en cuando llegaban a un claro, cada uno de ellos un retazo soleado entre la sombra circundante. En el centro, como apartándose encogida de los árboles, había siempre una fortaleza. Algunas eran torres redondas, como lo había sido Myrdon. Otras eran trincheras y muros achaparrados. Algunas eran de piedra y la mayoría de madera. Todas eran muros tensos y vigilantes, suspicaces y amenazadores al mismo tiempo.

Cuin conocía a muchos de estos señores locales.

A menudo tenían tratos con Pryce Dacarin, negociando en pro de su favor y ayuda contra cualquier amenaza que pudiera surgir en aquel momento. Algunos tenían mayor influencia que otros. Cuin y Bevan entraban orgullosamente a caballo en sus grandes salones, obteniendo noticias, una cena y la cauta promesa de ayuda en tiempos venideros. Bevan sabía que ofrecían su hospitalidad y su palabra al heredero de Dacarin, no a él. Aunque habían oído hablar de los jinetes encapuchados que vagaban por el país, su miedo todavía no era fuerte. Y los días en que sólo el tributo del oro compraba la escapatoria del roble ensangrentado se habían borrado tiempo ha del recuerdo.

Los dos viajeros volvían siempre al Bosque para dormir, o más bien para que Cuin durmiera y Bevan vagabundeara. De noche, Bevan no permanecía bajo ningún techo.

—Nos hemos marcado a nosotros mismos con estas visitas —dijo Cuin una noche ante el fuego—. Deberían estarnos persiguiendo.

—La noche del Bosque está llena de voces que conspiran para protegernos —replicó Bevan—. Tranquilízate, Cuin.

Pero Cuin notó que en las semanas siguientes Bevan estaba más inquieto. Siguieron por senderos extraños; en verdad, su ruta era tan tortuosa como la de un murciélago. Más aún, a veces se refugiaban en la más honda espesura, silenciosos durante horas seguidas. Cuin no sabía qué sentido o informador alertaba a Bevan del peligro, pero vio pruebas de sus perseguidores.

Un día Bevan se apartó apresuradamente de la senda del Bosque y condujo a Cuin tras una hilera de altos espinos. Sostuvo las cabezas de los caballos; las bestias permanecieron quietas como piedras mientras Cuin atisbaba entre las ramas y contemplaba la cabalgada de los sacerdotes de Pel.

Bevan les condujo luego en otro loco giro hacia el sol poniente. Con todo, siguieron dirigiéndose hacia el sur, mucho más allá del «largo brazo» de Pryce Dacarin y más allá de cualquier otra tierra que Cuin conociera..., hasta que un día, lejos aún de la mitad del verano, llegaron al final de los árboles.

Cuin se quedó tan asombrado como un niño. Nunca había sabido que el cielo pudiera tener tal extensión. Ante él se abrían los soleados repliegues de las Tierras Bajas del Sur. Hierba alta hasta la cintura ondeaba bajo el viento, algo que ninguno de los dos había visto antes. Un olmo que se alzaba en la colina más lejana no parecía sino un arbolillo en la reluciente extensión del terreno.

—El ciervo no nos seguirá aquí —dijo Bevan lúgubrementemente.

Cuin le miró con curiosidad. Ya era bastante que el ciervo blanco les hubiera seguido a algún sitio. Frecuentemente desaparecía en sus propias e inescrutables misiones. Era probable que no le vieran durante días seguidos. Pero ese día estaba cerca, apenas a un tiro de piedra, con su cabeza coronada de plata erguida para vigilar la tierra extraña.

Por su parte, Cuin sintió una alegría irracional ante la visión de tanto cielo soleado. Pero entendía por qué Bevan parecía preocupado, o así pensó; sería peligroso aventurarse por esas praderas carentes de refugio.

—Pero no hay otro remedio —musitó Bevan, desmontando.

Se dirigió hacia el ciervo y le habló, y éste giró para lanzarse como una flecha entre los árboles.

—Nos aguardará en Eburacon —dijo Bevan a Cuin, y cabalgó lejos del Bosque sin una mirada.

Viajaron por la tierra ondulante, ahora cinco almas, hasta que la oscuridad desplegó sus pétalos en la vasta cúpula del cielo. Cuin nunca había visto florecer con tal suavidad la oscura flor de la noche. Casi sintió alegría cuando Bevan continuó bajo la oscuridad punteada de estrellas. En esas tierras anchas y sin sombras, la pálida luz de la luna joven hacía sencillo el camino, incluso para los inexpertos ojos de Cuin. Era ya tarde cuando se detuvieron, y Cuin no precisó el consuelo del fuego para dormirse.

Por la mañana se dio cuenta de que las onduladas Tierras Bajas eran, de hecho, la montaña más suave que jamás hubiera conocido. Acamparon en su redondeada cima y a los lejos, al este, la vieron serpentear hasta que sus pliegues se hicieron borrosos por la distancia. Hacia el oeste, la pendiente era más pronunciada aunque igual de suave y en su base corría un brillante río de plata que se curvaba a lo lejos, en la sombra de las colinas boscosas.

—Más allá del Río Resplandeciente se encuentra el reino de Welas —dijo Bevan.

Allí, Cuin lo sabía, habitaba un pueblo extraño y oscuro que hablaba su propia lengua ininteligible. Lo observó con aprensión, pero Bevan se apartó del oeste con un suspiro.

—Nuestra meta no está allí —le dijo a Cuin—, sino hacia el este. De ahora en adelante, viajaremos de noche. —Y bizqueó, dolorido ante el resplandor del sol naciente.

En esa dirección se hallaba el pozo de Blagden, un lugar del que los hombres fuertes preferían no acordarse demasiado. Y, sin embargo, con el perverso orgullo de quien ha elegido el papel de criado, Cuin desdeñó el preguntarle a Bevan sus planes para esos lugares terribles. En su mente, entrenada para la guerra, supuso que el Príncipe buscaba echar una mirada al aspecto del lugar, una salida rápida y protegida. Eso ya era lo bastante peligroso, pero Cuin apartó la idea con un encogimiento de hombros. Las sombras de Blagden no tenían lugar en esta tierra alta y soleada.

Pasarón el día acampados en un hoyuelo de las Tierras Bajas, haciendo guardia por turnos. Los caballos se atracaron con la hierba alta y dulce, y Flessa trajo conejos hasta que le dijeron basta. Cuin sesteó al sol y escuchó el canto de incontables laverocs, o alondras. En un lugar tan hermoso, por distinto que fuera de cualquier otro que hubiera conocido, no podía sentir temor por el futuro. Cuando llegó la noche, apenas más suave que el día de brillante niebla y rizada brisa, montó su ruano y siguió alegremente a Bevan.

Durante quince noches viajarón. De grado en grado, las tierras altas y ondulantes fueron bajando y nivelándose hasta que se hallaron cabalgando una llanura carente de rasgos. La serenidad de Cuin le abandonó, porque tenían gran prisa por hallar refugio. Cada día transcurría en el temor a los ojos del enemigo. Acamparan donde acamparan, ya fuera al abrigo de un ralo bosquecillo o tras un montículo, podían ver a los sacerdotes de Peí desfilando como hormigas por los innumerables senderos que cruzaban la llanura. Los cuervos carroñeros aleteaban en lo alto, su aguda vista atenta a cada movimiento en el dominio de su oscuro señor. Cuin se encogía de temor por si uno de ellos era el propio

Peí, pues con sus viejos poderes de voluntad podía tomar cualquier forma o apariencia que deseara; toda la visión de los mortales se plegaba a su dominio.

Con todo, nada fue mal para Bevan y Cuin. En el decimotercer día divisaron espesas nubes de humo negro en el horizonte y supieron que estaban cerca del Pozo. Esa noche llegaron a Blagden, y ningún vigía hizo sonar la alarma. Cuin no podía creer que no hubieran sido avistados. Todos sus sentidos: gritaban que había una trampa aún por cerrarse mientras cabalgaban hacia el borde a la clara luz de una luna llena.

El Pozo de Blagden era un agujero abierto en el uniforme verdor de la llanura..., un lugar del que era siniestro hasta pensar en él, pues ¿cómo había llegado aquí? Sólo la brujería podía haber excavado tal hoyo sin alzar grandes diques de tierra. En la propia base del pozo, a más de un kilómetro por debajo del vasto anillo, había una fortaleza encajada en los pétreos flancos del abismo como un tapón en un retorcido embudo. Hacia abajo corría un sinuoso sendero que atravesaba puertas practicadas en el anillo y por debajo de él; un caballo podía descender por ese camino si era osado y seguro de cascos. Pero ningún caballo podía alcanzar la fortaleza de Blagden sin pasar por las puertas. Bevan desmontó y entregó sus riendas a Cuin.

—¡No puedes pensarlo seriamente! —susurró Cuin—. ¿Qué esperas conseguir?

—Lo que venga —murmuró Bevan—. Quizá sólo conocimiento.

—¡Si vas allí, lo harás sin mí! Por ningún conocimiento, oro o fama me aventuraría en ese pozo. ¡Probablemente es la misma puerta del infierno, y el fuego arde más allá de esa puerta!

El terror del lugar inundó a Cuin como una neblina, y su frialdad le hizo temblar. Pero Bevan le contempló sin un comentario.

—No, debes guardar los caballos —dijo serenamente—. Busca refugio hacia el norte y deja que Flessa me lleve a ti. Adiós.

Mientras Cuin no hacía sino mirarle, angustiado, él frunció el ceño con sorpresa.

—¿Qué ocurre, Cuin? Sabes que me muevo como una sombra en la noche.

—Aun así —murmuró Cuin—. Adiós.

Y se alejó cabalgando apresuradamente. Dio un amplio rodeo alrededor del Pozo y encontró abrigo en una granja abandonada en el lado más lejano. Parecía que la gente no quisiese vivir cerca del lugar, y el propio Cuin habría preferido estar lejos de él. El enfado hacia Bevan y su propia cobardía le mantenían preso; no podía comer ni dormir. El parloteo áspero y constante de los cuervos carroñeros le turbaba. Pasó esa noche y el día siguiente en inquietos paseos y se sobresaltó ante cada sombra, pero Bevan no vino.

Le habría sorprendido el alba, se dijo Cuin, y aborrecía moverse a la luz del día. Pero cuando la noche siguiente estuvo medio consumida, Cuin no podía seguir diciéndose que todo iba bien todavía.

Levantó el campamento y cabalgó lentamente alrededor del anillo del Pozo de Blagden, buscando desesperado algún signo tranquilizador. No apareció ninguno. Por fin, Cuin ató los caballos hacia el norte y, debilitado por el miedo, inició el descenso de la empinada y árida ladera hacia la sombra más oscura de aquel lugar sombrío.

Había guardias alrededor, aquí y allí. Cuin les evitó casi impacientemente. Por fin alcanzó el fondo y, osadamente, escaló el muro. Las tinieblas eran tan densas que casi esperó tropezar con un centinela antes de que éste le viera. Pero no halló a nadie mientras se dejaba caer dentro y tanteaba su camino hacia la fortaleza. Luego, mientras rodeaba una de las esquinas de la gran masa de piedra, la tiniebla cedió el paso a un resplandor rojizo. Cuin descubrió que hallar a Bevan no supondría ningún problema.

Varios centenares de hombres estaban frente al fuego: hombres inacabados, más bien, los servidores del señor del manto. Sus espaldas encapuchadas se dirigían hacia Cuin y su vista saltó más allá de ellos. Sobre una masa de carbones que palpitaban por el calor colgaba un enorme cuenco que penetraba en la oscuridad con su brillo rojo y dorado. Por

encima de él se alzaba un roble gigante, el único árbol en el árido Pozo de Peí, una criatura cuya bondad y crecimiento habían sido convertidos en una presencia vil en aquel lugar fatídico. Formas oscuras y aleteantes se apiñaban en sus ramas y daban círculos codiciosos alrededor del fuego. Una figura alta y encapuchada se alzaba, como el roble, al lado del caldero, enrojecida por su brillo. Quien le daba la cara brillaba con un rojo aún más fuerte, pero no sólo por el feroz resplandor. El corazón de Cuin sintió un sobresalto al darse cuenta de que Bevan relucía por la sangre.

Los sacerdotes de Peí se agitaban ante el espectáculo.

—Déjanos beber su sangre, señor —cantaron roncamente—, y echar su corazón como comida a los cuervos.

—Aún será uno de nosotros —salmodió Pel, y con un gesto ritual alzó su resplandeciente cuchillo.

Pero Bevan echó atrás la cabeza y rió, una risa tan suave como una cascada plateada.

—¿Serás tú uno de mí? —dijo burlándose, alzando sus manos y blandiendo la correa que no podía atar sus muñecas—. Ahora ya sabes que tu hoja me hace escaso mal, ¡oh Señor del Manto! ¡Ponme en tu caldera, más bien, y dame la vida inmortal!

Pues el hijo de Celonwy no pierde su corazón tan fácilmente como vosotros, conchas de hombres.

—¡Cuelga su corazón del roble, señor! —rugió la multitud encapuchada.

—¡Ven, sombra poderosa! —dijo Bevan, meloso—. Veamos cómo fracasas una vez más.

—Traed una lanza —ordenó con aspereza la figura encapuchada.

Media docena de sirvientes se apresuraron a obedecerle. Trajeron una lanza brillante, y el señor del manto la alzó, probando su equilibrio mientras giraba hacia Bevan...

Cuin saltó sin plan de ataque o esperanza de victoria. Los sorprendidos sacerdotes cayeron ante él como si fueran hierba, dando gritos de alarma. A través del tumulto, Cuin notó el rápido movimiento de Bevan, luchando con el señor del manto... Pero Cuin no podía alcanzarle para prestarle ayuda. Los hombres a medio hacer le rodeaban ahora por todos lados, y empezó a recibir heridas. Eran cien contra uno; pronto habría acabado todo...

Una repentina nube de humo oscureció su visión, un humo tan denso y punzante que convirtió el combate en una jadeante confusión. Ahogándose, Cuin notó una mano en la suya, e incluso en el tumulto reconoció aquel cálido contacto. Él y Bevan huyeron sin rumbo entre la oscuridad, y no se detuvieron a recobrar el aliento hasta hallarse mucho más allá de los muros. Cuin se sacó apresuradamente la camisa.

—Ponte esto o dejarás un rastro de sangre —susurró—. Aquí...

Podía sentir cómo Bevan temblaba de dolor mientras le ayudaba con la camisa.

—¿Dónde están los caballos? —jadeó Bevan.

—Al norte —dijo Cuin en un susurro—. ¿Pero hacia dónde está? En este hoyo del infierno no puedo ver ni una estrella. ¿Puedes decirlo, Bevan?

—No...

La voz de Bevan le dijo a Cuin que no podía esperar más ayuda de él aquella noche.

Había olvidado a Flessa. Cuando el peso del halcón tocó su hombro, dio un salto como si le hubieran apuñalado. Luego rió temblorosamente. Lo oyó alejarse en un revoloteo hacia la izquierda.

—Sigamos al halcón —musitó, y subió por la ladera, medio arrastrando a su camarada.

Cuando por fin alcanzaron los caballos, tuvo que subir a Bevan al suyo. Del Pozo, muy abajo, se alzaban los débiles gritos.

—¿Por dónde? —preguntó Cuin.

—Norte, hacia el Bosque —consiguió responder Bevan.

Cuin podía ver ahora la estrella guía. No intentó ninguna sutileza en esta llana tierra del sur, sino que trazó un rumbo recto como una flecha. Los corceles estaban descansados y

ansiosos por correr. Cuando llegó el alba, Cuin no pudo ver signos de persecución en algunas millas a sus espaldas. Pero lo que vio junto a él le hizo que le doliera el corazón. Bevan yacía con su espalda apoyada en el cuello del caballo y el rostro tan gris como el amanecer.

Cuando llegaron a un sitio para abreviar, Cuin le bajó del caballo y le arrancó la camisa, rígida y marrón por la sangre seca. Al ver cómo Bevan había sido mutilado, la conmoción le atravesó como una espada. No había sido una tortura leve; Peí había tratado decididamente de matarle con tajos y puñaladas que deberían haberle hecho morir una docena de veces. Temblando, Cuin intentó lavar las heridas, pero sabía que no poseía el arte del curandero. Repentinamente lágrimas de agonía indefensa corrieron silenciosamente por su rostro y cayeron sobre la forma inmóvil que yacía bajo sus manos. Bevan se estiró, abrió los ojos y le contempló maravillado.

—Cuin —suspiró dolorido—, estoy avergonzado. Sabía que tenías un gran corazón, pero a duras penas habría creído que podías amarme.

Cuin se encogió ante tales palabras, aunque ciertamente amor era lo que sentía hacia aquel extranjero vagabundo de las colinas huecas.

—Ahorra tu fuerza —dijo ásperamente—. He de llevarte de algún modo a un sangrador, aunque estoy seguro de que esos ogros sin corazón nos pisarán los talones.

—¡No, Cuin, al Bosque! Estaré bien una vez me haya tendido bajo la trama de su sombra. El bálsamo de las bendiciones de mi madre fluye en el haya y el álamo plateado... ¿Está lejos, Cuin?

—¿Cómo voy a saberlo? Pero los caballos viajan bien. Ven, pongámonos en marcha.

Cuin abrigó un poco a Bevan y le subió a su caballo pinto, y los dos reemprendieron la marcha.

Mantuvieron un paso rápido y decidido durante todo el día, aunque Bevan se aferraba al cuello de su corcel y Cuin temía que cayese. La tierra cambió gradualmente a un terreno en suave ascenso, tan salvaje y abierto como las Tierras Bajas pero envuelto en arbustos. Cuin miraba a su alrededor cuando coronaban cada colina; le confortaba no divisar persecución alguna en la lejanía. Y cuando el sol se puso hacia el oeste sintió más tranquilidad al ver ante ellos ondulaciones de verde más oscuro. El Bosque no estaba lejos.

Hacia el crepúsculo, alcanzaron el refugio de los árboles, y Cuin se internó en la penumbra, buscando algo que a duras penas sabía de qué se trataba. Lo encontró ya cerrada la noche: pálidos árboles rodeando un susurro de agua. El altar esculpido encima del manantial marcaba el lugar sagrado. Cuin tendió a Bevan en el espeso seto que estaba bajo el árbol más grande. La luz de la luna ceñía de plata el bosquecillo que les rodeaba. Con la gracia de una doncella, el esbelto círculo alzaba hacia el cielo una corona entretejida.

Toda la noche yació Bevan silencioso entre los fragantes arbustos. Cuin se quedó sentado a su lado, en silencio, sin ni siquiera el consuelo de un fuego. Flessa, colgando igual de inmóvil e insomne en el árbol más cercano. Los caballos pastaron silenciosamente. Hacia el alba, el ciervo blanco apareció y se tendió serenamente junto al arroyo. Sólo entonces empezó Cuin a sentir esperanza, y la esperanza le desgarró aún más que la desesperación.

Ni el alba ni los primeros rayos del sol conmovieron a Bevan. Pero cuando el sol llegó a su apogeo, luz suave en aquel lugar de sombras cambiantes, Bevan se sentó emitiendo un grito ahogado de sorpresa. Cuin se le acercó rápidamente.

—¿Qué es esto? —preguntó Bevan, asombrado—. No recuerdo haber llegado hasta aquí.

—Estabas dormido —le dijo Cuin—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo debería encontrarme? Bien.

—Podrías acordarte de que te habían herido gravemente —dijo Cuin con aspereza.

—¡Cierto, en verdad que lo fui! —Bevan se estremeció, pero su mente se apartaba involuntariamente hacia su nuevo motivo de asombro—. ¡Así que esto es el sueño! —se maravilló—. Es muy curativo, pero ¿acaso los hombres pueden necesitar tal curación cada noche?

—No he dormido en las tres últimas noches —le reprochó Cuin—, ¡y tampoco he comido en otros tantos días, por tu culpa!

—¡Come entonces! —Bevan señaló la fruta y los pasteles depositados en el altar, al alcance de la mano—. ¿Por qué estás enfadado, Cuin?

—Porque seguiste el sendero de un tonto, lo cual podría haber significado el final de los dos, y porque... —Cuin se dejó caer sobre el suelo, repentinamente agotado—, porque soy un cobarde, Bevan. Ni siquiera a mí mismo puedo confesarme lo alegre que me encuentro al verte vivo.

—Eres un cobarde extraño —le dijo Bevan suavemente—, pues te enfrentas en solitario a docenas de enemigos por mi bienestar. Ven, Cuin, come y descansa; abandona toda preocupación por un tiempo. Los otros montarán guardia.

—Primero deja que te examine —dijo Cuin bruscamente.

Las heridas estaban secas y limpias, en vías de curación. Cuin las vendó cuidadosamente y trajo después la comida. Tomó asiento junto a Bevan para compartir el alimento. Después se acostó allí mismo y en un momento se quedó dormido.

Cuando se despertó, hacia el final de la tarde, Bevan yacía a su lado, soñando con los ojos abiertos, como era su costumbre. Cuin se levantó para encontrar a sus pies un ordenado montón de presas: Flessa había estado cazando. Se adentró un poco en el bosquecillo para encender un fuego y cocinar. Sentía que, en cierto modo, no era correcto prender llamas mundanas dentro del lugar sagrado. Limpió y despellejó la carne para asarla. En aquel momento, Bevan se le acercó.

—Dime lo que sucedió —dijo Cuin—. ¿Cuándo fuiste capturado?

—¡Demasiado pronto! —exclamó Bevan con una mueca, burlándose de sí mismo—. Estabas en lo cierto al sentirte irritado, Cuin. Pensé que debía ir allí, pero me parece que anduve demasiado descuidado. No encontré ningún mal en la oscuridad, pero la hermosa negrura del cuervo no es la de la urraca... Incluso la luna nueva es luz brillante comparada con las tinieblas de ese Pozo. Extravié completamente mi camino. Por fin tuve que encender una luz, y entonces, por supuesto, me cogieron enseguida. No precisan mejor guardián que esa sombra. Es una sustancia y un arma en sí misma. Me aterrorizó como las sombras de los muertos aterran a los hombres; asfixia el corazón y retuerce la mente...

—Entonces fuiste capturado antes del amanecer —interrumpió Cuin.

—Cierto. Me golpearon, pero durante el día no me hicieron nada peor. Parece que prefieren ejecutar sus ritos sangrientos durante la noche. En realidad no vi al señor del manto hasta que cayó la oscuridad. Me dejó asombrado. No pude ver rostro alguno bajo el capuchón.

Cuin se estremeció.

—Creí verte correr hacia él.

—Sólo porque se interpuso en mi camino hacia el fuego. No pude sacar gran cosa en limpio de él. Sólo sentí tela, y luego se escurrió de mi presa como una cosa sin forma.

Entonces me acerqué al recipiente de la juventud. Está maravillosamente trabajado, oro como la sangre del sol y perlas como las lágrimas de la luna... Coradel Orre es

llamado en el lenguaje del viejo pueblo. Caldero de Oro. No hay maldad en ese recipiente, pero una fuerte voluntad lo apartó de mi servicio, y yo tenía prisa. El fuego se mostró dispuesto a mi servicio.

—El humo nos sirvió bien. Pero, ¿qué podía hacer el caldero?

—Lo que Coradel Orre da, puede quitarlo —replicó Bevan—. Los hombres por hacer, que viven por su mano, pueden morir cuando ésta les es retirada. Y si fuerán liberados de su encapuchado amo entonces otros hombres, los mortales que siempre han de perecer, podrían saberlo y vivirían.

Los ojos oscuros de Bevan estaban llenos de ansiedad.

Cuin le miró.

—¡Por eso fuiste allí! —exclamó.

—Cierto. Podría haber hallado mi camino hasta Coradel Orre y haberlo ceñido a mi voluntad. Mucho dolor y lucha podría haberse evitado, y mucha gloria conquistada... Pero he fracasado, y te garantizo que por un tiempo no volveré a Blagden.

—Podrías haberme dicho de qué se trataba —murmuró Cuin.

—Sí, podría haberlo hecho. —Bevan le miró cándidamente—. No sólo he fracasado con el enemigo, Cuin. También me he mostrado débil ante el amigo.

Cuin enrojeció.

—No te juzgues tan duramente —farfulló—. Sabes que te odié un tiempo. Pero ahora lo cierto es, Bevan, que te serviría con..., con todo mi amor.

—Al igual que yo te guiaría con toda mi sinceridad —susurró Bevan, conmovido—. ¿Hacemos un pacto, Cuin?

—Pactemos —replicó Cuin, y se estrecharón las manos para sellarlo.

Permanecieron unos días más en el bosquecillo de Celonwy. Cuin temía la persecución, pero las nuevas que Bevan había oído eran que Pel y sus sirvientes se mantenían en Blagden. Parecía que en ese momento Pel no estaba más ansioso de buscar a Bevan de lo que éste se hallaba por enfrentársele. El señor del manto había salido malparado de su confrontación, pues un jefe se halla tan al mando de sus guerreros como éstos al de él.

Pel Blagden buscaría mejores ventajas antes de enfrentarse nuevamente a Bevan.

Al tercer día, un pequeño grupo de campesinos llegó al santuario, trayendo ofrendas. Cuando vieron a los extraños se dispersaron asustados, y una vez hubieron comido, Bevan y Cuin creyeron que lo mejor sería marcharse. Se alejaron lentamente,

pues Bevan aún no estaba del todo fortalecido. Pese a que sus heridas curaban con rapidez, se cansaba pronto. El otoño estaría bien avanzado antes de que recuperara su antigua fortaleza.

Viajarón hacia el norte, hacia Eburacon, Myrdon y el Camino Salvaje. Primero llegaron al río perezoso y oscuro que regaba aquellas tierras del sur, el río que algunos llamaban el Foso de Pel. Durante un tiempo lo siguieron hacia el interior. Muchos señores tenían sus dominios por aquellos lugares, y Bevan se desvió para encontrarse con algunos de ellos.

Cuin no podía ayudarle aquí; no sabía nada de aquel pueblo. Pero Cuin se dio cuenta de que Bevan precisaba poca ayuda estos días para hacer que su presencia fuera notada y recordada. En cierto modo, había cambiado desde el incidente en Blagden; había una dureza mayor en su mandíbula finamente esculpida, un brillo más osado en sus ojos oscuros. Ya no luchaba con el destino que le había enfrentado al señor del manto de Blagden. Ahora toda su voluntad se había concentrado en la lucha: por la venganza, por la paz y, en realidad, por la derrota de la propia Muerte mediante el caldero mágico... Sólo Bevan sabía cuáles eran sus sueños para Coradel Orre. Pero sus sueños guiaban sus días, y hasta su esgrima mejoró, aunque seguía blandiendo una hoja oxidada y de poco filo.

Hacia mediados de septiembre habían rebasado Eburakon. Incluso si Cuin hubiera podido atravesar los túmulos, ninguno de ellos deseaba visitar ese lugar, donde cada piedra hablaba silenciosamente de Ellid... Se hizo evidente que se dirigían a Caer Eitha y los dos discutieron con delicadeza cuales debían ser sus planes. Cuin estaba a favor de pasar el invierno en Caer Eitha o Wallyn. Pero Bevan había oído que los sacerdotes de Peí viajaban de nuevo.

—No osemos esperarles —dijo—. El invierno no les detendrá. Son consumados servidores de su amo sin rostro, como seres sin corazón que son; obedecerán cualquier orden sin miedo o compunción, y el frío nada significa para ellos. —¿Qué harías entonces? —suspiró Cuin.

—Encontraremos amigos allí donde nos lleve el camino, y con el inicio de la primavera les convocaremos en nuestro auxilio. Hacia el verano deberíamos estar preparados para marchar sobre Blagden... si los hombres pueden ponerse de acuerdo.

Los marrones ojos de Cuin centellearon.

—Bastaría con mi tío para alzar una fuerza suficiente para eso.

—No lo dudo —señaló Bevan apaciblemente—. Pero si el Gran Rey debe mantener la paz de este reino, para ello se precisará algo más que la palabra de Dacarin.

—Quiero decir solamente que puede serte de gran ayuda. Y, por supuesto, tiene la Piedra que Habla. Tienes que hacerle parte de tu llamada.

—Hará falta algo más que la Piedra —musitó Bevan.

El plan le llenaba de reluctancia, aunque no podía decir por qué. Otros problemas le agobiaban, las perplejidades de la mortalidad y el deseo y la dama a la que ni él ni Cuin nombraban.

—Cuin —dijo por último abruptamente—, existe una mujer que es vieja incluso en el recuerdo del pueblo de mi madre, y que está llena de sabiduría. Vayamos a ella y veamos lo que tiene que decirnos.

—¿Dónde? —preguntó Cuin, sorprendido.

—No muy lejos. A unos cuantos días.

Estaba a un día de distancia del Camino Salvaje, y sólo a dos días de Caer Eitha; a Cuin le parecía extraño que nunca antes hubiera notado ese lugar. Era sólo un valle con una choza y un arroyuelo, unas cuantas gallinas y un huerto; pero había una extraña luz en todo el lugar. Dentro de la choza estaba sentada una anciana trabajando en un telar. Era vieja, en verdad, pero no había debilidad en sus movimientos o su plácida mirada.

—Bienvenido, Bevan de Eburakon. Bienvenido, Cuin Kellarth —les saludó.

Cuin la miró inquisitivo, y Bevan le dirigió una extraña sonrisa.

—Significa Cuin, el del Corazón Firme.

—Así se le ha llamado desde que el Tiempo empezó —dijo la anciana despreocupadamente.

Bevan se sentó en un taburete junto a ella.

—¿Cuál es esa tela, Ylim?

—Enhebro las fibras de los días y los sueños —dijo ella—. Los días son inquietos últimamente, pero los sueños son buenos. Mira.

Cuin se acercó para mirar. La tela resplandecía con colores más vivos de los que podía crear el tinte. La mayor parte era azul oscuro, o así lo recordaría Cuin, pero también había tonalidades de luz de luna y nubes tormentosas, la negrura del Pozo y el colorido de ejércitos distantes. A través de todo el conjunto, saltaba la forma de un gran ciervo blanco coronado de plata; parecía moverse ante los ojos del espectador. Cuin parpadeó; creyó ver sangre en el venado, pero fuego todo se le hizo confuso. Volvió la cabeza.

—¿Qué has visto para nosotros, Ylim? —preguntó Bevan.

—Deberías ser el mayor de todos los Grandes Reyes —replicó la anciana—, y Ellid Ciasifhon debería ser tu Reina.

Bevan tembló y lanzó una mirada furtiva a Cuin, quien la recibió con dolorosa tranquilidad.

—Pero eso es un sueño, Bevan —siguió Ylim amablemente—, y ya sabes que la trama está siempre cambiando. No hace falta que te diga esas cosas. ¿Qué te atormenta, hijo de Byve?

Bevan permanecía callado; todos aguardaban su réplica.

—Pryce Dacarin —estalló por último, para sorpresa de Cuin—. ¿Qué hay de él?

Ylim le miró durante un buen rato.

—Aún no ha decidido cuál será el curso de su mente —dijo por fin—. Es el padre de tu amada, y sólo por esa razón debería unirse a ti. Pero es un hombre orgulloso y lleno de ambición, y el amor de su hija no siempre le obliga. Creo que debes luchar por hacer de él tu amigo, Bevan, pero con todo harás bien en ser precavido con él.

—¡Nunca he sabido que Pryce Dacarin hiciera algo deshonesto! —exclamó Cuin.

—Ni yo —le tranquilizó Bevan—. Y con toda probabilidad en tiempos venideros dejará en nada todas mis preocupaciones.

—Declárate a ti mismo perteneciente a Caer Eitha —le dijo la vidente a Bevan—, y no sientas escrúpulos en invocar el poder de Pryce de las Fortalezas y la palabra de la Piedra. —Ylim desvió su mirada—. Pero, ¿cuál es tu pensamiento, hijo de Clarric?

—Que Bevan de Eburacón es un gran hombre —le dijo Cuin—. Profundos y sutiles son sus propios poderes, y poderosa es la fuerza de mi tío para ayudarlo. Pero si ha de ganar su trono, necesitará poder para asombrar los ojos de los hombres de visión estrecha.

Por encima de todo me parece que necesitará la espada de un rey.

—Mereces tu nombre, Cuin. —La anciana vidente les estudió, juzgando su fuerza—. Hay una espada tal a conseguir en Lyrddion —dijo finalmente.

—No conozco ese lugar —dijo Bevan.

—He oído hablar de él —señaló Cuin—, pero no entiendo lo que sucedió allí.

—Ese recuerdo se ha borrado de la mente de los hombres desde que Byve era muchacho, o incluso antes —musitó Ylim—. Una era antes de que los Grandes Reyes de Eburacón gobernarán Isla, la Casa Real de Lyrddion cayó en desgracia. Pero grande era su poder antes de que el orgullo lo superara, y gran poder reside aún en su principal tesoro: la espada. Hau Ferddas es su nombre, «Poderosa Protectora», y quien la esgrime no puede ser vencido por la fuerza. Tuyo es el derecho de nacimiento, Cuin, pues tú eres de ese linaje, a través del pueblo de tu madre.

Cuin abrió la boca asombrado.

—¿Dónde se encuentra ahora esa espada? —preguntó Bevan.

—Yace en el montículo del tesoro en Lyrddion, junto al Mar Occidental. Hay dragones que guardan el lugar.

—Puedo tratar con los dragones —suspiró Bevan—, pero se me ha impuesto el destino de que no puedo contemplar el mar.

—Lo sé bien, Bevan de Eburacón. Por tanto, no lo mires. Cuin debe obtener la espada para ti.

—¿Será la suerte de Cuin ceder incluso su derecho de nacimiento por mi bienestar? —preguntó Bevan tristemente.

—No puedo responder a eso —replicó Ylim—, a menos que el propio Cuin lo pregunte.

—No lo hago —dijo Cuin tranquilamente.

—Grande es el don de tu amor, Cuin Kellarth —le dijo la vidente—, y grande será tu dolor en él. Puedan las Madres consolarte y guiarte bien.

Pero Cuin agachó la cabeza intranquilo ante esas palabras.

Comieron con la anciana, y después nunca pudieron recordar cuál había sido su alimento. Luego siguieron su camino con el encantamiento del tiempo profundo sobre ellos y las hebras de la tela de Ylim ante sus ojos. —¿Quién es? —preguntó Cuin por

último—. No es ninguna diosa de la que haya oído hablar, Bevan. ¿Es una de las Madres?

—No —replicó él como desde un sueño—. Las eras fluyen sobre ella como la marea. Antes de que las Madres trajeran al hombre a Isla existían los Dioses, y antes de los Dioses existían los Antiguos, y antes incluso existía Ylim. No es parte de ninguno de ellos; sigue aquí, y nadie le presta reverencia. Teje.

—Entoncés es la dueña de todos nosotros —susurró Cuin.

—¿Acaso el bailarín o el flautista es el dueño de la danza, o lo es quien compuso la melodía? Pero Ylim se sienta lejos de todo. Captura la danza en la tela de su lanzadera, pero creo..., creo que no la inventa.

Bevan hizo una pausa; sus oscuros ojos se habían vuelto tan profundos como cielos lejanos. Pasarón algunos instantes antes de que hablara de nuevo.

—Quizás existe Uno para cuya visión ella es más joven que el alba.

3

Las hojas doradas caían mientras las seis almas viajaban hacia Caer Eitha. El ciervo coronado de plata brillaba entre ellas extrañamente, como una criatura de otro mundo, pero Flessa volaba a través de las hojas como un pariente suyo. Dolorido, irresistiblemente, Cuin se veía impulsado a pensar en Ellid, su espíritu relampagueante, su rápida y dorada ligereza... En ningún momento había dejado de amarla. Pero su amor por ella y su amor por Bevan había logrado un peligroso equilibrio que en cierto modo le calmaba; el propio dolor se perdía en el sometimiento. Tal era la calidad de Cuin Kellarth, quien sólo podía buscar la felicidad de Ellid.

—En Caer Eitha no le hables a nadie de Lyrdion —pidió Bevan cuando se aproximaron a las puertas.

Cuin hizo una seña de asentimiento. Era cosa de sabios no fanfarronear de una gesta hasta haberla realizado. Y si Bevan tenía otra razón, Cuin eligió ignorarla por el momento. Tranquila, casi casualmente, entraron en la fortaleza que, por acuerdo del pueblo de Cuin, era su hogar y suya por derecho de nacimiento.

Ellid les vio llegar desde su habitación; su corazón dio un vuelco, consternado y deleitado a la vez. Pryce Dacarin les vio llegar también; se sorprendió tanto como Ellid pero se sintió mucho menos complacido. Había pensado que Cuin seguía en Wallyn, pues no le había mandado buscar y Clarric no había dicho nada.

Que su sobrino se hubiera unido al llamado hijo de Byve era algo con lo que Dacarin no había contado, y que complicaba sus planes a medio formar.

Con todo, el señor recibió a Bevan y a Cuin con cálida cortesía, enmascarando expertamente su decepción. Les acogió en u gran salón con cortesana formalidad.

—Mis saludos y la bienvenida de mi tierra y mi gente —les dijo.

—¡Que la fortuna os haga prosperar, a vos y a los vuestros, Pryce Dacarin! —replicó Bevan afablemente—. ¿Cómo están vuestra esposa y vuestra gentil hija?

—Dejemos que las damas se reúnan con nosotros —dijo Pryce haciendo una seña a un sirviente.

Ellid no había permanecido ociosa desde que Bevan traspasó las puertas. En realidad, había puesto a todos los aposentos de las mujeres en febril actividad. Pero pese al tumulto de sus preparativos, apareció ante la reunión con gracia y tranquilidad. Bevan la miró, tan conmovido como Cuin nunca le había visto.

Su leonada cabellera había crecido y estaba recogida atrás bajo una redecilla de oro; delicadas cuentas de oro brillaban en su cuello y sus muñecas. En su traje color rojizo era tan suave, esbelta y ágil como las rápidas criaturas de las tierras agrestes. Aunque no se

había adornado aparatosamente, con todo, era digna de ser admirada, y ella lo sabía. Se acercó primero a Bevan y dirigió una sonrisa a sus ojos sorprendidos.

—Bien, mi señor —dijo Ellid, levemente burlona—, ¿no me conocéis con el sombrero puesto?

Bevan se le acercó rápidamente y le dio el beso de cortesía, quizás un poco demasiado largo para tratarse de simple cortesía. Cuin apenas tocó su mejilla con los labios, como un hermano. Luego fue a abrazar a su tía, la carirredonda Eitha, que permanecía contemplando a Bevan con una mezcla de duda y reverencia. La esposa de Dacarin, en su tierno corazón, temía por la felicidad de su hija, si Ellid debía unirse a este Príncipe brujo. Pero Pryce miraba con satisfacción; juzgaba ahora que por fin veía claro el camino que le conduciría al poder sobre todo un reino de hombres.

Hubo fiesta esa noche, pues Pryce Dacarin deseaba honrar a su invitado regio. Bevan pasó el día siguiente encerrado con su anfitrión, haciendo planes, y la tarde la pasó con Ellid. Al día siguiente, él y Ellid fueron a montar a caballo.

Nada de esto era fácil para Cuin. Se encontraba desorientado, pues su tío parecía tener poco que decirle, y por propia voluntad se mantenía alejado de Ellid.

Una vez que entró por descuido en la sala la halló sentada con Bevan. Estaban cogidos de la mano, y Cuin vio cómo incluso ese pequeño abrazo se llenaba de tensión ante su proximidad. Se marchó tan rápido como el decoro se lo permitió.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó preocupada su tía Eitha.

Estos días la veía con mayor frecuencia que a cualquier otra persona, pues ella luchaba amablemente por llenar el vacío que los demás habían dejado en sus horas libres.

—¿De Bevan? Es bravo en sus actos y profundo en su sabiduría. Mi prima ha hecho una buena elección. —Cuin sonrió despreocupadamente—. Si se mantiene alejada de mí, eso es por fidelidad, tía. Pero, ¿podéis decirme por qué mi tío desvía la mirada?

—Me atrevo a decir que es sólo porque estás muy cambiado. —Eitha intentaba excusar a su esposo, aunque también ella estaba sorprendida por la conducta de Pryce—. ¡No te pareces mucho al chico que conocimos antes! Ve con él, Cuin, y quizá puedas arreglar las cosas entre vosotros dos.

Cuin fue pues, pero sin resultado. Dacarin le recibió con frialdad y no dio ninguna respuesta válida a las cuidadosamente expresadas preocupaciones de Cuin. De hecho, Eitha había hablado con más acierto del que ella misma concedía a sus palabras. Cuin ya no era el joven guerrero imberbe que había seguido a Pryce Dacarin con la adulación de un muchacho. Estos días sus lealtades eran más tranquilas y sus firmes ojos marrones veían con claridad y penetración. Los escasos meses transcurridos habían hecho madurar a Cuin más de lo que él mismo pensaba. Pero Pryce Dacarin percibía su nueva talla y, en su mayor parte, la sentía como una amenaza.

Cuin pasó la tarde en no muy sincera animación con algunos viejos camaradas de la soldadesca. Se fue pronto a la cama, pero no durmió. Un poco pasada la medianoche, Bevan entró en su habitación y pareció saber enseguida que se hallaba despierto.

—Nos iremos por la mañana —dijo.

—¿Cómo es eso, Bevan? —Cuin se incorporó en el lecho lleno de ansiedad—. ¿Acaso te has cansado ya de Ellid?

—No, no. Todo va bien. —Una leve vibración en la voz de Bevan le dijo a Cuin todo lo que deseaba saber sobre lo bien que iba todo realmente—. Pero, de todos modos, nos iremos mañana.

—No tenemos que partir por mi causa —protestó Cuin—. Estoy a gusto. —La mentira aparecía con claridad incluso entre las tinieblas; Bevan emitió un resoplido ante ella.

—¿Cómo puedes estar hecho de carne y decir eso? —replicó—. Nos iremos por la mañana. Duerme un poco.

Bevan apretó brevemente la palma de su mano sobre la frente de Cuin. Este notó corno la mano brillaba con un pálido resplandor plateado a la débil luz que penetraba por la ventana. Percibió las encorvadas espaldas de Flessa, dormitando en su percha. Luego la paz le invadió y no supo nada más. Ni siquiera vio cómo Bevan salía del cuarto.

Cuin durmió profundamente y se levantó tarde. Era casi el mediodía cuando él y Bevan dejarón Caer Eitha, pues las despedidas consumieron cierto tiempo. Para sorpresa de Cuin, Ellid no protestó ante su partida; despidió a Bevan con una dignidad que enaltecía más que ocultaba su amor. Pero Pryce Dacarin estaba irritado porque despreciaban su hospitalidad.

—Está bien para vos, Príncipe, que podéis vagar a vuestro albedrío —gruñó—, pero el hijo de mi hermana debería quedarse aquí. Su deber principal está en este feudo, que será suyo para gobernarlo algún día.

—A fe mía que antes perdería mi mano derecha que el amor y la compañía de Cuin —replicó Bevan sin alterarse—. Pero en cuanto al deber, la decisión debe ser suya.

—Volveré con la primavera —le dijo Cuin a su tío sin excitarse.

—¡Bien puedes decirlo! —rugió Dacarin—. ¡Ahora escuchadme, caballero; no sois vos quien debe tomar tal decisión! ¡Por la ley de nuestro pueblo, tengo autoridad sobre vos, y os ordeno quedaros! Desobedecedme y os arriesgáis a perder todo lo que puedo daros. ¡Escuchadme bien!

—Poco tenéis por dar que no haya sido ya arrebatado —replicó Cuin tranquilamente—. Adiós, tío. Adiós prima.

Besó rápidamente a Ellid, el beso de la amistad, y montó en su caballo. Bevan estaba ya encima de su pinto; se inclinó para abrazar una vez más a Ellid antes de virar hacia las puertas. Tras ellos, Pryce Dacarin permanecía inmóvil, ahogado por la ira.

Viajarón hacia el norte. Durante una hora escasa viajarón en silencio. Como una sombra temblorosa, el ciervo blanco se reunió con ellos.

—Deberías haberle hecho a Ylim esa pregunta sobre los derechos de cuna —dijo Bevan por último.

Cuin rió con tristeza.

—Espero que mi tío reconsiderará su amenaza. Es así, se enfurece por una minucia y luego la olvida al calmarse.

—¿Y si no es una minucia? —preguntó Bevan en voz baja—. Y si no olvida, sino que con el tiempo se endurece en su palabra, como haría un señor orgulloso, ¿qué pensarás entonces?

—Lo que pienso ahora, que mi primer deber es ser un hombre. Cálmate, Bevan; no fuiste tú quien se peleó. —La sonrisa de Cuin se transformó en un fruncimiento de ceño—. ¡Aunque puedes ser tú quien la sufra! ¿Qué pasará si te aparta de la Piedra y te retira su ayuda? O incluso... ¿Ellid?

—No hará tales cosas. —Bevan habló con resuelta seguridad—. Tiene ambiciones para Ellid y, por lo tanto, para mí. Me ayudará hasta el máximo de sus recursos. Pero teme a cualquier poder que no sea el suyo propio, y por lo tanto desea separarnos, mantenerte junto a él para poder tenerte frenado.

Cuin le miró incrédulo.

—¡Le juzgas monstruosamente astuto! Y, con todo, hablas de él con nobleza.

—Es pariente tuyo, y de Ellid —replicó Bevan con calma—. Es cierto que le tengo por un conspirador, pero ha engendrado tal gloria que aún espero bien de él.

Al caer la noche, Bevan y Cuin se detuvieron para comer, pero no para acampar.

—Seguiremos un poco en la oscuridad —explicó Bevan—, y luego giraremos al oeste, hacia Wallyn. No es necesario que tu tío sepa hacia dónde viajamos.

—Como desees —replicó Cuin cansadamente—. Salimos tarde, y los caballos están frescos. ¡Bevan, hijo de Celonwy, pienso que eres un lunático!

—¿De veras piensas eso? —Bevan le contempló interrogativamente—. Deja que te enseñe.

Dejando los caballos y la impedimenta, condujo a Cuin de vuelta por el camino por el que habían venido. Siguiéndole de cerca, Cuin se movía tan silenciosamente como podía entre las densas sombras bajo los árboles. Después de algo más de un kilómetro llegaron a un fuego de acampada. Cuin apenas podía creer lo que veía. Alrededor del fuego dormitaban hombres que había conocido desde su juventud; sabía que eran rastreadores.

—Vamonos pues —musitó Bevan en su oído.

Cabalaron en dirección norte durante la noche. Hacia el amanecer escogieron una extensión rocosa de terreno para virar en redondo hacia el oeste, y en esa dirección cabalaron todo el día. Por la noche descansaron, y tras una semana sin mayores incidentes juzgaron que habían despistado a los rastreadores. No es que ello importara mucho, pues quienes les seguían deseaban sólo noticias, nada más. Con todo, en el espíritu más adecuado a los actos de Dacarin, entraron en Wallyn de noche. Clarric se apenó al oír lo sucedido en Caer Eitha, pero no se sorprendió.

—Sabía que nos arriesgábamos al disgusto de Dacarin cuando te dejé partir —le señaló a Cuin—. No es uno que ceda fácilmente a otra lealtad. Notarás que no me apresuré a indicarle tu paradero.

—Le hablé con amabilidad —musitó Cuin—, pero lo que deseaba de mí no podía dárselo. Tras enfrentarme a los sacerdotes de Pel no podía temblar ante él como antes solía hacer. ¡En el peor de los casos, Pryce Dacarin sólo puede matarme!

Rió, pero en la sonrisa de Clarric no había alegría.

—¡Confió en que no llegaré a eso! Cierto, muchacho, has crecido, y creo que no es sólo el Pozo de Pel el que te ha cambiado... Bien, espero que, con el tiempo, tu tío pensará mejor de ti. ¿Pasaréis el invierno aquí?

—No. Para las heladas esperamos llegar a Lyrdion.

—¡Lyrdion! —Clarric pareció extrañamente conmovido por esa simple palabra—. Bevan, mi señor, ¿es idea vuestra?

—Es por consejo de Ylim por lo que vamos allí —replicó Bevan—. Yo poco sé de tal lugar. Escucharía con alegría vuestras opiniones.

—¡Ylim! —El tono de Clarric se había apaciguado y ahora denotaba una perplejidad más tranquila—. Para mí, ése es también un nombre peligroso. No tengo opiniones que ofreceros, Bevan de Eburacón. Sólo miedo. Hace seis meses, o menos aún, habría encerrado a Cuin y le habría encadenado antes que permitirle aventurarse hacia ese lugar de viejos terrores y grandezas. Pero ahora he visto que es un hombre, y sólo puedo decirle: ¡Cuidado! Lyrdion es el lugar más peligroso posible para alguien con la orgullosa sangre de tu madre, Cuin. Te lo encomiendo: recuerda siempre cuan largos han sido los años desde que las Madres de tu madre engendraron Reyes junto al Mar Occidental.

—Tan largos años que hasta recientemente nunca había oído hablar de tales Reyes —señaló Cuin.

—Incluso así.

—Pero no es del peligro de la guerra del que hablas, Padre.

—Tal peligro puede existir —replicó cansadamente Clarric—, pero no era del que yo hablaba.

—Entonces decidnos, señor Clarric, para que podamos saber lo que ha ocurrido en Lyrdion —pidió Bevan.

—¿Es cosa mía contaros aquello que la vidente no os dijo? —Clarric sonrió débilmente—. A vosotros dos os he dicho lo que he podido. En cuanto al resto, ¡que las Madres os defiendan! Ahora venid, comed y dormid.

—Comeré con gusto —dijo Bevan—, pero no es preciso que me preparéis un lecho, mi señor.

—¿No pensarás volver al Bosque? —preguntó Cuin preocupado.

—No, permaneceré dentro de los muros sólo por esta noche.

—Será mejor que avises a los centinelas, Padre —sugirió Cuin irónicamente—, para que no se asusten y le disparen. Se mueve como una sombra en la oscuridad.

Clarric así lo hizo. Luego, cuando todo estuvo dispuesto, se dirigió al cuarto de su hijo. Cuin se quitaba cansadamente la camisa de sus hombros maltrechos.

—¿Acaso ese brujo no duerme nunca? —inquirió Clarric.

—Nunca, a menos que esté gravemente herido.

Cuin tiraba con desgana de las espesas bandas de tela que protegían sus piernas.

—Pero, ¿qué hace durante la noche? —exclamó Clarric—. ¿Aullarle a la luna?

—Vagabundea —respondió Cuin fríamente—, y habla con los animales y los espíritus de los árboles y todos los espíritus que se mueven por el aire. Gana conocimiento de las sombras y la luz de la luna. A veces canta. Le he oído a través de las tinieblas, y ningún bardo podría sobrepujar ese sonido en su hermosura.

Cuin apagó de un soplo la llama en la lámpara y se volvió hacia la estrecha ventana. Clarric fue a su lado.

—Así que has llegado a quererle mucho.

Cuin permanecía en silencio, y Clarric esperó, igualmente silencioso, su respuesta. La oscuridad más allá de la ventana cobró forma ante sus ojos, y pudieron distinguir el perfil de los edificios iluminados por la débil claridad de las estrellas.

Una figura se movía entre las piedras, una forma esbelta que no era la de ningún centinela. Subió al lugar más alto y se inmovilizó, recortada contra el cielo luminoso.

—Cierto, le quiero —replicó por último Cuin—. Si es más por veneración o porque le compadezco, no puedo decirlo. Tiene poderes y sabiduría tales que podrían haberme hecho enmudecer de asombro... Pero su extrañeza le aparta de todos, incluso de mí. Somos fieles camaradas, sin embargo... Mírale, ¿viste alguna vez un mortal más solitario?

Por un instante contemplaron en silencio la lejana figura oscura sentada frente a las estrellas.

—Y, con todo, corresponde a tu consideración —señaló Clarric.

—No lo sé muy bien —murmuró Cuin—. Me favorece con la más tierna bondad, sin embargo, no lo sé... No conozco aún su corazón.

4

Cuin y Bevan abandonaron Wallyn la noche siguiente, escurriéndose al abrigo de la oscuridad tal y como habían llegado. Estaban bien aprovisionados, y llevaban mantas y ropa de abrigo contra el frío del otoño. Los árboles se hallaban casi desnudos. Entre sus oscuros troncos, la tierra aparecía marrón y despojada de vida. Era una mala época del año para viajar, y la peor de todas para viajar hacia el norte. Pero debían ir hacia el norte, y esperaban con tal temeridad frustrar a los espías del señor del manto, o a cualquiera que se preocupara en seguirles.

Consumieron unos quince días en el trayecto hacia Lyrdion, pues no había ningún camino, ni siquiera una senda de ganado, que les facilitara el viaje. La tierra era áspera y montañosa, y tan salvaje como el día en que nació; ni los salteadores parecían habitar tales parajes. En el último día de octubre, Bevan y Cuin olieron a sal en el aire, y se detuvieron para que Bevan no se aproximara demasiado al mar prohibido.

Por encima de los árboles desnudos, más adelante, podían ver barrancos que parecían ondear como líquido a la luz cambiante del sol poniente. Un momento después los picos enrojecidos se oscurecieron, y profundas sombras cayeron sobre la tierra. Llegó la noche, densa y suave como el pelaje de un gato negro. Era la noche de las hogueras de otoño, cuando se aleja a las brujas de la cosecha. Cuin sabía que, en la lejanía, detrás de ellos,

cada cima de Wallyn ardía con las piras. Pero no había nadie para encender fuego en estos parajes solitarios... Entoncés, ¿qué eran los extraños centelleos que cruzaban la oscuridad desde los distantes picachos?

—¡Dragones de fuego! —exclamó Bevan y, por lo que a Cuin le pareció, con deleite en la voz.

—Se sentaron en la oscuridad y contemplaron el brillante aliento de los dragones en las alturas, cerca del mar, como niños que contemplan los relámpagos antes de que la tormenta se aproxime demasiado. Toda la noche velaron juntos, contando las nubéculas ardientes en la negra superficie de la oscuridad; las llamas azul verdoso y rosa pálido, púrpura y lavanda...

En todas sus aventuras, Cuin no iba a conocer jamás un momento tan temible y tan lleno de belleza, la de los dragones y la de la compañía de Bevan. Nunca pudo recordar que hubiera luna o estrellas esa noche. Cuando el amanecer llegó por fin, estiró sus rígidos miembros y aguzó la vista, pero no pudo ver ni un dragón; sólo la roca dura como el hueso de un desfiladero terroso y lleno de brezales, iluminado por el día.

—Se han ido bajo tierra —dijo Bevan quedamente—. Son los Antiguos, ellos y los gigantes de la montaña y el pequeño pueblo torcido que habitó en primer lugar las colinas huecas. Aman los lugares estrechos y oscuros de la tierra y las cosas que ^encuentran allí. La luz del sol no les trae ninguna alegría.

Él y Cuin comieron un poco, pero ninguno de los dos sentía grandes deseos de comer. Después cabalgaron lentamente hacia los prominentes picos al oeste. Por fin, llegaron a sus rocosos hombros; un gran desfiladero corría entre sus desnudas cabezas, y más allá había el retumbar del mar. No se podía hacer nada salvo que Bevan permaneciera tras la línea de los picachos. Cuin se preparó para marchar solo.

—Los dragones son una raza de corazón frío y lento despertar —le instruyó Bevan—. Pero sus perezosos corazones guardan aún el amargo recuerdo de lo que han perdido y se aferran con la mayor de las codicias a lo que aún les queda. El hierro y el acero fueron su infortunio, los cálidos metales forjados que les son ajenos. Tu espada les apartará, pero también les enfurecerá. Debes obrar con gran juicio. Con todo, piensa más en ese otro peligro que te encomendó tu padre.

—Si me sucede algo —le dijo Cuin en voz baja—, no lo atribuyas a tu culpa, Bevan. Es por mi propia decisión por la que me aventuro allí.

—Lo sé; de otro modo no me separaría de ti con tal ligereza.

Pero no dudo de que pronto te veré de nuevo. Aguardaré aquí. Adiós.

Se dieron la mano; luego Cuin hizo que su caballo ascendiera la empinada ladera. Se detuvo en la cima, asombrado. Más allá de los picachos el terreno caía vertiginosamente hacia el mar. A la derecha se alzaban las torres en ruinas de una fortaleza, apareciendo insensatamente entre las rocas y las olas. Pero el paisaje a su alrededor casi empequeñecía su grotesca apariencia. Extrañas formas de piedra surgían del agua en todas las direcciones. En sus lados cazaban grandes pájaros blancos,

plateados dragones marinos y criaturas aún más extrañas: sylkies y nikkurs, los jinetes sin alma y los corceles del mar. En verdad que Lyrddion era un lugar doblemente protegido; pues se precisaba un hombre osado para acercarse a él por tierra, y haría falta un loco para venir desde el mar. Cuin se estremeció y apartó los ojos, pues las vastas aguas eran una forma que le sumergía en el terror, incluso sin sus sombríos habitantes.

Envío a su ruano lentamente por la larga cuesta hasta la pedregosa costa. Según parecía, eras antes había sido un sendero pavimentado con Tosas. El descenso era duro, pero no imposible. Una vez abajo, cabalgó por la cornisa hacia la vieja fortaleza de Lyrddion, manteniéndose tan alejado como le era posible del tumultuoso oleaje. Las criaturas marinas no le prestaron atención; en realidad, ahora apenas pudo verlas en el

agua espumeante. Pero hacia el interior de la costa, Cuin notó movimientos en las circunvoluciones de los quebrados picachos por los que había descendido.

Mientras miraba, una forma alargada, de un reluciente color oro rojizo, sostenida por estriadas alas semejantes a capas, se lanzó a trazar círculos en el aire sobre él. Luego, con un grito áspero y melancólico, se posó a descansar en la más alta torre de Lyrdion. Desde los barrancos rocosos se alzó un coro de extraños graznidos para caer enseguida en un silencio expectante. Cuin sintió la mirada de muchos ojos extraños.

He sido anunciado, pensó irónicamente, y dio una palmada a su asustada montura. En un momento llegó a la entrada de la fortaleza, que estaba abierta. Después de atar firmemente al ruano, y esperando que los dragones le dejaran en paz, penetró en el oscuro y ruinoso salón.

La luz se filtraba a través de las aspilleras de las paredes, cayendo tenuemente sobre el viejo metal. Cuin miró: un pesado trono de oro seguía en pie sobre el estrado, su rica ornamentación complicada ahora por telarañas.

Pesadas colgaduras de tela lo medio ocultaban, y los ratones chillaban entre los pliegues. Una daga con un fino mango de hueso y un tenedor yacían sobre una podrida tabla de trinchar, como esperando una comida de polvo. Lyrdion no había caído por el asalto o el asedio, así que casi todo había sido abandonado en su lugar de costumbre, pensó Cuin. ¿Una plaga? quizás. Armas extrañamente trabajadas colgaban todavía de espigones en las piedras. Cuin estaba seguro de que ninguna de ellas era la espada que buscaba.

Pensó en explorar las cámaras de la torre que resonaban con ecos por encima de él. Pero algún instinto le dirigió en su lugar hacia las catacumbas. Los ruinosos escalones de piedra estaban oscuros, y Cuin avanzó con precaución. Una vez abajo, se adentró en un corredor central que corría hacia el interior, hacia los picachos de piedra. Ventanas pequeñas y muy altas le mostraban cadenas e instrumentos de tortura oxidándose en las mazmorras ante las que pasaba. El vello de Cuin se erizó; sentía fantasmagóricamente la presencia del pueblo cruel que en tiempos pobló aquellos salones.

Pasó un umbral tras otro, medio temeroso de cada uno de ellos, antes de notar que el color rojo sangre de los suelos del torreón no era un reflejo de su mente. Un apagado brillo rojizo iluminaba el corredor. El resplandor granate venía de algún lugar más adelante, no de las lúgubres recámaras a cada lado. Paso a paso, lentamente, Cuin avanzó por el corredor hasta que pudo ver su fuente: dos torbellinos de luz rojiza que pulsaban lentamente, inhalaban y espiraban, inhalaban y espiraban... Con gran esfuerzo, Cuin calmó su propia y jadeante respiración, tranquilizó la carrera de su pulso, hasta que pudo oír el pesado aliento de la masa oscura que era el dragón. Los vértices rojo sangre eran sus hocicos. Aferrando su espada, Cuin se acercó un paso más. Al iluminar el dragón la cueva con un resplandor llameante, un rugido nasal sacudió las mazmorras de Lyrdion. Era un dragón enorme, mucho más grande que los vistos por Cuin; se enroscaba como una vieja cuerda llena de nudos en su cubil, bajo las raíces rocosas de los picachos. Sus escamas eran de un reluciente oro rojizo, y una cresta roja se erizaba desde su cabeza enhiesta. Y, con todo, no podía igualar la gloria de su propio nido. Yacía sobre oro y gemas; toda la cámara de piedra estaba llena de ellas. Broches y cadenas enjoyadas, miríadas de monedas y ornamentos se apilaban hasta la mitad de los muros.

Copas de oro, calderos y jarros cayeron del montón. Entre todo el centelleo se alzaba la espada que Cuin buscaba. Hau Ferddas estaba frente a él.

Era un arma espléndida, de oro brillante y tachonada de joyas, lo bastante grande para matar sólo con su peso. Incluso a través del ardiente chispear del cubil del dragón, Cuin había sentido cómo sus ojos eran atraídos en primer lugar por la espada. Se alzaba como una cruz, con su punta rodeada por una corona real, entre el negro pulido de las garras

del dragón. Cuin hizo ascender su mirada lentamente por los ondulantes flancos rojo oro hasta la cabeza angular. Sobre la espada, el dragón le devolvió la mirada con ojos amarillos que no parpadeaban. El fuego escarlata de su hocico era como la marea incesante del mar, y su silencioso escrutinio era desconcertantemente frío. La dureza que había en aquellos ojos color topacio era demasiado remota como para llamarla odio, demasiado impersonal para llamarla enemistad. El dragón atisbaba hoscamente desde la lejanía de otro lugar y otro tiempo. Cuin sintió un temor secreto por su voz.

—¡Oh antiguo guardián de este lugar temible! —le dijo—. Soy hijo de las Madres de Lyrdion, y he venido a buscar la espada que es mía por derecho de nacimiento.

Difícilmente podía esperar que el dragón le comprendería; sólo aguardaba de él el entendimiento que puede esperarse de un corcel indómito. Pero algo más sucedió entre los dos; Cuin lo sintió de inmediato. El dragón entrecerró sus vítreos ojos y su largo y erizado cuello se tensó por efecto de la atención.

—¡Oh, hijo del oro! —intentó de nuevo—, se me llama Cuin, hijo de Rayna, quien nació de Reagan, una hija del linaje de Lyrdion. He venido por Hau Ferddas. —Dio a la espada su nombre en la Vieja Lengua.

El resultado le tomó completamente desprevenido. Había esperado resistencia, pero en vez de eso una oleada de bienvenida le sumergió, una marea tan honda como el mar más allá de los muros. Aunque ni él ni el dragón se habían movido, Cuin sintió como si le hubieran colocado sobre unos hombros fuertes y amistosos. Era un camarada, un pariente, un salvador en verdad; todo lo que veía era suyo para pedirlo. ¡Dejadle tomar la corona de oro y ponérsela en la cabeza! ¡Dejad que ricas cadenas cuelguen de su cuello y pulseras enjoyadas aten sus muñecas! ¡Pues él restauraría la gloria del antiguo linaje de Lyrdion; toda Isla se inclinaría ante su voluntad! Sería un rey-guerrero, ataviado con coraza y grebas de oro.

A Cuin le pareció que la sangre de cien guerreros de brillantes yelmos fluía por sus venas. Percibió su sed de sangre, su atrevido valor, su vistosa magnificencia. Sintió la multitud de sus sombras a todo su alrededor, cantando sin un sonido, urgiéndole a que colmara sus deseos. Pero a Cuin nunca le había gustado obedecer, y su espalda se endureció contra el clamor sin voz.

—¡No! —gritó—. ¡No comprendéis! No la tomo para mí mismo, sino para uno mucho más grande que yo. El propio hijo de los Grandes Reyes y de Celonwy, hija de Duv...

Instantáneamente, el aire del torreón se endureció con la enemistad. El cántico mudo adquirió un tono más profundo, y Cuin fue arrastrado por una negra marea de odio. La Corona era vieja generaciones de Lyrdion antes de que reinaran los Grandes Reyes. ¡Mata! ¡Mata al último hijo de ese viejo pusilánime llamado Byve! Quienes vivían en la forma de los Antiguos no necesitaban comercio alguno con la diosa que les había despojado de su dominio. ¡Mata! ¡Mata al hijo de Celonwy, la nacida de Duv! ¡Adelante, Cuin de Lyrdion! Los guerreros invisibles rugían.

La compulsión de su canto inaudible era tal que por un vivido instante Cuin percibió la totalidad de su visión. ¡Por qué no iba a poder ser Rey! ¿No era su linaje el más antiguo y valiente? ¿Y quién era este Bevan de Eburakon para que él, Cuin de Lyrdion, debiera sufrir que su ambición no fuera castigada? ¡Que cualquier hombre que no se plegara a su voluntad sufriera las consecuencias de su ira! ¡Bevan de Eburakon aprendería la fuerza de una espada en las manos de Lyrdion! El rojo brillo del dragón era, ante sus ojos, el halo de la sangre de Bevan. El canto de los guerreros incorpóreos se alzó martilleante como un himno de triunfo en su cabeza.

¡Coronadle Cuin el Conquistador! —gritaron—. ¡Cuin el Poderoso de Lyrdion! ¡Dejad que las joyas de su reino adornen su frente! ¡Traed la Corona!

De pronto, la más absoluta revulsión dominó a Cuin, tal odio hacia sí mismo que le sacudió hasta las entrañas. La visión del dorado tesoro le enfermó. Alzando su espada, se

lanzó ciegamente hacia adelante. El gran dragón guardián rugió rabioso y emitió una rociada de fuego. Con todo, seguía retrocediendo lentamente ante él cuando alcanzó Hau Ferddas. Agarró la poderosa arma y rechazó con el pie la corona que la rodeaba. La diadema real de Lyrddion salió dando vueltas por la patada de Cuin y rebotó contra el muro de piedra.

—¡Este es el valor que le doy a vuestro vínculo real! —gritó, ahogándose—. ¡Vampiros de oro! Estáis cegados por la sangre y enloquecidos por la codicia. Pensar que le mataría, al más noble... ¡Furias del Infierno! ¡Abandono este antro de... luciérnagas!

Echó a correr de inmediato, tropezando en su prisa cercana al pánico por abandonar el lugar. Encontró a su ruano temblando donde lo había dejado, y temblando él del mismo modo lo montó. Había dragones alineados en los acantilados, vigilando, espléndidas presencias resplandecientes como el oro en número de cien o más. Cuin no pudo pensar en ellos sólo como bestias; les vio como grandes guerreros, con doradas cotas de malla, sus yelmos erizados empenachados de fuego. Inclinado sobre el cuello de su montura, picó espuelas hasta rebasarlos y se dirigió hacia el abrupto sendero por el que había venido.

Sostenía la pasada espada enjoyada de Lyrddion aferrada torpemente dentro de su capa, aborreciéndola, angustiado por su propia debilidad. Tan rápido como se atrevió, apresuró a su ruano para ascender hacia los picachos. Necesitaba frenéticamente ver a Bevan, irracionalmente aterrado de que su momentánea perversidad le hubiera causado de algún modo daño. Mientras descendía la ladera, el terror hizo presa en él: Bevan no estaba donde le había dejado. Pero en un momento, el Príncipe llegó corriendo de entre las rocas. Cuin bajó tambaleándose de su caballo y se derrumbó entre los brazos de su camarada. Lágrimas de alivio y remordimiento se deslizaron por el rostro de Cuin; inclinó la cabeza para esconderlas. Pero entonces se dio cuenta de que Bevan estaba tan conmovido como lo estaba él mismo.

—¡Por las mareas y las tempestades, Cuin! —exclamó tembloroso—. ¡Me alegro de verte! Nunca debí dejarte marchar. He oído cosas desde que te fuiste, y has estado en un peligro tal que no puedes ni soñarlo. Si hubieras cogido cualquier cosa de ese tesoro del dragón, excepto la espada, incluso una moneda como recuerdo, no habríamos vuelto a encontrarnos. Te habrías convertido en...

—Uno de ellos —murmuró Cuin—. Un señor de los dragones.

—Eso es. Me alegra que no llegara a sucederte tal cosa. No necesito espada alguna de un lugar tan maldito.

Cuin se le encaró irónicamente, recobrando su compostura.

—No, tengo tu espada, justamente —señaló con amabilidad—. Aquí está.

La extrajo de su capa y se la ofreció sobre sus manos abiertas. Bevan miró primero la brillante arma y luego el rostro de Cuin, surcado por las lágrimas.

—Esto ha sido comprado con tal dolor que apenas puedo entenderlo —susurró—. No puedo separarte de ella, Cuin.

—¡Tómala, y arrójala al Pozo de Peí si quieres! —estalló Cuin, y nuevamente la angustia afloró a sus ojos—. ¡La odio! Me oprime el corazón. ¡Bevan, cógela, rápido!

Bevan tendió la mano hacia la espada y la tomó suavemente por la empuñadura, alzándola levemente y acariciando la hoja tiernamente con la punta de sus dedos. Hau Ferddas brillaba como iluminada desde dentro. Parecía una criatura celeste e ingrátida en la mano de Bevan, y rápida como un pájaro en obedecer sus órdenes. Sus propias gemas cobrarón calor y vida.

—Te traje una masa metálica muerta y mortífera —dijo Cuin en voz baja—, y con el contacto de tus dedos la has convertido en un talismán de gran bondad.

—Cierto, pues la espada viene de Lyrddion pero no le pertenece, Cuin Kellarth. Es mucho más antigua que Lyrddion; quizá tan vieja como Ylim, que nos habló de ella. ¡Mira el

metal, el oro que brilla rojizo como si un corazón impulsara la sangre en su interior! Creo que podría estar hecha de la misma sustancia que Coradel Orre.

—Es tu espada —dijo Cuin con profunda convicción—. Pero, ¿cómo vas a llevarla?

—Envuelta en una manta. Por la gran rueda que no la usaría ante un enemigo inferior al propio Peí... Ven, Cuin, no falta sino una hora o menos para el anochecer. Partamos de esta morada de dragones.

Cuin fue rauda en obedecer. Pero no habían cabalgado mucho cuando llegaron a un túmulo de piedras situado entre los árboles del Bosque. Cuin saltó de su caballo y encontró un guijarro de buen tamaño que lanzó al montículo. Bevan le contempló con curiosidad.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó.

—Es costumbre entre mi pueblo —respondió Cuin mansamente, de pronto consciente de su absurdo—. Para alejar el mal. Algún acto horrible se cometió aquí.

—¡Cierto que fue horrible! —suspiró Bevan—. He adquirido cierto conocimiento en este día, Cuin. Quizá no te gustará, pero dije que no tendría secretos contigo...

—Habla —respondió Cuin mientras se alejaban cabalgando.

—El nombre del Rey era Ruric, hijo de Celia, del linaje de Lyr Dion. El hijo de la hermana era Cavan, hijo de Ceru... Ruric se gloriaba de su trono y su riqueza, sus guerreros y sus fornidos hijos. —Bevan dirigió hacia Cuin sus ojos, negros como el cuervo—. Con la ayuda de algunos de los otros mató a Cavan ahí atrás, bajo los árboles.

—¿Mató a su sobrino y heredero? —exclamó Cuin.

—Mató a su sobrino y heredero. Ceru y su gente huyeron del lugar, y de ella desciende tu madre. Un año después sus seguidores regresaron en secreto para levantar el túmulo, y encontraron Lyr Dion como la has visto. No se sabe cómo sucedió el cambio. La gente dice que la sombra de un asesino ha de vagar por el lugar de su crimen, Cuin, pero ninguna sombra recibió hoy tu piedra. Ruric sigue aferrado a su regia residencia.

—Ruric guarda aún su oro —murmuró Cuin—, junto con sus guerreros y sus fornidos hijos. Pero, ¿quién ha decretado que no puedan apoderarse del que viene a buscar la espada?

—¡Quién, ciertamente! —Bevan se golpeó el muslo con inquietud—. Cuin, das cuerpo a la pregunta que está más dentro de mi corazón. ¿Quién gobierna a los Antiguos y al Viejo Pueblo de la tierra? Ni los dragones ni las sombras de los hombres que son como dragones se inclinan ante las Madres o la Gran Madre Duv. ¿Qué les constriñe a hacer de Lyr Dion su residencia?

Siguieron cabalgando en silencio; en silencio voló el halcón al hombro de Cuin y en silencio caminó el ciervo blanco al lado de Bevan. Finalmente llegaron a un lugar de fuego, y en una cima de aquella chamuscada desolación se volvieron a contemplar cómo el sol se ponía sobre los picachos de Lyr Dion. Luz de color rojo sangre bañaba los picos. Mientras miraban, una forma de alada brillantez relampagueó entre ellos y el sol. Alzándose sobre los barrancos, el dragón trazó círculos, emitió luego su ígneo aliento hacia el sol y se desvaneció. Ni aun de lejos podía Cuin confundir aquella forma enorme.

—Ruric —susurró—. El asesino del sobrino. Bevan, cómo se desgarran mi corazón. ¿No puedes sentir tú también su magnificencia?

—Si existe Quien gobierna a esas criaturas —replicó Bevan lentamente—, puede que sepa extraer la belleza hasta del mal.

Esa noche acamparon aún a la vista de los picachos cercanos al mar. Cuin durmió profundamente, pues le dominaba un gran cansancio, pero Bevan vagabundó con el venado coronado de plata. Al día siguiente se desviaron hacia el interior y abandonaron los solitarios dominios de Lyr Dion para emprender un duro viaje invernal a través de las desnudas tierras del norte de Isla.

LIBRO TRES - La llamada

Oscuro es el Pozo lleno de nubes, y oscura
La hueste de mantos que lo habita.
Brillante es el Rey a quien ahora se canta, y brillantes
Las armas que traen sus legiones.
Gritan los guerreros, vuelan las banderas
Cuando el Ciervo Blanco va a la guerra.
Profundos son los poderes de Pel, y profundas
Las pétreas cavernas que forman su infierno.
Alta vuela la espada de oro, y alto
El halcón sobre el tesoro de los wyverns.
Orgulloso cabalga el joven con la sabiduría del anciano
Cuando el Ciervo Blanco va a la guerra.
Negro es el pequeño valle de Blagden, y negro
El mal que exhalan sus laderas.
De Plata es la Mano, y de Plata
El brillo de la Corona que exige.
Peí pagará las cuentas largo tiempo pendientes
Cuando el Ciervo Blanco va a la guerra.

1

En las charlas junto al fuego y en los Grandes Libros de los jefes, los hombres iban a llamarlo el Invierno de la Nieve Ensangrentada.

No se había conocido nada igual en la leyenda o el recuerdo. En la estación de los hielos, cuando tradicionalmente el clima mantenía la paz incluso entre los más acérrimos enemigos, en lo más crudo del invierno, bandas de encapuchados atacaron como seres condenados, surgiendo del inquieto Bosque. Los extraños atacantes oscuros no parecían preocuparse por la conquista, el saqueo o la captura de mujeres. A pesar de que la sorpresa y el terror de su asalto rompían a menudo cada defensa de las fortalezas de los pequeños clanes, muy pronto volvían a desaparecer en la desolación circundante. Pero lo que se llevaban con ellos desgarraba el espíritu de los supervivientes. Tomaban cautivos y los cuerpos de los muertos; y de estos últimos dejaban atrás los corazones.

Unos pocos entre los más sabios, o los que escucharon mejor las viejas historias del sitio de Eburacón, conocían el significado de los asaltantes encapuchados y adonde llevaban sus horrendos despojos. El fuego brillaba rojo en las profundidades del Pozo de Peí, decían éstos, e intentaban avisar a los demás del peligro aún más horrible por venir. Pero la mayoría no estaban preparados cuando los rostros de antiguos camaradas les contemplaban bajo las sombrías capuchas de los jinetes del manto. Quienes no alzaran la espada contra ellos pagaban un caro precio; pero quienes lograrón salvarse lo pagarón también, pues algunos enloquecieron.

No era cosa fácil de soportar ver caer a un amigo o a un hermano y, después, matarle por segunda vez.

La zona sur de Isla sufrió más a manos de los sacerdotes de Pel, aunque ataques dispersos se dejaron sentir tan al norte como Wallyn. Los lejanos dominios de Pryce Dacærin no sufrieron gran daño, pues se hallaban a un mes de duro viaje al norte del Pozo. El principal tesoro de Pel Blagden le obligaba a no apartarse de su propio terreno; Coradel Orre era un bagaje difícil, pero era impotente para aumentar sus ejércitos sin él. Durante muchas generaciones de terror jamás el señor del manto intentó la conquista de Isla, pues sólo era necesario el derrocamiento de los líderes amantes de la paz. La

incontenible avaricia de los demás era más que suficiente para engendrar la disensión que alimentaba los ritos de Pel y saciaba sus apetitos. Como los oscuros y aleteantes cuervos carroñeros, los sirvientes de Pel seguían el aroma de la guerra. Pero no hacía falta más derramamiento de sangre que el voluntariamente proporcionado por los reyezuelos.

Así era como Pel Blagden había difundido el terror de tiempo en tiempo durante muchas eras de los hombres, y entre esos momentos había dejado que el terror se calmara. Y tan flaca es la memoria del nombre que sólo unos pocos en Isla entendieron el significado de los preparativos del señor del manto: que Bevan de Eburakon hubiera enfrentado su voluntad a la de Blagden, y que en la primavera convocaría a los jefes de Isla para sostenerle en su desafío. Grande sería la reunión en Caer Eitha.

Durante los largos y temerosos meses del invierno, Ellid se sentó ante su ventana y cosió. Ella, que siempre había sido inquieta con la aguja, dio diligentes puntadas a las ropas de brillantes colores para que Bevan apareciera como un rey ante los OJOS de la próxima asamblea. A cada nueva noticia de los sacerdotes de Pel temía por él, y le rezaba a las Madres por su seguro retorno. Con todo, aunque sufría por él, en cierto sentido Ellid no le echaba de menos: nunca había sido una parte de su vida diaria. Pero, más de lo que podía admitir, echaba de menos a Cuin.

Evitaba casi siempre la compañía, incluso la de los amables grupos alrededor de los fuegos del gran salón. Más de una vez su madre fue a verla preocupada.

—¿Por qué estás tan sola? —le preguntó Eitha una tarde—. Los jóvenes y las doncellas se preguntan por ti.

—Mi padre me ha hecho prometer que no empañaría mi reputación de doncella —replicó Ellid amargamente.

Eitha suspiró. Últimamente, su esposo se había vuelto amargado, casi un carcelero para su hija y su esposa. Para preservar la paz, Eitha soportaba en silencio el temperamento de Dacarin, pero ante su hija no dudó en expresar sus pensamientos.

—No hay ningún daño en una honesta compañía —dijo malhumorada—. ¿Qué te aflige, muchacha? ¡Con seguridad que tu príncipe de pelo negro no se enfadaría porque te acercaras al fuego!

—¡No, ciertamente! —Eitha sospechaba aún de Bevan, y para distraerla, Ellid reveló más de sus auténticos pensamientos de lo que se proponía—. Estoy preocupada por Cuin, Madre. ¿Por qué está Padre tan irritado con él?

Eitha suspiró de nuevo y no tuvo respuesta que ofrecer. Se alejó en silencio. Ellid tomó asiento y cosió; luego se pinchó el dedo y se echó a llorar. Cuin, su primo y amigo de toda la vida. ¿Cuándo podría oír de nuevo su voz profunda o sentir tras su silencio su constante mirada? También él estaba en peligro, pero incluso si vivía y regresaba a ella poco consuelo podría ofrecerle. Padre y amante la habían separado de él.

Llegó el deshielo y Pryce Dacarin envió muchos mensajeros, como él y Bevan habían acordado. Luego llegó por fin la verdadera primavera. Pronto empezaron a llegar los visitantes. Clarric de Wallyn se hallaba entre los primeros, buscando nuevas de su hijo. Dacarin le dio una fría bienvenida y un consuelo aún más frío, pero él respondió apaciblemente y se instaló con serenidad para esperar la marea del tiempo. A cada día llegaban otros: pequeños señores y jefes de clan de todo el Camino Salvaje, tan lejos al sur como las Tierras Bajas; de las boscosas colinas del oeste hacia Welas y del este hasta la Desolación; a lo largo del Río Impetuoso de blanca espuma y el río oscuro, hacia el sur, llamado Foso de Peí.

Pryce Dacarin esperaba a la mayoría, pero no a algunos. Vino un Rey de las tribus bárbaras que vagaban por las lejanas Tierras Áridas del Norte; él y su séquito eran hombres orgullosos de negras trenzas, cuyos anchos pechos tintineaban con joyas.

Bevan, dijo en su sonoro dialecto, había curado a su pequeña hija con el poder de su amable mano. Vino también un emisario de los Firthola, el extraño pueblo rubio del desnudo noreste, que se aventuraba en botes sobre el helado Abismo. Y el Rey de los viejos vagabundos de Romanía llegó cabalgando un robusto poney de su raza especial, terminando su largo viaje desde la Desolación del este.

Y, por último, llegaron Cuin y Bevan, con su equipo maltrecho, un fardo abultado y el brillo de la decisión en sus ojos. Desafiando la ira de su padre, Ellid corrió a recibirles.

—¡Las Madres me sonríen! —exclamó riendo y aferrando sus manos—. ¡Muchos y largos días os he aguardado, y hoy mi paciencia es recompensada!

Bevan la contempló con una extraña sonrisa, atisbando las luces doradas de sus ojos.

—Todos los bienes sean contigo, prima —le dijo Cuin animadamente—. ¿Y cómo está mi tío?

—Mal —replicó Ellid amargamente—. Pero aquí llega uno que te quiere más.

Clarric se adelantó y le dio un fuerte abrazo a Cuin, besándole. Luego le condujo al castillo, dejando a Ellid que sostenía aún la mano de Bevan.

—Has vuelto a crecer —dijo Clarric gravemente, mirando a su hijo—. Hay entereza en tu porte y sabiduría en tus ojos. ¿Qué encontrasteis en Lyrdion, Cuin?

—Mucho que temer y muy poco que amar —replicó Cuin—, ¡y una buena dosis de humildad, Padre! Algún día te lo contaré, pero ahora el tiempo se lanza sobre nosotros demasiado aprisa para historias. ¿Qué has oído aquí?

Clarric hizo girar los ojos.

—Los planes son más espesos que un plato de gachas. Ven, te los contaré.

Se fueron a su habitación para hablar. En una habitación más oscura, no muy lejos, Bevan besó los ojos de Ellid.

—Se habla de hacer Rey a mi tío en tu lugar —le dijo Cuin a Bevan más tarde, por la noche, después de que Ellid se hubiera ido a la cama—. La idea es fuerte, en particular, entre sus consejeros. Y muchos de los señores del sur le sirven bien.

—Eso es justo —replicó Bevan—. Pryce Dacarin es un hombre valeroso. ¿Qué piensa de esas charlas?

—No puedo decirlo. Le he saludado, pero se limita a mirarme. Por lo que sé, no ha dicho nada por animar o negar tal idea. Su mente es un misterio incluso para mi padre.

—Mantendrá su palabra hasta que vea el rumbo de la marea —decidió Bevan—. Tiene mucho que ganar pase lo que pase... No podemos hacer sino enfrentarnos a él como habíamos planeado, Cuin.

—Incluso así... Pero no olvides que hay algunos reacios a combatir contra el señor del manto. Algunos incluso dicen que tú eres el culpable de haber despertado su ira.

Bevan sonrió irónicamente.

—¡Si sólo pudiéramos asustarle con fuego, como a los demonios del aire! —señaló con amargura, y luego se fue bruscamente a sus vagabundeos de medianoche.

Cuin suspiró y fue a tenderse, insomne, en su lecho.

Al día siguiente la Llamada empezó pronto. Una multitud variopinta se agrupaba en torno a los hogares del gran salón y se apoyaba en sus pilares sin desbatar. En el estrado, bajo estrecha vigilancia, se hallaba la forma de la Piedra del Destino, envuelta en una tela sobre su pedestal.

Unas quince clases de sacerdotes se hallaban presentes, sacerdotes de Duv, de Bel y de muchos de los hijos de los dioses; incluso sacerdotes de la sabia y casta diosa Celonwy. Todos se habían unido para santificar la ceremonia, y sus cánticos se alargaron por más de una hora. Por fin, el Príncipe Dacarin ordenó que se les desvelara la Piedra. Todos pusieron las manos en ella con aire grandilocuente, pero ninguno lo hizo durante largo tiempo.

Entonces se adelantó Bevan. Ellid le había hecho una túnica color blanco perla del más fino lino; brillaba en él como la luz de una espada, pero no brillaba más que el

relampagueo de sus ojos, negros como el trueno. Los sacerdotes y los espectadores cayeron por igual en un silencio gélido.

—¡Basta! —dijo Bevan a los sacerdotes, en un tono bajo que fue oído por todos—. Mi gente aborrece vuestras palabras huecas. Alejaos. —Todos se escabulleron hacia sus lugares y Bevan quedó solo en el estrado junto a la Piedra, vigilando a la asamblea de quienes eran sus súbditos por derecho—. ¿Hay entre vosotros quienes quieran probar la Piedra que Habla? —preguntó.

Los hombres removieron inquietos los pies y desviaron la vista hacia sus vecinos. Pero entonces Kael, de las tribus del norte, avanzó, sus relucientes trenzas oscilando sobre sus hombros.

—Soy un Rey —dijo—. Lo intentaré.

Agarró la Piedra, lanzó un grito y se apartó de un salto.

—¡Quema! —gritó.

Algunos hombres rieron, pero Bevan le habló con moderación.

—Sois mi buen y honesto amigo, mi señor. Tendréis otra oportunidad.

—Hiere, ciertamente —dijo apaciblemente Clarric—, pues lo he comprobado antes. Puede que no haya ni un hombre en este gran salón que pueda poner sus manos durante largo rato sobre ella.

Sus palabras eran como un desafío, aunque dicho con suavidad, y muchos se adelantaron para demostrarle su error. Pero ninguno pudo soportar la sacudida ni el tiempo de respirar.

—¡Dejemos que pruebe nuestro anfitrión, Dacaerin! —gritó por fin uno de los señores del sur, pero él sacudió la cabeza de un modo que no admitía discusión—. Otro de ese ilustre linaje, entonces. ¿Cuin? ¿Dónde está el hijo de la hermana?

—Aquí —replicó Cuin desde su sitio en la pared y se inclinó hacia el estrado para que se oyeran sus palabras—. Pero no tomo parte en este raro juego. Sería traición por mi parte el pensarlo siquiera, sabiendo lo que sé y habiendo visto lo que he visto. Hay uno ante vosotros, hombres de Isla, que se alza como vuestro Rey por nacimiento y por obras. ¡Dejad que el hijo de Byve dé prueba de su grandeza!

Todos los ojos estaban fijos en Bevan, que se alzaba como una reluciente llama blanca en aquel lugar de penumbra. Extendió sus manos brillantes y las puso sobre la Piedra. La profunda voz que habló entonces resonó por todo el gran salón, y muchos fueron los que temblaron ante su extrañeza.

—¡Te saludo, Gran Rey de Isla! —le acogió la Piedra—. ¡Te saludo, heredero de Byve y de Veril y de los poderosos hijos de las Madres!

Bevan, tan lleno de paz como la nieve recién caída, seguía de pie con las manos sobre la Piedra.

—¡Cuidado con la traición, hijo de Byve! —le dijo ésta—. No te pierdas en el amor de hombre o doncella, piensa antes en tu deber para con tu herencia.

Mira siempre por fortalecer a Isla ahora y por generaciones contra el mal del este. Las bendiciones de todo el pueblo de Duv sean contigo. ¡Por tres veces te saludo, Gran Rey de Isla!

Se hizo el silencio; la luz se desvaneció de las manos de Bevan mientras éste se apartaba de la Piedra. La asamblea parecía paralizada. Sólo Cuin no tenía aspecto de sorpresa.

—Contemplad a vuestro Rey —dijo tranquilamente—, quien en todo merece vuestra fidelidad, vosotros que carecéis de líder.

Un murmullo de conversaciones surgió ante esto, y un señor de las tierras del sur cercanas al Foso de Peí, lento de aspecto y corpulento, se alzó para pregonar el pensamiento común.

—Quizá no tengamos líder, y estemos sintiendo el azote de Peí —dijo—, pero, ¿quién es este joven brujo para que debamos volver la vista hacia él? No importa cuál sea su parentesco, no merece mayor fidelidad que la que pueda ganarle la fuerza de su brazo derecho.

—Habréis oído con seguridad de su fama en la batalla de Myrdon —replicó alguien.

—Sea. Enfrentarse a un dragón es valeroso, no lo niego, pero ¿blandió allí una espada? Pienso que el señor del manto no se mostraría tan fácil de domar como el dragón.

—Oídmeme un momento, señores. —Clarric, el de maneras suaves, subió al estrado y hasta los levantiscos señores callaron y prestaron atención al que los hombres llamaban Sabio—. Considerad, capitanes de Isla. Tengo un hijo, un guerrero joven y valiente, heredero de Pryce Dacarin. —Clarric enfrentó con frialdad la dura mirada de Dacarin—. Y en su fidelidad él se aferra a este hijo de Byve como la yedra. Sólo eso ya debería deciros algo, aunque mi señor Bevan no es dado a fanfarronear, parece... Pero Cuin me ha contado que ocho de los sacerdotes de Peí que atormentaron a mi hijo en el roble fueron muertos por el poder de la espada de Bevan. Más aún, Bevan y Cuin han estado en el Pozo de Pel, incluso en el lugar de los fuegos, y han regresado vivos a la atmósfera superior. De nuevo hubo un zumbido de conversaciones. —¿Es eso cierto, mi señor Cuin? —preguntó uno de los consejeros de Dacarin—.

¿Que Bevan de Eburacon os salvó de los servidores del señor del manto?

—Ved la prueba —replicó Cuin, y se despojó de su túnica. Incluso los combatientes más endurecidos miraron con sorpresa las marcas de tortura en su joven forma.

Bevan frunció el ceño y se movió de donde había estado, silencioso, todo el tiempo.

—Di toda la verdad, Cuin —le amonestó—. Di que también me trataron así en Blagden y que tú saltaste contra toda una multitud para ayudarme.

Pero la réplica de Cuin se perdió en la agitación circundante.

—¿Eso decís? —gritó el consejero por encima del tumulto—. ¡Entonces vuestro caso está perdido, señor! ¡No podemos, tener un Rey con mácula!

—Ésa es una sentencia de hombres pequeños que fácilmente se librarían de su vasallaje. —La voz melodiosa de Bevan, aunque sin subir de tono, resonó a través de todas las otras; el gran salón cayó en silencio ante sus palabras—. ¿Quién entre nosotros no sufre mácula de algún tipo, mis señores? Pero, de todos modos, se os dará satisfacción. El hijo de Celonwy no es desfigurado fácilmente.

Bevan se despojó de su camisa blanco perla, y Cuin se hundió asombrado en su asiento: en el grácil cuerpo de Bevan, la piel era tan suave como si jamás hubiera conocido penalidad alguna.

—¡Yo te vendé! ¡La roja sangre corría por tu cuerpo! —musitó Cuin.

—Cierto, Pel Blagden me hizo sangrar —le sonrió Bevan—, pero fue la Gran Madre Duv quien se encargó de mi curación. ¡Escuchadme, hombres de Isla! —Bevan se giró súbitamente hacia la asamblea—. ¿Por cuántas eras más de disensión dejaréis que el terror del manto aceche entre vosotros? Pel Blagden es un dios, eso es cierto, pero ha rechazado su derecho a la reverencia, e incluso un inmortal puede ser muerto. Todo lo que se precisa es que os alcéis juntos contra él. Dejadme sólo el número preciso para contener a sus esbirros sin corazón y yo mismo le desafiare.

Todos le contemplaron asombrados, pero ningún hombre rió; tal era la fuerza de su recta y esbelta presencia.

—¿Cómo podéis decir eso? —preguntó por fin un señor del sur, aunque sin aspereza—. ¿Vos, que no tenéis aspecto de guerrero? ¿Que ni siquiera lleváis una espada?

—También yo soy un hijo de los inmortales —replicó Bevan— y tengo armas de las que poco conocéis.

Alzó sus bien formadas manos. Llamas blancas surgieron de la punta de sus dedos, bañando el penumbroso salón en una luz decorosamente brillante.

Los hombres retrocedieron maravillados.

—Y aunque ellas mismas tengan el brillo de la espada, mis manos no carecen de ella —continuó Bevan con calmada intensidad—. Una poderosa espada ha llegado a mí, una hoja de un poder mucho más viejo incluso que el de nuestro viejo adversario.

La luz de sus manos vaciló y saltó a través de las sombras repentinas hacia el fardo que Cuin le tendía.

—¡Hau Ferddas! —gritó Bevan, sosteniéndola bien alto.

La espada resplandecía en su mano plateada, pero con el color rojo oro del sol que lucha por alzarse. Con aquel brillo color rojo sangre nadie notó el rubor de pena e irritación que surgió en el rostro de Pryce Daccaerin.

—Hau Ferddas —repitió Bevan con más suavidad—. La Poderosa Protectora, la Amiga de la Paz que hace a su portador invencible en la batalla. Miradla bien, hombres de Isla.

Y en verdad que todos los hombres la contemplaron durante largos momentos, tanto la espada como al joven del cabello negro como el cuervo que la sostenía. Grandes gemas brillaban suaves en el pomo del arma, y por encima de ellas la hoja dorada se alzaba como una torre sobre un roca, alta y pesada. Y, con todo, Bevan la sostenía con facilidad.

—La gloria de Lyrdion llega al heredero de Eburakon —le dijo Bevan a la asamblea—, en regalo libremente dado por Cuin de ese linaje. Debe ser buen presagio que el hijo de hermanas reales se una al hijo de un Rey de los hombres. Viejas y nuevas costumbres, clanes, jefes y señores de las fortalezas no parece que deban estar siempre en riña. ¡Pero antes de que pueda haber paz en Isla, debemos librarnos de ese carroñero encapuchado que arroja su sombra hacia el sur! ¡Y vuelvo a deciros, hombres de Isla, que con fuerzas suficientes para sacarle de su tenebrosa madriguera, yo mismo le desafiaré!

La mirada de Bevan, como el rescoldo de los carbones oscuros pero aún ardientes, capturó a todos los hombres con el brillo de su espada, brillante como la llama.

—¿Quién me acompañará a Blagden? —les desafió.

—Yo —replicó rápidamente Kael, el del norte—, aunque poco tengo que ganar y todo que perder.

—Y yo —añadió tranquilamente Clarric.

—Y yo doy mi juramento y el de mi pueblo —añadió el curtido Rey de Romanía, que hablaba por primera vez—. Las guerras por tierras y coronas no significan nada para nosotros, pero el destino de una era está en juego aquí. La gran rueda se mueve, y se nos ofrece la elección de cómo serán los años posteriores a que el reino de las Madres dé paso al reino de los hijos de los hombres... ¿Qué os detiene, hombres del sur? Vosotros sois quienes más tenéis que ganar.

—El gitano dice la verdad. —Un alto señor del sur se alzó envaradamente—. Más aún, somos los que menos tenemos que perder; ya estamos de rodillas. No rebajaré mi espíritu, aferrándome vilmente al escaso poder que me queda. Uniré mi suerte a la de Bevan de Eburakon.

—Una vez tuve un hermano —dijo una voz amarga—, dulce será mi venganza en su nombre, sea cual sea el riesgo. Un cobarde no haría menos.

—¡Que nadie me llame cobarde o débil de corazón, ansioso por sufrir esta tiranía de Peí! —gritó otro—. ¡Mis hombres y mis espadas van con el hijo de Byve!

La marea había empezado. En unos momentos, el gran salón resonó con los vítores cuando cada señor fue alzándose y gritando su juramento de apoyo. Bevan no dejó de notar que Pryce Daccaerin guardó silencio hasta que muchos otros hubieron roto el suyo. Pero Cuin no tenía eso en consideración; sus ojos brillaban de alegría.

—¡Contemplad a vuestro Rey! —gritó por último, y otros secundaron el grito—. ¡Saludos, Bevan, Gran Rey! ¡Una corona! —Se volvieron hacia su anfitrión—. Entre vuestros muchos tesoros, Príncipe Daccaerin, ¿habrá con seguridad una corona para él?

—Mi corona me espera. —Los hombres callaron, prestando atención a las palabras de Bevan—. La Corona de Plata de Eburacón me espera en Blagden, donde el señor del manto la llevó tras el saqueo de mi hermosa ciudad. Una vez la haya recobrado, entonces me llamaré a mí mismo Rey. Vosotros, que me habéis dado vuestra palabra: no os pido juramento de fidelidad hasta ese día. Por ahora, sólo vuestra propia bondad debe ataros a mí.

—Codicia, gloria o bondad; lo que nos una servirá —gruñó el Príncipe Dacarin—. ¿Cuándo partimos?

—Tras la siembra. Pero que los labriegos se queden en casa; no conduciré campesinos gimoteantes a Blagden. Que sólo hombres de valor afronten esta tarea, los guerreros de mayor confianza de vuestros séquitos.

—Así sea —accedieron los jefes, y fuera cual fuera su excelencia, una débil luz de esperanza alboreó en todos sus ojos.

Después de que la asamblea hubo partido entre charlas hacia patios y habitaciones, Bevan fue hacia donde estaba Ellid. Sentándose a su lado, le contó con sobriedad todo lo que había sucedido.

—Así que si vivo —terminó—, parece que serás una Reina, dulce señora.

—Entonces lo tengo todo por ganar y todo por perder —replicó Ellid con preocupación—, y la corona es lo menos importante de todo. Pero me consuela el que Cuin irá contigo.

—¡Bueno será! Él es la segunda maravilla de mi vida. Tenías pocas razones para amarme, Ellid, pero él tenía la más grande de las causas, para odiarme y, con todo, se ha unido a mí. El suyo es un corazón tan generoso como el sol. No es raro que aprecies su amistad.

Ellid se ruborizó y sacudió la cabeza.

—No fue mi pensamiento el serte infiel —murmuró.

—¡No, no fue eso lo que dije! —se apresuró Bevan a tranquilizarla—. Te pareces tanto a él, Ellid; no puedo dudar de que serás tan recta conmigo como lo es él. Por eso, he sido bendecido doblemente.

Luego se besaron, y pasó un tiempo antes de que hablaran de nuevo.

—¿Se lo has preguntado a mi padre? —murmuró Ellid por fin.

—No. Me atrevo a decir que con su silencio da su consentimiento, pero aún he temido arriesgarme a su rencor... ¿Qué piensas de él, Ellid?

—Se ha vuelto un extraño para mí —replicó cansadamente Ellid—. Por supuesto, siempre fue amigo de seguir su propio consejo... pero me parece que mi madre se ha entristecido últimamente, aunque no pronuncia una palabra de queja. El asunto de Cuin debe apenarla, pero quizás es más que eso. Desde el último verano, apenas he visto su sonrisa.

—Me iré ahora —dijo Bevan, luego la besó y se fue.

Encontró a Pryce Dacarin solo en su cuarto del tesoro, frunciendo el ceño ante su oro. En unas pocas y corteses palabras, Bevan pidió la mano de Ellid para que fuera su esposa, y cortésmente Dacarin dio su consentimiento.

Había más que decir, planes que trazar, estrategias que preparar. No hablaron de Cuin. Cuando Bevan se marchó no pudo hallar defecto en las respuestas que había recibido; pero, al igual que Ellid, no había recibido ninguna sonrisa paternal.

En un día, la mayoría de los jefes y señores se habían dispersado en dirección a sus hogares, pues incluso los recursos de Pryce Dacarin eran puestos a prueba por tener que alimentar a tantos hombres durante tanto tiempo. Dos días después, también Bevan y

Cuin volvieron a las tierras salvajes, cabalgando hacia el sur con Kael y su séquito. Los firthola y el Rey de Romania habían partido veloces hacia sus dominios en el este, pero Kael no podía esperar alcanzar sus tribus en el lejano norte a tiempo de enviar una fuerza a Blagden. Además, la docena de seguidores que le acompañaban valían tanto como cien hombres normales.

Y en un mes se pudo ver a bandas igualmente selectas de guerreros marchando por cada sendero de Isla. Llegaron con resplandecientes grebas y anchos cinturones de oro; sus espadas y escudos brillaban como la plata. Sus pies calzados con sandalias recorrieron ansiosos los caminos del Bosque. El desafío de Bevan y su legendaria espada habían encendido a sus vasallos con un fervor de cruzada tal como nunca habían conocido. La historia se difundió rápidamente y, a través de todo el reino, jóvenes candidatos suplicaban que se les permitiera acompañar a sus señores al Pozo de Pel. Algunos buscaban la gloria y otros la venganza, pero cada uno de los mortales que marcharon a esa batalla lo hizo voluntariamente.

En los cálidos días de primeros de junio, Bevan y Cuin llegaron a las anchas llanuras al norte y al oeste de Blagden. Allí se detuvieron a reunir sus fuerzas y trazar sus últimos planes.

Pronto Clarric se les unió con una pequeña tropa y con su heredero, el hijo de la hermana, un ardiente joven de apenas quince años de edad. Y los señores del río oscuro y las colinas el oeste llegaron con los mejores luchadores de sus dominios. El enemigo acampó junto al enemigo y, con todo, la palabra de Bevan, el del negro cabello, les obligó a mantener la paz. Pryce Dacarin llegó por fin con una tropa de casi doscientos hombres escogidos de todos sus feudos.

Ellid y Eitha le acompañaban en una litera de caballos fuertemente vigilada; muchos hombres miraron con recelo al señor pelirrojo, preguntándose por qué había traído a sus mujeres a la guerra. Ellid le dio a Bevan una bandera con la enseña del venado coronado de plata, blanco en campo de azul medianoche. La alzó sobre el campamento y los hombres se maravillaron ante ella igualmente, pues pocos de entre ellos habían visto al ciervo blanco. Día y noche se mantuvo buena guardia, pues el Pozo abría su boca bostezante a sólo una milla. Pero Pel se mantuvo en su dominio, esperando, así parecía, y los espías enviados al anochecer no pudieron ver nada de lo que informar. Por la luna llena todas las fuerzas de Bevan se habían reunido, excepto los firtholas de la gran cala hacia el lejano norte. Así, temprano, una brillante mañana a mediados de junio, Bevan los alineó en formación de guerra y se preparó para atacar.

Aunque no le faltaba a Bevan la fuerza de mandar, poco sabía de las estrategias de la guerra. Confiaba mucho en Kael y Cuin para que le aconsejaran, pero necesariamente Pryce Dacarin había entrado en sus consejos. Esa mañana fue Pryce Dacarin quien cabalgó por las filas, y Cuin fue con él en representación de Bevan, aunque él y su tío apenas se hablarón. En silencio llegaron al lugar donde Ellid y Eitha estaban junto a su guardia personal y su litera de pesados cortinajes.

—¿Os habéis despedido? —le preguntó burlonamente Pryce a Ellid.

Ellid se ruborizó irritada, pero no le replicó. Cuin sabía que lo había hecho; Bevan había seguido este camino no mucho antes. Creía que Pryce lo sabía tan bien como él mismo. Ellid mantuvo alta la cabeza, pero había angustia tras la máscara de su rostro. Cuin buscó su mirada y le regaló una rápida sonrisa. Pero Pryce Dacarin notó la mirada.

—Hijo de la hermana —dijo abruptamente—, últimamente hemos estado en discordia, pero hay una cosa que sé no me rehusarás. Ve con estas mujeres y cuida de ellas. No hay nadie en quien confíe tanto para la tarea como tú.

Por un momento las palabras parecieron nobles. Pero entonces Cuin sintió el choque de la mirada de Ellid y supo que debía servirla mejor.

—Mi tía y mi señora están bien guardadas por hombres de confianza —replicó tranquilamente—. Mi sitio está junto a mi señor.

—¡Pero te he ordenado que te apartes de mí! —Dacaerin se le encaró con peligrosa paciencia, como corrigiendo a un niño travieso—. Obedéceme en esto, Cuin, y puedes aún esperar mi recompensa.

—No, tío —le dijo amablemente Cuin—. Hablo de mi señor, el Príncipe Bevan.

Dacaerin se puso rojo de ira y mortificación. Por un momento miró a Cuin sin decir nada; luego se volvió hacia la guardia.

—Llevad a estas rameras bien lejos, hacia el oeste —rechinó—. ¡Y vos, maese Cuin, apartaos de mi presencia!

Se alejó galopando furiosamente sin más palabras. Eitha le siguió apenada con la vista.

—Gracias, Cuin —susurró Ellid.

—No temas tanto por Bevan —la amonestó Cuin—. Es poderoso, aunque su fuerza no sea la de los brazos, y la bendición del Otro Mundo se halla sobre él.

—Lo sé —replicó Ellid—. Con todo, ¿estarás junto a él?

—Ahora voy a él. Adiós, tía. Adiós, prima.

Besó a las dos y se fue con el breve beso de Ellid ardiendo en sus labios.

Una hora después ensilló su caballo y contempló las profundidades del Pozo de Pel. Bevan estaba a su lado, y mil guerreros de ánimo bien templado permanecían alineados a sus espaldas. Nada se movía en las puertas ni en el retorcido sendero; nada en los profundos y distantes edificios. En el terreno cercano a la fortaleza, el poderoso roble parecía meditar en la soledad. Sus hojas eran tan sombrías como un millar de oscuras y encubridoras capas.

Pero ningún esbirro del señor del manto estaba a la vista, salvo los cuervos carroñeros que aleteaban y graznaban en lo alto, esperando el alimento de la batalla.

—Es una extraña oportunidad —hizo notar Cuin—, si Pel espera ser cogido como un bribón en un armario.

—No dudo que tiene más de una sorpresa reservada para nosotros —replicó Bevan irónicamente—. ¿Dónde demonios está Dacaerin?

Sus ojos registraron el largo anillo del Pozo buscando la alta figura del señor pelirrojo.

—Sólo Duv lo sabe —contestó cansadamente Cuin—. Está furioso como un caballo chamuscado. Quería que fuera con las mujeres.

—Así que de nuevo intentaba separarnos. —Bevan le miró interrogativamente—. ¿Cuál será su juego, me preguntó? Ahí está.

Dacaerin se alzaba al frente de sus hombres en el borde opuesto, y el emblema del dragón rojo ondeaba sobre su cabeza. Cuin y Bevan intercambiaron una mirada; había llegado la hora. Extrañamente silencioso, el Pozo se abría bajo ellos.

—En el peor de los casos será una hermosa canción —dijo Cuin, con un estremecimiento—.

—¡Que las Madres nos concedan vida para oírla! —murmuró Bevan.

Todo lo que pudieran haber dicho de amor o agradecimiento sería de mal agüero. Por eso se limitaron a estrecharse las manos; entonces Bevan levantó la gran espada dorada. Sus gemas relampaguearon como el fuego y, como una gema igual de resplandeciente, Flessa se alzó del hombro de Cuin para describir círculos en las alturas. Sonó la trompeta; enhiesta flotaba la bandera del ciervo blanco. De todas las direcciones, guerreros de yelmos brillantes avanzaron hacia el Pozo mientras Cuin y Bevan conducían a sus caballos descendiendo por el traicionero camino.

Mientras los infantes luchaban aún por descender las desnudas laderas, una negra nube, obra de Peí, se alzó para recibirlos. En un momento bien podría haber caído la noche. La rastrera sustancia de las tinieblas oscureció totalmente la brillante luz diurna, y su espesor obstaculizó el movimiento como un abrazo opresivo. Pero fue su extrañeza lo

que heló los corazones de los hombres y les hizo detenerse donde se hallaran. Entonces los jinetes encapuchados se abalanzaron como la sustancia del terror silencioso surgiendo de las sombras.

Fuertes guerreros gimieron y se olvidaron de sus espadas. Pero una forma maravillosa picó espuelas para enfrentar al enemigo. Bevan resplandecía de blanca luz que hizo arder una bóveda en las tinieblas, y Hau Ferddas centelleaba en su mano con un brillo feroz. Se movió con la rapidez del viento, pareciendo saltar por sí misma a cada garganta encapuchada; incluso las experimentadas estocadas de Cuin, al lado de Bevan, no podían igualársele. Pryce Daccerin, dispuesto a no dejarse superar, se abrió paso hacia la contienda. Los guerreros gritaron y enviaron sus lanzas mientras una oscura marea de figuras encapuchadas sumergía a la vanguardia y remontaba las laderas para enfrentarse a ellos.

Muchos eran los enemigos a pie y a caballo que enfrentaban los guerreros de Bevan. Con todo, pronto descubrieron que las empinadas paredes del Pozo les daban la ventaja de la altura y la fuerza. Muchos cayeron, pero el resto cobró ánimos a medida que avanzaban. Lucharon por decapitar al enemigo, como se les había dicho. Al frente de ellos, el resplandor del Príncipe de negro cabello iluminaba su camino. Muy cerca, detrás de él, le seguía la bandera del ciervo blanco.

El terreno se niveló y tenues formas de edificios podían discernirse en la oscuridad reinante. Los doce guerreros de negras trenzas de Kael montaron caballos capturados y se abrieron paso a tajos junto a Bevan. Cuin hizo una pausa para recobrar aliento.

—¿Cómo va? —le dijo de pasada a Bevan.

Bevan sonrió ante la pregunta.

—Bastante bien —replicó—. Pero ésta no es sino nuestra primera prueba ante el poder de Peí.

—¿Cómo, por todos los sufrimientos, vamos a tomar esos muros? —gruñó Pryce Daccerin.

—Si no hay ningún ensalmo en la piedra, cederán ante mi contacto. —Bevan se alzó sobre su caballo pinto—. ¡Trompeta, adelante!

El muchacho lanzó el toque de reunión y el de ataque. El séquito de Kael formó una cuña para ayudar a que Bevan se abriera paso hasta los muros. Otros se les unieron; Pryce Daccerin y Cuin lucharon bravamente. Bevan esgrimía a Hau Ferddas con fortaleza sobrehumana. Pero el camino era duro. Los guerreros de Bevan superaban con mucho en número a los encapuchados habitantes de Blagden, pero su más amplia línea de asedio sólo les daba la igualdad en terreno llano.

Entonces, cuando el emblema del ciervo blanco cayó al suelo, la vanguardia flaqueó. Alguien volvió a levantarlo. Con una mirada, Cuin vio que era Clarric quien sostenía el asta. Dene, el joven hijo de la hermana, marchaba a su lado.

—¡Deja que la lleve el muchacho, Padre! —gritó Cuin.

—¡Hasta él sostiene la espada mejor que yo! —gritó en respuesta Clarric, sonriendo—. ¡Deja que luchen los guerreros! ¡Yo llevaré este palo!

La batalla les obligó entonces a separarse, y Cuin no pudo mirar más hacia él. En su nombre, envió con más fiereza su hoja contra los sacerdotes de Peí.

¡Maldición de Duv sobre los hombres sin hacer! Fríos, mudos y desapasionados, eran más difíciles de matar que las serpientes; su tenacidad, carente de sangre, helaba el corazón. Pero al fin la vanguardia llegó bajo la más profunda sombra del muro. Mientras Cuin y los hombres de Kael mantenían al enemigo a raya, Bevan puso sus manos resplandecientes sobre la piedra. No ocurrió nada y él frunció el ceño.

—Ha sido fuertemente labrada con las palabras del viejo arte —murmuró—. Pero las puertas no pueden ser sino peores. Por el amor de la hermosa Celonwy...

De pronto, el brillo blanco de Bevan se desvaneció. La tiniebla más absoluta llenó el Pozo, y muchos hombres se helaron de desesperación. Incluso Cuin retrocedió. Pero, en un instante, un rugido y un desgarrador clamor de piedra resonó a través de la oscuridad. Y Bevan se alzó una vez más sobre su caballo, ardiendo con fiera luz. La pared resquebrajada yacía en un montón ante él. Los sacerdotes de Peí se escabulleron sobre ella, desaparecieron como murciélagos entre las sombras. Los guerreros lanzaron vítores y se apresuraron a perseguirles.

—¡Mantened las filas! —gritó Bevan.

Hizo saltar su corcel sobre los escombros, con Cuin a su lado. Kael y sus seguidores se les unieron; diez era su número ahora. Cabalgaron en un lento trote hacia la oscuridad, escuchando con atención. Un suave siseo se alzó a su alrededor. Bevan levantó su espada hasta su máxima altura. Luz dorada fulguró de la punta, más brillante que cualquier fuego; todo el patio apareció con claridad a su resplandor. Formas sentadas, altas como casas, se erguían entre los jinetes y la fortaleza. Ante la repentina luz, ladraron y retrocedieron de un salto, arañando el aire con sus colgantes garras. Puntitos de luz sofocante chispearon de sus hocicos.

—¡Wyverns! —exclamó Bevan.

Gritos de sorpresa se alzaron entre las filas de los guerreros. Hau Ferddas descendió, su luz agotada, y cada hombre se quedó quieto en su lugar.

—Thellen na illant arle —llamó Bevan a las tinieblas—, brangre trist tha shalde on gurn mendit! («¡Moradores de la más profunda tierra, cuidado, pues servís a un amo malvado!»).

Pero incluso mientras las palabras colgaban en el aire ensombrecido, oyó gritos y el choque de las espadas cuando los dragones saltaron para atacar a sus hombres. Bevan y Cuin picaron espuelas hacia los sonidos. Los wyverns se apresuraron a alejarse de la presencia del rojo blanco de Bevan y su brillante espada, pero a su espalda se alzaron más sonidos de combate. Bevan murmuró entre dientes.

—¡No me escuchan! ¡Sin embargo, no se enfrentarán a mí!

Los guerreros luchaban protegidos por la pared en ruinas. Un apagado brillo rojizo marcaba las fauces abiertas de sus enemigos, y ya dos wyverns yacían muertos.

—¡Ven, Cuin! —jadeó Bevan, e hizo girar su caballo hacia la recordada visión de la fortaleza.

En la oscuridad, y solos los dos, se apresuraron hacia ella. Sólo un parpadeo de luz plateado permanecía en las manos de Bevan. Sin aliento, en la oscuridad y el silencio, llegaron a los muros de la achaparrada torre que descansaba como un tapón en el embudo retorcido del pozo. Bevan puso las manos sobre la piedra, y espoleó luego su caballo hacia las puertas. La tensión endureció su pálido rostro mientras tocaba la vieja madera y el hierro. Pies que corrían sonaron detrás de los barrotes.

—Ven —susurró Bevan y, apartándose, galoparon de vuelta a los demás—. No podría haber hecho más si me hubiera quedado quince días —jadeó Bevan mientras cabalgaban—. En ese lugar hay un poder más viejo que Ylim... Ahí vuelven.

Los sacerdotes de Peí surgían de las puertas, marchando para unir sus filas a los dragones.

—Con seguridad, es tiempo de que nos vayamos —hizo notar Bevan a Kael cuando le encontraron batallando con un wyvern—. Cuida de que todos los que queden atrás sean decapitados, amigo y enemigo por un igual... ¡Trompeta!

Sonaron entonces las notas de la retirada, y los hombres empezaron a retroceder pausadamente hacia las laderas. Cuin y Kael recorrieron las líneas para ver que las órdenes de Bevan fueran obedecidas. Los muertos y los malheridos fueron decapitados para que Peí no pudiera convertirlos en cosas para su implacable servicio.

Muchos hombres habrían protestado ante esta orden pero habían visto al enemigo y conocían su necesidad. El propio Cuin decapitó a muchos, algunos de los cuales aún gruñían y se movían. Pero odió tener que prestarle tal servicio al que encontró justo fuera de los muros derrumbados.

Clarric estaba muerto; al menos la pena de matarle le fue ahorrada a Cuin. Su sangre había fluido en un charco escarlata sobre la bandera del ciervo blanco, arrugada bajo él. Cerca yacía Dene, el muchacho, gruñendo y luchando con la oscuridad. Cuin cercenó el aún caliente cuello de su padre. Luego recogió la bandera. Su cara era tan blanca como el ciervo. Envolvió a su primo en sus pliegues y colocó al joven ante él sobre el ruano. Los wyverns y sus encapuchados aliados se habían detenido ante la pared en ruinas. Cuin ascendió lentamente por la retorcida senda, con guerreros caminando a cada lado.

Pensó que nunca saldría de las tinieblas, que Peí había ensombrecido la tierra. No fue sino hasta que notó el resplandeciente orbe encima suyo que se dio cuenta de que había emergido a la más clara oscuridad de la noche. Flessa surgió de ella para encontrarle, pero él la envió lejos. No deseaba compañía, ni siquiera la del ave.

El ejército acampó alrededor del borde del Pozo. Tan pronto como pudo, Cuin dejó a su joven primo al cuidado de los curanderos y se alejó caminando a ciegas. Por fin llegó a donde tres hombres conferenciaban alrededor de un fuego. Kael y Dacarin se limitaron a mirarle, pero Bevan se levantó de un salto para recibirle.

—¡Cuin! —exclamó—. ¿Dónde has estado? ¡Temía por ti! —Buscando una explicación, miró la arrugada masa en los brazos de Cuin y sonrió irónicamente—. No deberías haberte preocupado por eso. Sean cuales sean las manos que la hicieron, no es sino tela.

Aturdidamente, Cuin tomó conciencia de que aún llevaba la bandera del ciervo blanco.

—Cierto —replicó lentamente—, pero la sangre de mi padre está en ella.

Entre el más absoluto silencio, Bevan la cogió y la desplegó. Una gran mancha roja y brillante coloreaba el cuerpo del ciervo que corría.

—Entonces será más honrosa —musitó Bevan—. ¿Qué nuevas son éstas, Cuin?

—¿Ha muerto Clarric? —preguntó Dacarin.

—Cierto —replicó apagadamente Cuin—, ha muerto y está decapitado.

Dio la vuelta y caminó sin rumbo hacia la noche. Bevan fue tras él.

—Regresa —dijo Cuin.

—No te abandonaría en tu necesidad —le dijo suavemente Bevan.

—Regresa con tus capitanes. —Cuin se le encaró sin afecto—. Esta noche no necesito el consuelo de los vivos.

Se alejó de nuevo y Bevan permaneció quieto y le vio marchar. Algún tiempo después de que la luna se hubiera puesto, cuando todo el campamento estaba silencioso con un sueño exhausto, Cuin se acercó a la cabecera del hijo de Dene Dale y le halló también en vela.

—¿Cómo va? —preguntó Cuin con algo de amabilidad en su voz.

—Estaré bien —replicó amargamente el muchacho—. Desearía haber muerto; mejor honor sería. Me volví para defenderle, pero una espada penetró mi hombro por detrás.

—Se fue con limpieza —murmuró Cuin.

—Cierto —contestó el muchacho tembloroso y lágrimas silenciosas mojaron su cara.

Cuin se alejó y fue a contemplar el cielo nocturno con los ojos secos y ardientes. El heredero de Wallyn lloró calladamente en su lecho, pero el hijo de Cuin Clarric no pudo llorar.

El día siguiente transcurrió en un pesado silencio. Mirando hacia las áridas distancias del Pozo, los guardias podían ver los muros resquebrajados y a los sacerdotes de Peí revolviendo entre los cuerpos. Nada más sucedió.

Cuando ese día Bevan se reunió con sus consejeros, Cuin estaba allí, con Flessa posado en su hombro. Su rostro estaba pálido y endurecido. Bevan le contempló interrogativamente.

—Estaré bien cuando hayamos puesto a Pel y a sus sacerdotes en la punta de una lanza —replicó a la mirada—. ¡Maldición sobre ese cobarde del manto! ¿Dónde está? ¿Por qué no se muestra en persona y pelea?

Bevan medio sonrió, una mueca carente de alegría.

—¡Pelea con dureza suficiente para mi gusto, Cuin! Pero en cuanto a esa carne suya sin forma, ¿por qué debería arriesgarla cuando sólo precisa defender sus muros inexorables? No es raro que aguardara tan apaciblemente nuestro ataque.

—Así que no has pensado en ningún modo de penetrar la fortaleza —dijo Kael.

—No se me ha ocurrido. El poder de Pel ata todas las cosas de ese Pozo a su voluntad. La propia luz accede a sus caprichos. La suya es la fuerza de las eras, y yo soy joven y estoy medio agotado.

Bevan habló sin autocompasión, pero incluso en su propia miseria Cuin había notado cómo el cansancio oprimía el rostro de su camarada.

—Más aún —siguió Bevan—, la piedra de la fortaleza ha sido robada de los abismos más profundos. Son los propios huesos de la tierra. Ningún arma puede competir con su potencia.

—Las puertas son de madera —hizo notar Daccaerin.

—Están protegidas con runas del más antiguo poder. Parece que Pel Blagden puede desviar todas las cosas buenas para su uso maligno.

—El ruego romperá la madera o la piedra —dijo Cuin resueltamente.

—Nunca he tenido mucho trato con el fuego rojo —respondió lentamente Bevan—. Con todo, hay verdad en lo que dices, Cuin. El fuego es un poder aún más antiguo que la tierra.

—El fuego destruirá todo lo que hay por ganar —objetó Daccaerin.

Bevan alzó las cejas.

—¿Qué ganancia mayor hay que la destrucción de Pel? Aún así, no temáis por los tesoros, mi señor. —En la mirada de Bevan había una amarga alegría—. Os garantizo que estarán almacenados ahí abajo. Los wyverns lo prueban. Tan pesadas criaturas de la oscuridad viven sólo en las entrañas de la tierra. El alcázar de Peí debe ser una puerta de entrada a las regiones inferiores.

—¡Eso no me gusta! —exclamó Kael torcidamente—. ¿Qué viles enemigos pueden aguardarnos ahí?

—Cosas extrañas, cierto, pero no enteramente malignas. Enanos, quizás, y dragones fríos y otros moradores de las tierras interiores. Y joyas, quizás, pues ellos las buscan.

Bevan casi sonrió mientras dirigía su mirada hacia Daccaerin. El resultado era el que había esperado.

—Acordado pues —dijo ansiosamente Pryce—. Mañana iremos con antorchas...

—No, esta noche —le dijo Bevan—. La noche es la hora del fuego y las sombras. Más aún, no usaremos antorchas. El rescoldo del fuego tiene virtud contra todas las cosas malignas, y así cada hombre podrá moverse por sí mismo.

—¡Tardará horas! —protestó Daccaerin—. ¿Y cómo podemos tener a hombres atendiendo tales fuegos?

—Mi pueblo está mucho más familiarizado con el fuego que con la lucha —habló serenamente el Rey de Romanía—. Dejad que atendamos los fuegos.

—Aun así, no parece inteligente tomar el camino más lento si uno más veloz serviría igual —dijo preocupadamente Kael—. ¿Qué dices, Cuin?

—¡Digo que, si es preciso, dejad que llegue el alba! —La frase surgió casi contra su voluntad—. Espero que en ese tiempo podamos destruir a cada uno de esos lacayos sin corazón; pues destruirlos debemos, pronto o tarde. ¿Dejaríais que criaturas así caminaran sobre la tierra?

—Mira —dijo Bevan, mientras las palabras de Cuin sonaban aún en el aire.

Señaló hacia el norte. El avance de una tropa hacía levantarse el polvo de la distante llanura. Sobre ellos flotaba el emblema de la nave de Firth.

—Ahí están tus hombres —añadió Bevan tranquilamente.

Los firthola avanzaban en número de cien. Eran hombres altos, de rubias trenzas y un pálido brillo parecido a la superficie del abismo. Habían varado sus barcos bajo la sombra del Bosque del río oscuro, y habían llegado al sur en dos largas jornadas por tierra. Por la tarde descansarón, y al anochecer estaban más que dispuestos a combatir.

Bajo el pálido crepúsculo, Bevan condujo a sus guerreros en el descenso del sendero retorcido y las empinadas laderas una vez más. Cuin cabalgaba a su lado, y Kael, llevando la ensangrentada bandera del ciervo blanco. Tras la protección a caballo del séquito de Kael, los hombres de las tribus de Romanía conducían sus poneys peludos, cada uno con una pesada carga de madera. Pryce Dacærin encabezaba las largas hileras de infantes que se apelotonaban detrás de ellos.

El rostro de Bevan estaba blanco y tenso.

—Sentí pena por ti —murmuró Cuin mientras cabalgaban.

Bevan sacudió la cabeza.

—Es la muerte la que me entristece —replicó suavemente—. Hay algo en este lugar, Cuin, que podría ponerle fin a la muerte si pudiéramos liberarlo... Pero es demasiado tarde para Clarric.

Las tinieblas creadas por Peí colgaban espesas sobre cada movimiento, aunque su oscuridad se perdía en la oscuridad de la noche. Bevan brillaba pálidamente a su través, como una vela descendiendo por una escalera entre la oscuridad. Junto a los muros en ruinas aguardaban los sirvientes del señor del manto. La batalla empezó en una negrura irreal. Los sacerdotes de Peí eran muchos menos que antes, pero seguían siendo ampliamente suficientes para mantener el pequeño espacio de la torre.

—¡Jinetes, a mí! —gritó Bevan.

Los hombres a caballo se concentraron a su alrededor y penetraron como una cuña en el patio. Cuin luchó con implacable pasión, dando rienda suelta a su odio y desesperación sobre las oscuras figuras encapuchadas que remolineaban bajo él. A su lado, la espada dorada de Bevan mataba con la precisión de un dardo. Nadie pudo decir cuál de sus camaradas mató a más. Bevan y Cuin hicieron cada uno la carnicería que seis hombres habrían podido realizar.

En el espacio que limpiarón, las tribus de gitanos se prepararon para hacer los rescoldos, el más poderoso de los fuegos que brota libremente del propio corazón de la madera. Entre pilas de combustible bien preparado dispusieron un tronco en el que habían hecho un agujero, y en el agujero colocaron un oste coronado con una rueda y sogas. Poste y tronco eran de la más poderosa de las maderas: el roble, pero las astillas eran de la plateada y mística haya.

Mientras la batalla transcurría a su alrededor, los hijos de Romanía alzaron el poste, tensando las sogas con rapidez y ritmo constante. El polvo se formó alrededor del poste, que pronto empezó a humear y brillar. Mientras los hombres se removían todavía en su incesante giro, el Rey de Romanía se acercó y embutió la corteza en la humeante masa. Pequeñas llamas cobraron vida.

—¡Bevan, mi señor! —gritó el Rey gitano.

Bevan se apartó del combate. Los demás cerraron filas para defenderle, pero no había gran necesidad; ya los sacerdotes de Peí se apartaban del humo del fuego recién nacido.

Bevan desplegó sus manos sobre el creciente resplandor y salmodió palabras de bendición.

—Bellet en soláis —susurró—, skalde mir nillende es olettyn wbe solistet than dilbyst nelltes. («Niño del sol, ayúdanos a destruir a estas criaturas que quieren deshonar a tu hermana, la Oscuridad.»)

El fuego se alzó, lamiendo su camino por el enhiesto poste. Los gitanos descansaron de sus esfuerzos y dejaron que sus sogas alimentaran las llamas. Amontonaron la madera, y pronto el incendio rugió hasta la altura de un hombre y bañó el sombrío patio con su luz escarlata. Los sacerdotes de Pel cedieron ante él, huyendo apresuradamente hacia la fortaleza. Los hombres lanzaron vítores y se lanzaron tras ellos, pero en vano golpearon las puertas con sus espadas; la madera y el hierro se mantuvieron firmes.

—¡Arqueros! —gritó Bevan.

Los hombres que recorrían los límites occidentales del Bosque eran expertos en el lanzamiento de flechas. Hundieron sus dardos en la llama y los enviaron en un arco como pájaros brillantes a través del negro cielo, dirigiéndolos hacia las estrechas ventanas enrejadas. El propio Bevan tomó una vara ardiente y cabalgó con ella hacia las puertas. Tensándose hasta su mayor altura, le habló y la sostuvo contra la antigua runa de protección esculpida en lo alto; después, la lanzó a través de las verjas hacia la oscuridad interior. Oyó pisadas dentro del recinto cuando los hombres sin hacer se apartaron de ella.

La paja y las briznas que aseguraban un suelo de piedra ardería si los defensores no se atrevían a evitarlo. Ahora las ventanas superiores de la fortaleza de Pel estaban rojas. Los guerreros de Bevan lanzaron vítores y apilaron estacas ardientes contra la puerta que ya se notaba caliente por el fuego del interior. Pronto el ruego calcinó los flancos de la torre y saltó de su puerta como lenguas de dragón. En unos momentos los resistentes muros estaban recubiertos de llamas, cuyo penetrante calor hizo retroceder a los atacantes de un modo inigualable para los sacerdotes de Pel. Junto a la puerta, el roble oscurecido por la sangre humeó de pronto, para estallar luego como una antorcha gigante. Sus chispas alimentaron el horno que una vez fue llamado la torre de Pel. En el rugiente corazón del fuego, las piedras chasquearon y cayeron, las barras de hierro de la puerta se retorcieron y se quebraron como palitos. Ningún grito pudo oírse sobre el tumulto de las llamas, de modo que quizá los hombres sin hacer marcharon mudos hacia su condena. De vez en cuando una figura apenas humana asomaba entre el resplandor, y oscuras capas se alzaban en montones de ceniza para unirse en las alturas a los cuervos.

Los más feroces de los asaltantes bailaron y gritaron viendo encogerse entre las llamas a los hombres sin hacer. Otros se apartaron, enfermos. Bevan permaneció sobre su corcel y lo observó todo sin moverse. A su lado, Cuin, igualmente mudo, contempló el fuego, agotado y sacudido por la fuerza de la cálida furia que sobrepasaba incluso a la suya.

—Ninguna carne podría vivir en eso —murmuró por fin.

—Con todo, aún presiento un mal por venir —musitó Bevan.

Dacaerin cabalgó hacia ellos, su cabello ardiendo tan rojo como la torre.

—¿Y ahora qué? —gruñó—. No podemos quedarnos aquí toda la noche mirando el fuego.

—Podemos acampar —le replicó Bevan—. Dispón una guardia, Dacaerin, y deja que los demás descansen y duerman. Y en cuanto a los rescoldos, no dejes que nadie piense en apagarlos, sino que se consuman por sí solos.

—Haré un turno de guardia —dijo Cuin.

—No, Cuin, duerme —le urgió Bevan—. Es muy probable que te necesite con urgencia por la mañana.

—No puedo dormir —le dijo Cuin.

—Si me lo permites —replicó Bevan amablemente—, puedo traerte el sueño.

—No —respondió Cuin con pesadez—, éste es un camino que debo andar por mí mismo, Bevan...

Se apartó para montar guardia, una figura tensa como el acero contra el resplandor del incendio.

Con el amanecer llegó un aguacero que enfrió un tanto las piedras, enviando blancas nubes de vapor hacia la oscuridad que se dispersaba. Hacia la mitad de la mañana, las ruinas de Blagden se alzaban desnudas y sin incendios a la tenue luz gris del Pozo. El tocón del roble, calcinado y mutilado, surgía del muerto esquisto. Ni siquiera huesos de los muertos quedaban junto a lo que había sido la fortaleza. Sólo sus piedras se acurrucaban en su cubil como un enorme animal agachado, y el negro vacío del umbral se abría como sus fauces.

Con Cuin a su lado, Bevan cabalgó hasta la ominosa arcada. Kael y Dacaerin les seguían de cerca, con sus hombres de confianza. Todos desfilaron por el ennegrecido salón, atisbando a la débil luz de las aspilleras y las grietas que se retorcían entre las piedras. Bevan se movía con seguridad incluso entre la turbia oscuridad. Les llevó a una gran escalera de piedra que descendía a los abismos, debajo incluso de las profundidades del horripilante Pozo. Con las espadas en la mano, los pies precavidos y los oídos en tensión, empezaron a bajar por ella.

Algunos sacerdotes de Pel habían buscado refugio allí, y sus cuerpos encapuchados cubrían las escaleras como un montón de murciélagos gigantes. Todos estaban muertos; los guerreros se aseguraron de ello al pasar por su lado. La escalera terminó no en mazmorras, sino en una caverna que ninguna mano de hombre había tallado. Sinuosas piedras se curvaban descendiendo hasta un abismo donde brillaba un resplandor rojo. Bevan alzó su destellante espada.

—¿Wyverns? —musitó Cuin, pues nadie hablaba en voz alta en aquellas regiones del abismo.

—Sólo Duv lo sabe.

Recorrieron en tensión la curva del pasillo, pasando junto a más cuerpos encapuchados, los muertos de Peí. Los cadáveres se apilaban profusamente, pero más allá de la curva de la caverna no había más. La piedra, lisa y húmeda, aparecía desnuda bajo una iluminación rojiza y líquida.

El brillo venía de un lago parecido a un estanque de sangre, con una superficie viscosa de escarlata y negro, abismos congelados. Bevan condujo a su partida hasta el borde, pero apenas habían puesto pie en la tallada ribera, los guerreros más endurecidos por la batalla temblaron de pavor y huyeron gritando. La mayoría temieron a horribles serpientes, criaturas de horror tal que ningún hombre podía soportarlas, aunque algunos fueran aterrados por demonios más personales. Pryce Dacaerin gritó y huyó, nadie podría decir nunca de qué. Kael dejó caer su espada sobre las piedras y Cuin gimió y se tapó los ojos. Clarric venía hacia él surgiendo del sangriento estanque, un Clarric mutilado que llevaba su cabeza cercenada; la pena y el reproche estaban en sus ojos apagados.

—¡Tenía que hacerlo! —gimoteó Cuin.

Sintió un brazo a su alrededor, un cálido contacto que no pertenecía a este lugar de muerte.

—Cuin —preguntó Bevan—, ¿qué sucede? No veo nada.

—Un horror que sobrepasa las pesadillas.

Cuin se esforzó en mirar una vez más. Clarric le seguía contemplando; las arterias latían y se derramaban en su cuello cercenado. Cuin se apartó, tambaleándose, aferrado a Bevan como un niño aterrorizado.

—¡Marchémonos de aquí! —jadeó.

—Tenemos que dar un rodeo —dijo Bevan.

—¡No puedo soportarlo! —gimió Kael, temblando aún junto a su caída espada.

—Entonces, retrocede con tu honor intacto —le dijo bondadosamente Bevan—. Di a los demás que se aparten del Pozo. Aquí no hay tarea para ellos. Que dejen sólo nuestros caballos; el mío y el de Cuin... Es decir, si viene conmigo.

—Voy contigo —jadeó Cuin, como si sufriera un dolor físico—. ¡Pero que sea de prisa!

Y así, Cuin fue conducido alrededor del pétreo borde del estanque, ciego, tropezando en su ceguera, agarrándose con fuerza a la cálida y luminosa mano de Bevan.

Descendieron más y más abajo. La caverna se había ensanchado hasta ser un salón pétreo con muchos y retorcidos pasillos que se alejaban. Cuin quedó asombrado; había wyverns que resoplaban y ladraban desde sus cuevas, pero se apartaron de un salto ante el relámpago de la espada de Bevan. En el centro del salón, Bevan vaciló, examinando el aire en todas direcciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cuin.

—Pel —replicó Bevan abruptamente, lanzándose hacia la oscuridad, a su izquierda—. ¡De prisa, Cuin!

Pero no les habría sido preciso apresurarse, pues el señor del manto les aguardaba. Alto e informe en la oscuridad, se alzaba ante la roja luz de los carbones. Sobre el resplandeciente fuego brillaba Coradel Orre, el gigantesco recipiente de oro. Amontonados a su alrededor, había muchos tesoros, pero el mayor y más grande de ellos era una corona de plata de radios bellamente ahusados: parecía la esencia de la suave luz blanca, incluso en este lugar de feroz luz rojiza. Las propias paredes resplandecían rojas y cálidas en el abismo. Esta pequeña cueva era ciertamente el refugio más profundo de la morada de Pel y su cámara del tesoro, y era aquí donde había elegido presentarles batalla.

—¡Pel, mi señor! —dijo Bevan sardónicamente—. ¡Bien hallado seáis, al fin!

—Lo mismo os digo, Príncipe sin tierra —replicó fríamente Pel—. Parece que habéis perdido a vuestros leales servidores.

Su voz era profunda y suave, tan carente de aliento como la calma que precede a la tempestad. Ninguna boca se movía bajo la negra sombra de su capuchón. Ningunos ojos se encontraron con los suyos. Cuin habría preferido incluso la más horrenda de las formas a esa forma hecha de nada. Pero Bevan no parecía trastornado.

—¡Por la gran rueda, que aún tengo a un amigo junto a mí! —respondió plácidamente—. Él me secundará. ¿Estás listo, Pel?

De las sombras flotantes de su capa, el dios maligno extrajo una larga espada negra. Ninguna mano parecía empuñarla; el pomo desaparecía en la apertura de la manga.

—A tu disposición —dijo con voz átona.

Bevan alzó a Hau Ferddas. Iluminó el pétreo lugar como una llama de oro, pero ni siquiera ella podía iluminar la sombra que debería haber sido el rostro de Pel. De pronto, Cuin se adelantó.

Todo el miedo y el horror enfermizo le habían abandonado; había encontrado sus más hondas reservas de fortaleza.

—Bevan —dijo rápidamente—, tu padre vive, pero el mío está muerto. Mío es el derecho de la sangre; deja que cobre venganza.

Bevan le miró sorprendido, midiendo su resolución. Cuin estaba cansado, pero lleno de un coraje y una necesidad que Bevan no podía negarle.

—Usa entonces la hoja que es tuya por derecho de nacimiento —dijo suavemente Bevan—. ¡Pero no sacarás mucha sangre de él, Cuin!

Bevan le ofreció la enojada empuñadura de la espada legendaria y Cuin la tomó rápidamente, ya que su enemigo se aproximaba. Pero cuando su mano se cerró sobre la pesada arma, Cuin sintió una oleada de poder como nunca había conocido. Era como si un dios hubiera entrado en él. Extrañas fueron las palabras que gritó:

—¡To nessa laif Elwestrand!» («¡En el nombre de la dulce Elwestrand!»).

Después de lanzar ese grito, se abalanzó sobre el señor del manto.

Pel Blagden cedió ante él como el aire; y como el aire permaneció. Cuin nunca había encontrado un adversario tan escurridizo. La espada de oro en su mano golpeaba con la fuerza y celeridad del águila, pero sin resultado. Entre los oscuros pliegues de las ropas y el capuchón del Pel sólo encontró la nada. Con todo, la espada de Pel era real; más de una vez Cuin recibió su estruendosa fuerza en su hoja. Perplejo, adoptó la postura defensiva, estudiando a su adversario. Pero entonces tomó conciencia de que Bevan no permanecía ocioso. El Príncipe del negro cabello se alzaba con las manos sobre Coradel Orre, y su rostro estaba tenso por el esfuerzo.

El señor del manto debió de verle también. De un salto rebasó a Cuin, pero Hau Ferddas voló para evitarlo mientras Cuin se lanzaba hacia adelante con desesperada prisa. Tenazmente, hizo retroceder a la nada que era Pel, recibiendo duros golpes en el proceso. Ahora, su única preocupación era interponerse entre Bevan y el enemigo. Todo pensamiento de venganza o victoria le había abandonado; sólo esperaba sostener su terreno. Hau Ferddas se lanzaba constantemente para defenderle; mientras sus cansados brazos pudieran alzarla todo iría bien... De vez en cuando miraba a Bevan.

Aunque el Príncipe no se movía, temblaba por el esfuerzo; la más absoluta tensión mantenía abiertos sus labios y estiraba su rostro sudoroso. Cuin recibió un golpe en la empuñadura de su espada que le hizo tambalearse, se enderezó luego para lanzar un golpe a lo que debería ser la garganta de su enemigo. Estocada, parar, respuesta...

Un estruendo ensordecedor resonó por todo el lugar, tan temible y repentino como la perdición. Sorprendido por el ruido, Cuin bajó la guardia. Pero no importaba. Su enemigo se había derrumbado sobre la piedra con un áspero grito que resonó hasta las profundidades del interior de la tierra; siglos de agonía se hallaban condensados en ese grito. Cuin miró. Por el instante de un parpadeo creyó ver un rostro viejo, viejo y unas manos arrugadas. Un lobo, o un ave de carroña... No pudo recordar el rostro, vio sólo huesos —¿polvo?—, no, un montón informe de ropas. Asombrado, se volvió hacia Bevan.

Pero Bevan no podía ayudarle. El Príncipe yacía inmóvil, como muerto. El poderoso cuenco de Coradel Orre se había resquebrajado, y Bevan estaba tendido entre los fragmentos de oro rojo tachonados de perlas. Cuin se arrodilló a su lado y pronunció su nombre, girando el flácido cuerpo con sus manos. Bevan no se movió; pero no había ninguna herida que Cuin pudiera ver.

Algún hálito de la tierra pareció moverse a través del lugar, una agitación casi carente de sonido, y de pronto Cuin sintió la necesidad de apresurarse lo más posible. Colocó a Bevan sobre sus hombros y agarró la espada de oro y la corona de plata. Tan deprisa como pudo, desando el camino por el que habían venido. En la gran caverna, los wyverns ladaban y saltaban con salvaje agitación. Desde muy lejos, Cuin pudo oír el eco de un estruendo, como los primeros murmullos de una tormenta subterránea.

Se apresuró ascendiendo las largas explanadas de la empinada caverna. Jadeando bajo su carga, apenas notó que el estanque escarlata ya no le daba miedo, aunque seguía brillando como la llama. Cuando alcanzó el corredor más estrecho, sintió temblar la piedra bajo sus pies, y rompió en una penosa carrera. En todo su alrededor la tierra estaba llena de gruñidos y rechinamientos. Cuin subió a saltos los escalones con el corazón retumbando y se apresuró a cruzar el salón ennegrecido por el fuego hasta la puerta. Los caballos estaban atados cerca, su ruano y el corcel pinto de Bevan. Jadeando por el cansancio, puso a Bevan sobre el ruano y con el cuchillo cortó las riendas de los dos caballos.

En el mismo momento en que subía detrás de Bevan, pudo ver el esquisto gris de las áridas laderas de Blagden deslizarse suavemente hacia el fondo. El patio tembló. El corcel gris relinchó asustado y se lanzó por el retorcido sendero hacia arriba. Cuin envió al ruano detrás suyo todo lo deprisa que su carga le permitía. Lejos, en las alturas, pudo ver

a Flessa describiendo círculos como una mota de fuego. Debería de estar a unos centenares de metros por encima del suelo, pero se hallaba a más de dos kilómetros por encima de él.

El ruano galopó valientemente, aunque piafaba de terror. A medio camino, el sendero cedió súbitamente bajo sus cascos; saltó el abismo y siguió galopando. Cuin cerró los ojos y suplicó como no lo había hecho en toda su vida: «¡Madres, ayudadnos!» Antes se habría enfrentado a una docena de espadas que ser enterrado vivo. Pero cuando miró de nuevo, se hallaban cerca del borde; en realidad, el borde se deslizó hacia ellos. El ruano rebasó el suelo que se movía y galopó salvajemente entre un ejército de hombres asombrados y aterrorizados, hasta que por fin cojeó hasta detenerse, exhausto, junto al pinto.

Cuin contempló boquiabierto el abismo del que acababa de salir. La fortaleza en ruinas había desaparecido, desvanecida en las rojas profundidades como tragada por una vasta garganta. Mientras miraba, las piedras se cerraron como los bordes de una bolsa, retorciéndose y tensándose. Luego, el resto del Pozo se movió repugnantemente ante sus ojos; la propia sustancia del Pozo parecía hervir y agitarse. Subió más y más arriba, como el caldo en una olla. La tierra temblaba; los hombres cayeron al suelo y gritaron de miedo. Cuin bajó a Bevan del ruano, escudándolo con sus brazos. Pero todo terminó con la rapidez de un rayo de sol. Flessa se lanzó hacia abajo y aterrizó serenamente sobre el hombro de Cuin. Donde había estado el Pozo había ahora un campo de guijarros, al mismo nivel que la llanura que le rodeaba. La tierra había reclamado su seno herido y sus huesos robados.

A medida que los hombres se interrogaban y se tranquilizaban el uno al otro, se levantó un tumulto de conversaciones. Dacarin se dirigió hacia Cuin.

—¿Vive ése? —preguntó.

Era una pregunta que Cuin había relegado al fondo de sus pensamientos.

Bevan a duras penas parecía respirar; pero sus manos estaban calientes.

—No lo sé —dijo Cuin apáticamente.

Kael se abrió paso y sostuvo su pulida coraza ante el rostro de Bevan. El aliento la humedeció.

—Vive —declaró Kael—. En verdad, no veo ninguna marca en él. ¿Qué le ha herido?

Cuin no podía decirlo; la pena y el cansancio habían nublado su mente. Llevaron a Bevan a las tiendas de los curanderos, donde le acostaron en un lecho, pero no pudieron pensar en nada más que hacer por él. Se puso el sol y llegó la oscuridad, pero Bevan no se movió. Cuin estuvo sentado a su lado toda la noche, su mente congelada por la desesperación. El joven señor de Wallyn veló por los dos.

Uno de los hombres de Dacarin llegó en la hora antes del alba.

—Algo se mueve, una luz blanca, sobre el lugar que fue el Pozo —Te dijo a Cuin en voz baja y temblorosa—. No oso despertar a mi señor Dacarin por tal fantasma; está lleno de ira. Pero, señor, estamos asustados. ¿Vendréis?

Sólo el terror que había en la voz del hombre movió a Cuin a dar una fatigada respuesta. Dejando a Bevan al cuidado de Dene, caminó pesadamente hasta las líneas de guardia y las cruzó, sin preocuparse demasiado de lo que podría encontrar. Pero mientras la forma blanca se definía en la noche, un nuevo calor fluyó a través de Cuin. Era el ciervo.

—¡Espera un momento! —le dijo absurdamente y corrió a buscar el caballo pinto.

Recogió a Bevan, con mantas y todo, y le llevó acunado en sus brazos mientras cabalgaba por la oscuridad. El caballo se desvaneció de la vista de los guardias como una nube en la noche, siguiendo a una pálida estrella blanca. El ciervo corría ante Cuin y el caballo, deteniéndose y describiendo círculos impacientes ante su lentitud. Les condujo hacia el oeste por la despejada llanura hasta que, en la penumbra del alba, llegó a un lugar donde un solitario árbol plateado perforaba la llanura para cortejar al cielo. Aquí

tendió Cuin a Bevan, y los animales descansarán junto a ellos. Cuin se sentó y esperó. Y, con todo, no podía decir, tan profunda era su insomne desesperación, si había traído aquí a su señor para vivir o para morir.

El alba se volvió de un gris más pálido y un blanco perla y dorado.

Cuando se había hecho oro brillante, Bevan se agitó y se incorporó.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —murmuró, removiendo sus mantas.

Asombrado, Cuin se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —susurró.

—¿Cómo debería encontrarme? —Bevan torció el gesto en amable burla—. Bastante bien.

—¡Amable Príncipe, pensé que te había perdido a ti también! —dijo Cuin, sofocado por la emoción, y se tensó bajo la carga de sus lágrimas sin derramar.

Pero Bevan le tocó, y él lloró como un niño. No había místico poder de curación en las manos que le sostuvieron, ningún brillo de plata, sino sólo el consuelo de la amistad de un mortal.

Era suficiente. Cuin se fue calmando y se quedó dormido. Bevan se apoyó en el árbol color perla y puso su brazo como almohada bajo la cabeza de Cuin. Flessa descansaba encima de ellos y, muy cerca, dormía el ciervo blanco.

Así les encontró Ellid cuando, por la mañana, recorrió ese camino.

4

—Así que he fracasado —le dijo Bevan más tarde a Ellid ese mismo día—. Coradel Orre está destrozado.

Ella le miró interrogativamente, sin entender nada.

—¡Las nuevas que he oído son que has conseguido una gran victoria! Peí Blagden ha sido destruido, él y todas sus obras. El hijo de los inmortales ha triunfado sobre un enemigo inmortal.

—Un dios de polvo. No habría sido sino un mortal de no ser porque el poder de Coradel Orre le sostenía. Como me habría sostenido a mí. —Bevan suspiró—. Ahora que se ha ido, debo realmente acostumbrarme yo mismo a un destino de mortal.

Ella se le quedó mirando.

—¡Un mortal y un Rey! ¡Tu suerte podría ser peor, Príncipe de Eburacon!

—Cierto, me queda Eburacon. —La mirada de Bevan se suavizó—. ¡Las hermosas fuentes y los dorados jardines de Eburacon! Vayamos allí después de casarnos, Ellid... sólo nosotros dos por unos días, como estuvimos antes. Y luego traeré la paz a las sombras guardianas, y dejaré entrar a mi pueblo, para convertirla en mi corte. —Se sostuvo, su sonrisa desvaneciéndose en un fruncimiento—. ¡Si mi fuerza regresa, puedo hacerlo! Ahora mismo sólo soy otro caminante en la tierra, como los demás hombres. Es extraño y terrible estar hecho de tan ligera sustancia. Me siento como una cáscara vacía.

—Con seguridad que pronto estarás mejor —le consoló Ellid—. Todos están cansados después de tal combate. Mira a Cuin.

Pues Cuin dormía aún, tendido con el abandono de un niño bajo el árbol plateado. Bevan se estremeció de piedad por él.

—Estaba apenado —dijo—, y ha sangrado y, por último, me ha salvado, eso dicen los hombres, ¡junto con la espada y la Corona de Plata, nada menos! Cualquiera de las tres cosas habría sido maravilla suficiente. Tu primo no tiene igual entre los hombres, Ellid.

—¡No en su estupidez! —Cuin se levantó y se sacudió, caminando luego hasta ellos—. Esa misma noche debí llevarte al bosquecillo sagrado, Bevan.

—¿Cómo, y mi dama aquí? —Bevan le sonrió—. El ciervo te condujo bien, Cuin. ¿Has dormido bien?

—Sí —respondió lentamente Cuin—, excepto que aún la vil imitación de mi padre hecha por Peí turba mi mente. Esa cosa en el estanque sangriento.

—No era Clarric, sólo una semejanza obra de Pel —le dijo Bevan suavemente—. Lo sabes, ¿verdad? Me duele no tener ayuda mejor que darte...

Cuin se encogió de hombros.

—El tiempo le quitará su aguijón. ¡Pero ojalá no olvide nunca la gloria de Hau Ferddas! —Sus ojos marrones se iluminaron maravillados—. Los hombres morirían por ese arma. ¿Cuáles fueron las extrañas palabras que me arrancó?

—To nessa laif Elwestrand —murmuró Bevan—. En el nombre de la dulce Elwestrand. No sé lo que significan, pero me atravesaron como una espada.

—¡Incluso así, merecería ser puesto al fuego por mi locura! —Cuin se dio una palmada—. ¡Dejé la espada de oro y la corona con mi tío, Pryce Dacarin!

—¿Por qué, qué mal hay en ello? —Ellid les miró asombrada—. Mi padre no es un ladrón.

—No, Ellid, pero tú no has puesto las manos en Hau Ferddas. —Cuin la miró resueltamente—. Despierta la sed del poder. He sido triplemente estúpido por dejarla apartarse de mi vista.

—Estabas hundido por la pena y agotado hasta la médula —le dijo Bevan—. Más aún, no pienses tan mal de tu tío. Ha servido valientemente; no puedo hallarle ninguna falta en este día.

—Con todo, debería volver enseguida —murmuró Cuin.

—Come y nos iremos.

Así pues, cabalgaron de regreso a lo que había sido Blagden bajo la luz dorada del final de la tarde, con Cuin sobre un caballo prestado y Ellid y Bevan sobre el pinto. Cuin y Bevan se sorprendieron al acercarse, pero Ellid se limitó a sonreír; no había enviado mensajeros en vano. Los guerreros, hasta el último hombre, estaban formados en la llanura, esperándoles, y a una señal alzaron sus espadas con un potente grito.

Ellid saltó con ligereza al suelo y se apartó hacia Cuin. Bevan se quedó solo en el espacio así despejado, quieto y recto como una flecha. Pryce Dacarin se levantó y se inclinó ceremoniosamente ante él.

—Mi señor de Eburakon —se le dirigió—, aquí se encuentran los que van a juraros fidelidad en este día.

—¡La corona! —gritó Kael—. ¡Prestemos juramento a quien hemos coronado nuestro Gran Rey!

Dacarin se giró e intentó silenciarle con una mueca, pero Kael enfrentó su mirada, sonriendo feliz.

—Aunque, en verdad, ninguno de nosotros es digno de tan noble oficio, coronarle —añadió maliciosamente.

—Todos vosotros sois dignos de ello —dijo Bevan con su voz suave y melodiosa, lo que fue oído por todos.

—¡Entonces, que todos prestemos una mano para ello! —gritó Kael—. ¡Paje, adelante!

El joven Dene de Wallyn avanzó con la corona de plata sobre un cojín; los hombres se esforzaron y se empujaron para tocarla mientras pasaba.

—¡Ahora, señores míos! —les dirigió Kael—. No, mi señor, no precisáis arrodillaros...

Con la ayuda de muchas manos, colocaron sobre Bevan la Corona de Plata de Eburakon; sus brazos le rodearon. Dacarin ardía de ira en tanto que Cuin permanecía quieto, deleitado, contemplándolo todo.

—¡Pobre Tío! —le susurró a Ellid—. Había esperado tener este honor para sí mismo.

—¡La espada! —exclamó el Rey de Romanía—. ¿Dónde está su espada?

—¡Muchacho! —ordenó Pryce ásperamente.

Dene trajo a Hau Ferddas envuelta en un lienzo. Bevan la cogió y la levantó; la espada relampagueó como una llama a la luz del sol poniente. Los guerreros lanzaron murmullos de asombro para prorrumpir luego en aclamaciones.

Kael ayudó a Bevan a ceñirse la espada, y le besó. Luego se arrodilló ante él.

—Señor, dejadme ser el primero en ofreceros mi fidelidad.

—Me sois muy querido —le dijo con ternura Bevan—. Pero dejad que Cuin venga también a mí.

—¿Qué? —Cuin sonrió a Bevan desde su lugar, a un lado—. No soy noble.

—Lo serás, cuando hayamos encontrado un dominio que te merezca. —Bevan tendió su mano—. Ven.

Aturdido, Cuin le obedeció. Arrodillándose, con las manos ceñidas por las de su Rey, recitó roncamente el viejo juramento de fidelidad: «...honrar y defender... apoyar y mantener... en firme lealtad...» Cuando lo hubo hecho, se puso en pie junto a Bevan mientras los demás señores juraban a su vez, atándose a sí mismos en nombre de los dioses que tuvieran en mayor estima. Pryce Dacarin estuvo entre los últimos, y juró por la sangre.

Cuando el último de los señores se levantó, Cuin alzó su espada.

—¡Larga vida a Bevan, Gran Rey! —gritó, y los demás secundaron el grito.

Los hombres rompieron filas y se lanzaron hacia adelante para ver y tocar, pero Ellid estaba al frente de ellos. Besó a Bevan en los labios, bajo el cielo dorado, y los guerreros les aclamaron estruendosamente. Dene alzó el estandarte del ciervo blanco todo lo alto que sus jóvenes brazos podían sostenerlo. Ellid lo miró flotar y su rostro se volvió blanco como la muerte.

—¿Qué es esa mancha? —susurró.

—Sangre noble. —Bevan pasó un brazo a su alrededor y la contempló, su corona parecida a un sol de plata—. El escarlata de Clarric no puede sino honrarla.

—¡Es como un presagio! ¡No puedo soportar el mirarla! —Ellid se tapó el rostro, temblando—. Llévatela.

—Apártala de aquí, muchacho —le dijo Bevan con amabilidad a Dene, y se giró hacia el sol poniente.

Los guerreros se dispersaban hacia los fuegos de sus campamentos, bromeando y yendo por cerveza. Unos pocos de los señores se quedaron en las cercanías.

—¿Iréis ahora al norte, Kael? —preguntó Bevan.

—¡No hasta que os hayáis casado! —exclamó el Rey de las negras trenzas—. No podría dejar de honraros en ese festín.

Y así, el cortejo viajó tranquilamente hacia el oeste. Lo componían Kael y su disminuida banda, los gitanos y los firtholas, Bevan, Cuin y Pryce Dacarin con su séquito, incluidas Ellid y Eitha en su litera estrechamente cerrada por cortinajes.

Unos pocos señores cabalgaban con ellos, pero la mayoría de los señores del sur se apresuraron hacia su hogar, para regresar al festín de bodas con sus esposas y los regalos.

Aunque el clima cálido se acercaba a su apogeo, no había bandidaje en el país. Por primera vez en el recuerdo, durante el verano las cosechas no fueron pisoteadas y ni las chozas incendiadas. Los campesinos dieron las gracias a sus dioses por la prosperidad que parecía asegurada, ahora que sus señores habían desviado su atención hacia los festejos antes que hacia las batallas. La gente creyó que tal era el decreto del Rey recién coronado, pero sólo acertaban en parte.

Un espíritu de paz flotaba sobre Isla, pues se habían formado amistades junto al horrible Pozo de Blagden.

Cuin cabalgaba siempre al lado del Gran Rey; Cuin el Halconero le llamaban los hombres a causa del ave que estaba siempre sobre su hombro o trazando círculos sobre su corcel.

Muchos señores le miraban con estima, pues era tranquilo, cortés y valiente, y una justa manera de ver las cosas brillaba en sus profundos ojos marrones.

Pero hacia su camarada, el Rey Bevan, todos sentían veneración: pues habían visto cómo niveló el Pozo por el poder místico de su voluntad, y cómo trajo la ruina a todas las obras de Peí con su espada y sus manos resplandecientes.

En una veintena de días tranquilos, el cortejo llegó al lugar de los laverocs y dispuso su campamento. Se alzaron las tiendas; Ellid y Eitha las embellecieron con brillantes cintas y pendones. Se cavaron fosos para cocinar y se los circundó de piedras. Muchos de los hombres partieron hacia el Bosque, a medio día de viaje, para traer caza al festejo. Cuin fue con ellos, pero Bevan se quedó con Ellid.

Los soleados paisajes de las tierras bajas daban renovado placer a Ellid cada día. Nunca se cansaba de contemplarlos.

—Cuin tenía razón —le dijo a Bevan—. Este lugar es una delicia para mí.

—Te conoce bien —dijo quedamente Bevan.

Pronto llegaron los demás jefes, y las suaves planicies de las Tierras Bajas se engalanaron brillantemente con pabellones y ondeantes banderas. Corceles lustrosos pastaban por los alrededores; mujeres de airosa cabellera paseaban en grupos y conversaban de noche alrededor de los fuegos. Los cazadores regresaron y Cuin se mantuvo junto a Bevan, pues Ellid estaba ocupada en íntimos preparativos. Bevan estaba inquieto, pues las atenciones de la asamblea le incomodaban.

—Quiera Duv que esto acabe pronto —musitó.

—¿Y qué hay de tu corte? —le dijo Cuin, bromeando—. ¡Ahora eres Rey para toda tu vida! ¿Acaso querías pasarla en una cueva?

—Bien, sea —dijo Bevan cansadamente—, al menos me queda la noche.

Y cuando la oscuridad hizo brillar al máximo los fuegos, desapareció, un vagabundo entre las tinieblas adonde nadie le seguía.

La boda se dispuso para la luna nueva: una estación propicia, dijeron los sacerdotes. Sacerdotes de todo tipo presentes para asentir y dar sabios consejos a la pareja de prometidos. Bevan les ignoró, consintiendo sólo con su silencio. Pero en la víspera de la luna nueva llegaron mensajeros a los que no podía ignorar. Tres hombres morenos y robustos, sobre ponyes hirsutos, vadearon el Río Resplandeciente desde Welas. Pryce Dacaerin hablaba algo de su lengua, y describió su petición a Bevan.

—Vienen de Owen de Twyth, que es jefe de la primera montaña del mar —dijo Pryce—. Desea ciertas seguridades sobre tus intenciones en los años venideros, y un emisario para acordar los términos de la paz mutua.

—No tiene que preocuparse —señaló Bevan, malhumorado—. No soy amante de la guerra.

—Ha oído de tus proezas —sonrió Cuin—. Yo iré.

—No, deja que vaya algún otro. O al menos, deja que espere hasta después de la boda.

—En realidad —le dijo Cuin calmadamente—, preferiría no estar aquí para la boda.

Tan silencioso era el dolor de Cuin, cuando contemplaba la felicidad de Ellid, que Bevan casi lo había olvidado. El remordimiento le aferró cuando miró a los ojos de Cuin, y no supo reconocer el peligro.

—Ve entonces con todas mis bendiciones —dijo apresuradamente—, y no te olvides de regresar rápidamente.

Apretó la mano de su camarada, pero no pudo pensar en nada más que decir.

Luego se alejó hacia la noche sin luna.

Al amanecer, Cuin marchó hacia Welas sobre su ruano, dominando con su estatura a los tres achaparrados mensajeros y sus pequeños animales. No se podía ver a Bevan por ningún lado, pero Ellid dio un beso de despedida a su primo. Contempló alejarse a Cuin con una aflicción que a duras penas podía explicarse a sí misma. Conocía lo bastante bien el significado de su marcha, pues sentía la seguridad de que él no había dejado de quererla. Con todo, su camino había sido trazado un año antes. ¿Cuál, entonces, era esta angustia que desgarraba su corazón?

El día siguiente era el de la boda. En aquellos tiempos el tomar esposa no estaba señalado por ningún voto; muy a menudo una mujer hacía sencillamente un fardo con sus cosas y se dirigía a su nuevo hogar. Pero la boda de un Rey era un acto de política real y un portento anunciador de buenas nuevas para todo el reino. Más aún, Ellid era la hija de Pryce Dacarin. Las anchas extensiones de sus dominios iban a unirse en matrimonio al floreciente poder del joven Gran Rey. Cada señor de Isla que tenía un mínimo de diez hombres a sus órdenes estaba allí para el acontecimiento. La exhibición de sus regalos formaba un gran montón sobre las herbosas elevaciones de las Tierras Bajas.

El cortejo se reunió sobre el promontorio redondeado que permitía otear hasta la difusa distancia de los confines de Isla, o eso parecía. Ellid ascendió hasta el claro en su aplanado ápice. Los pesados collares de oro que colgaban de su cuello y sus brazos no eran sino una porción de la dote que Pryce le había dado. Sobre su cabeza había una guirnalda de trigo, por la fertilidad, y signos de cada dios y cada buen presagio estaban bordados en oro sobre su traje azul, el color de la constancia. En sus manos sostenía monedas y telas, por la prosperidad. En verdad, llevaba la carga de todas las esperanzas para las que el pueblo había podido encontrar un símbolo, y bajo todo eso Ellid a duras penas era ella misma; era un recipiente, la Novia. Junto a ella, Bevan estaba tan pesadamente cargado con espada, atavíos y corona como Ellid; ya no era Bevan sino una herramienta, el Rey. Novia y Rey se buscaron con la mirada, pero apenas podían verse tras el destello de sus atavíos.

Los sacerdotes se movieron y parlotearon. Los señores exhibieron sus buenos deseos y su riqueza. Pryce Dacarin discursó largamente. Al fin, tomó a la muchacha y la hizo volverse, Bevan tomó con su mano la de ella y, así de sencillo, todo estuvo hecho. Descendieron la herbosa ladera hacia los fosos de cocinar y su pueblo se apelotonó detrás de ellos. El festejo empezó y continuó hasta mucho después del anochecer. La cerveza fluyó abundante y se dijeron muchas bromas groseras. Ellid enrojeció mirándose nerviosamente los pies, pero Bevan apenas pareció oírlas. Su rostro estaba tan pálido como el armiño de su túnica, y sus ojos oscuros miraban muy lejos, hacia Eburakon.

Por fin llegaron las doncellas y, entre risitas, se llevaron a Ellid. Más tarde, los hombres que no estaban demasiado ebrios se llevaron del mismo modo a Bevan. Kael, tambaleándose entre risotadas, le alivió de sus ropas; Dacarin cogió la corona y la espada. Complacidos, los demás le indicaron cual era su tienda. Entró en ella y les escuchó alejarse a trompicones.

Ellid estaba tendida, sólo con el camisón, sobre un lecho de almohadones y colchas amontonadas. Apenas si respiró cuando Bevan vino y se tendió a su lado, poniendo su mano sobre la de ella. No había calor en su mano, ningún poder apasionado. De fuera llegó el sonido de una ronca risotada, y Bevan gimió.

—Amor —murmuró con intensidad—, todo está equivocado; desde el principio hasta el final este día ha sido un error. No soy yo mismo, en mí no hay corazón, soy una marioneta y una cáscara, tan vacía como la negra cáscara de la Luna.

No podría entrar en tu lecho, si todas las noches fuerán como esta.

—Cierto —respondió ella desanimada—, todo ha ido mal desde que Cuin se marchó.

—¡Por el trueno que dices la verdad! —Jadeó Bevan, y saltó del lecho.

Ellid, le detuvo con una exclamación de sorpresa.

—¿A dónde vas?

—¡Sólo Duv lo sabe! Hay curación en la noche, incluso en la noche de luna hueca.

—¡Traerás la vergüenza sobre mí! —Lloró Ellid— Te buscarán aquí por la mañana. Tiéndete conmigo al menos, y deja que te abrace, quizás así hallarás algún consuelo.

Las lágrimas la ahogaban.

—Bien, bien.

Bevan se apresuró a tranquilizarla y tendió su ágil cuerpo junto al de ella. Acunó su cabeza en su pecho y sintió sus lágrimas sobre su cabello negro como el cuervo, pero no había lágrimas de Bevan de Ebucaron.

A la mañana siguiente, temprano, cuando la mayor parte del campamento yacía aún en el estupor de la ebriedad, Pryce Dacarin se levantó y fue de caza. Llevó con él arco y lanza y un arma extraña para la búsqueda de la caza: la espada de oro de Lyrdion, envuelta en un lienzo de la enseña del dragón.

Sabía bastante bien donde se podía encontrar al ciervo blanco, pues varias veces los cazadores lo habían visto frecuentar las zonas exteriores del Bosque junto a las Tierras Bajas. Siempre huía con excesiva rapidez para ser perseguido, si tal hubiera sido su intención. Pero Pryce Dacarin era tenaz cuando la tenacidad era necesaria para sus propósitos. En el mediodía del verano, cuando todas las criaturas salvajes se tienden a sestear bajo el entramado de la sombra, Dacarin vagó hasta ver el brillo de astas plateadas sobre los enredados arbustos.

Dacarin tensó su arco hasta que la cuerda tocó su oído. La punta acerada del dardo, de una yarda de largo, apuntaba justo al costado del ciervo tendido. Pero en el mismo momento en que partió el disparo, algún innombrable dedo de temor tocó al venado; se levantó de un salto y escapó a lo lejos.

Maldiciendo, Dacarin corrió hacia su caballo. Con todo, no había errado del todo a su presa. La flecha, afilada como un cuchillo, había penetrado hondamente en la pierna del ciervo por encima del corvejón. La sangre tachonaba las hojas. La pista llevaba hacia el este, hacia Eburacon.

El bayo rojo de Dacarin era alto y de esbeltos miembros. Corrió velozmente entre los árboles, con su pelirrojo amo agachado sobre su cuello por la ansiedad. Toda la larga y cálida tarde cabalgó Dacarin, y de vez en cuando un destello de blancura a lo lejos le mostraba su presa. Hacia el anochecer supo que el ciervo debía empezar a cansarse, pues el balanceo de las ramas le dijo que había pasado recientemente por allí. Con todo, frunció el ceño, pues la noche se acercaba inexorablemente, y la oscuridad pondría fin a su cacería. Espoleó al caballo hasta su paso más rápido permitido por el Bosque.

A la grisácea luz del crepúsculo aferró su lanza, dejó el retorcido rastro de sangre y cabalgó sin desviarse entre los árboles. Avistó por fin al ciervo y lanzó un áspero grito de triunfo. La espuma surgía de su boca, y sus ojos oscuros abultaban, medio aturdidos, en su delicado rostro. Dacarin conocía esa mirada; la había visto a menudo en hombres y bestias. Su presa ya no podía evitarle más.

Pero aún sus patas temblorosas corrían tan veloces como su agotado caballo; Pryce luchó largamente por alcanzarle. Fue en los últimos y tenues momentos del crepúsculo cuando lanzó por fin su jabalina, y el ciervo se tambaleó y cayó con el golpe. Se alzó luego con un trémulo esfuerzo, arrancándose la lanza y luchando por alejarse. Dacarin le vio marchar y se alegró. Había visto la mancha brillante extenderse en el alto flanco, y creyó que no podría vivir largo tiempo.

La primera mañana como esposa, Ellid se levantó para encontrar un marido tan distante como su hogar. Bevan le habló poco, pasando el día reunido en consejo con sus vasallos, arreglando incontables detalles de tributos y defensas. Ellid sabía que él se alegraba de tener así excusa para mantenerse apartado de ella. Sospechaba también que sentía alegría por la ausencia de su padre, aunque se preguntaba adonde había ido Dacarin. Su madre no sabía nada, y a medida que el día avanzaba, Eitha pasó de la curiosidad a la preocupación, recorriendo el campamento y preguntando discretamente por su esposo. Pero si alguien le había visto partir mantuvo quieta la lengua, pues no era correcto inquirir por los actos de Pryce Dacarin.

Al atardecer, Ellid y Bevan se sentaron de nuevo entre el cortejo, junto a los fuegos, y comieron las carnes frías del festín del día anterior. Bevan le cogió la mano.

—Mañana cabalgaremos hacia Eburacón —le susurró al oído—. Sólo nosotros, Amor. Todo estará bien...

Ellid jadeó de sorpresa y le sostuvo por la mano cuando él casi se derrumba sobre el fuego. Bevan había sido golpeado como por un puño invisible y, aunque consciente, el dolor le impedía hablar.

Los hombres gritaron y trajeron vino; las mujeres le importunarón con emplastos y friegas. Pero él siguió rígido y encogido, temblando de agonía. Kael y algunos otros le llevaron cuidadosamente al lecho, donde Ellid y Eitha permanecieron a su lado. Toda la noche yació con los ojos abiertos y temblando.

Tampoco Dacarin regresó.

El día siguiente amaneció tan dorado como parecían ser todos los días en las Tierras Bajas. Ellid habría maldecido al sol que se burlaba de su desgracia. Bevan estuvo tendido todo el día en incesante sufrimiento y, aunque a veces exhalaba alguna palabra, no pudo decir nada de lo que le torturaba. Ellid sostuvo sus manos y acarició su cabeza, pero sabía que escaso consuelo podía darle. Los demás se sentaron inactivos y esperaron tristes y preocupados, como si todo fuera un presagio del desastre; sin razón alguna, Kael dobló la guardia. Los hombres oteaban el horizonte sin resultado. Dacarin no volvió y ni ocurrió nada más salvo que, cercano el anochecer, Bevan gimió y cerró los ojos. Ellid corrió a su lado. Seguía respirando, pero no parecía enterarse de nada y ella se alegró.

A la mañana siguiente, Ellid mandó hombres en busca de nuevas de su padre, pues aunque Eitha nada decía, sus ojos estaban enrojecidos. La partida volvió al caer la noche; habían trazado un gran círculo, de varios kilómetros, y no habían visto rastro alguno salvo éste: en los confines del sur del Bosque habían encontrado una flecha embotada y un arco. Ellid los tomó sin una palabra, pero un miedo extraño atenazó su corazón, y se reclinó junto a su enfermo señor esa noche con el frío terror como manto.

Cuin no había viajado ni un día con sus taciturnos compañeros antes de que aprendiera a desconfiar de ellos. No les reprochaba que no hablaran su lengua, pero le inquietaban sus gruñidos y que ninguno mirara a los ojos de los demás. Con todo, cabalgaron durante dos días sin incidentes, y por dos noches durmió tranquilamente y sin ser molestado. Vadearon el Río Resplandeciente y se adentraron en los valles que se alzaban en las colinas y montañas de Welas. Era un país verde y hermoso, pero densamente poblado de bosques, y Cuin vio poca gente. Sus tres guías de aspecto osuno le condujeron hacia el sur, hacia las montañas que bordeaban el mar. Al pie de las colinas el suelo era más delgado y más fácil de labrar. Allí había establecido su dominio Owen de Twyth.

En la tercera noche, Cuin se acostó pronto sobre su manta, pues estaba cansado de cabalgar y tenía el corazón dolorido. Había intentado no pensar en Bevan y Ellid, casados ya desde hacía dos días, pero todavía imágenes de su felicidad le atormentaban. No

podía desearles mal alguno, pero sentía una profunda pena por él mismo, pues bien sabía que jamás volvería a sentir tal alegría.

Ellid nunca sería suya y en toda su vida no desposaría a ninguna otra.

Yació silencioso pero despierto hasta que sus toscos compañeros roncaron. Luego se deslizó en un sueño inquieto y tuvo un sueño que desgarró su mente. Ellid estaba sentada en un verde claro del Bosque, ataviada sólo con su camisón. Su cabello leonado había crecido y caía suavemente sobre sus hombros. Cuin no la había visto nunca tan hermosa y carente de ornamentos. El ciervo blanco vino y la contempló con sus ojos oscuros y brillantes; luego se arrodilló y recostó su cabeza coronada por las astas en su regazo. Ellid se inclinó para besar su boca. Pero cuando la besaba, un gigantesco dragón rojo se precipitó sobre ellos y devoró al ciervo; la tierra del Bosque se manchó con su sangre. Ellid gritó una y otra vez, pero sus gritos eran los gritos penetrantes de un pájaro. Golpeó al dragón con sus manos; éstas se convirtieron en las alas doradas de un pájaro y batieron el aire. Alzó el vuelo en círculos, llorando...

Las alas de un pájaro tocaron el rostro de Cuin. Abrió de golpe los ojos justo cuando Flessa se alejaba. Por un instante no pudo pensar dónde se hallaba, pero al mirar, el peligro resonó en su interior. En la penumbra vio unas formas oscuras como tres árboles retorcidos que no habían estado allí antes. Cuin desenvainó mientras se levantaba de un salto y daba una patada al fuego para avivarlo.

Se precipitaron sobre él con rapidez, tres contra uno. Pero eran pésimos espadachines, y él era más alto y el doble de hábil. Les mantuvo a distancia gracias a la longitud de su brazo, hasta que pudo cazarlos uno a uno. Después les dio el golpe de gracia y se sentó para limpiar su espada. El sueño había huido de él por esa noche; no sabía qué pensar. ¿Por qué enviaría Owen de Twyth a sus hombres para matar a un emisario? En el peor de los casos había pensado que podían reservarle una dolorosa bienvenida al fin de su viaje. Pero un paso como éste no significaba nada, ni siquiera un desafío. Quizá los hombres eran meros ladrones; ¿podía tratarse de otra cosa? ¡Mas con seguridad que habían escogido un modo peculiar de hallar su presa!

Cuin permaneció sentado toda la noche, con los nervios en tensión. Por la mañana había decidido lo que debía hacer. Owen de Twyth era un jefe de noble reputación, rudo quizá, pero no malvado. Si estos eran sus hombres, merecía tener noticias de ellos. Más aún, Cuin Kellarth no era de los que retroceden ante una tarea.

Viajaría como emisario a las tierras al sur de Welas y traería de vuelta su mensaje al Rey. Cuin dejó los cuerpos de los muertos donde yacían, alimento para las aves de carroña. Pero cargó su impedimenta en sus animales. Atando a los ponies juntos, partió montado en su ruano.

¡Muchos le habrían tachado de loco, por cabalgar hacia el dominio de un señor extranjero con los despojos de tres hombres muertos detrás de él! En verdad, él mismo se interrogó sobre sus propósitos, pues no podía confesarse la verdadera razón de su viaje: que no podía soportar el volver con Bevan. Todavía no.

Era la hora más oscura de la noche y hasta la luna creciente se había puesto cuando Kael se aproximó a Ellid, sentada junto a la cabecera de Bevan.

—Señora —le dijo tembloroso—, hay una forma blanca en las Tierras Bajas. Me atrevo a decir que, de algún modo, pertenece a nuestro señor, pero no os engañaré: no tengo valor para acercarme a ella.

—¡El ciervo! —exclamó Ellid alegremente, y salió enseguida.

Los guardias se habían agrupado y señalaban hacia el norte. Ellid sólo podía ver una mancha blanca en la lejanía. Corrió ágilmente hacia él hasta que se encontró sola en la noche y entonces, cuando el terror la dejó paralizada, se detuvo con un escalofrío. No era el ciervo quien se alzaba ante ella; era una mujer que llevaba una tela manchada de sangre en su mano.

No era vieja ni joven, sino de una hermosura carente de edad; y, aunque su cabello era blanco, era del mismo blanco luminoso que sus manos y su vestido. Su rostro brillaba con igual palidez, pero no había velo sobre él. Al acercarse, más que andar se deslizó. Ellid vaciló, pues se decía que las damas blancas de la noche esclavizaban con una palabra a los seres mortales... Pero, con todo, la noche era amiga de Bevan. Ellid obligó a su lengua a moverse.

—¿Qué queréis? —musitó.

—A mi hijo —respondió la mujer con una voz en la que había toda la música del dolor.

—¡Celonwy! —exhaló Ellid al tiempo que todo el temor la abandonaba. Ahora sabía dónde había visto el delicado trazado de aquel rostro—.

Madre —murmuró, y dio la vuelta para guiarla hasta la tienda.

Los guardias se dispersaron ante ellas, y hasta Eitha tragó saliva y huyó. Ellid no se preocupó, pues había oído el amor en esa voz melodiosa.

Bevan yacía con el rostro ceniciento y los ojos cerrados; su cuerpo estaba tenso por el dolor. La diosa se sentó y tomó la cabeza de Bevan entre sus manos. Le descubrió el pecho y puso en él la tela manchada de sangre. La apretó fervientemente con sus blancas manos al tiempo que alzaba el rostro y pronunciaba palabras que Ellid no entendió.

Bevan se removió para volver a tenderse luego, respirando fácil y tranquilamente. Un débil brillo iluminaba sus mejillas. Temblando, Ellid se arrodilló para tocarle. Luego, llorando en silencio, tendió las manos a quien le había curado. Celonwy cogió su mano y la besó; una caricia de mortal, aunque Ellid no podría decir cómo lo supo. Apartando las lágrimas de sus ojos, volvió a mirar; sentada junto al cuerpo dormido de Bevan no había sino una hermosa anciana.

Cuando Bevan despertó, horas después, fue el rostro cansado de Ellid el primero que vieron sus ojos. Le alargó los brazos ansiosamente.

—¡Oh, Amor, Amor! —murmuró, y la besó tiernamente; cálido consuelo afluyó a ella con la caricia—. Lo siento —susurró él.

—Calla —le dijo ella amablemente—. Mira, aquí hay alguien a quien no has visto en éste y en muchos años.

Bevan vio a una plácida mujer de cabello blanco a la que no conocía y luego, al comprender la verdad, miró de nuevo.

—¡Madre! —gritó, ahogado por la emoción mientras la abrazaba—. ¡Oh, Madre, te has entregado a la Muerte!

—No es una perspectiva tan temible, y había llegado la hora —dijo ella serenamente—. Tu padre se fue, hace ya muchos meses, y se fue con alegría.

—Algunos dicen que la Muerte es una noble compañía —replicó Bevan conmovido—, pero no deseo encontrarla por un tiempo.

—No, hijo mío, pues aún tienes lo mejor de la vida por probar. —Celonwy sonrió—. Por lo tanto, cuando supe que debías dejarme y precipitarte hacia los más oscuros peligros, conjuré de ti lo más vital de tu espíritu y lo puse en el refugio de una noble criatura, el ciervo blanco. Y en ti dispuse algo de su fiero amor a la libertad para que te apartara del peligro.

Así, vuestras vidas estaban unidas y mientras uno de vosotros viviera, el otro no podía morir. Fue una intromisión por mi parte, lo reconozco. Que yo sepa, te ha salvado dos veces, pero algún mal ha surgido de ella. No podías vivir del todo, amar del todo o sentir del todo el dolor... En tu corazón no eras sino una criatura salvaje, un vagabundo apartado de los hombres. Y finalmente eso te llevó a la miseria en que te he hallado.

—Pero, ¿qué le ha ocurrido al ciervo? —exclamó Bevan.

El rostro de Ellid estaba rígido y blanco.

—Luchó por volver a mí, terriblemente herido por la lanza de un cazador. Rápido de miembros y duro de corazón debe ser quien lo persiguió. Ahora habrá muerto y su pena

habrá terminado, gracias sean dadas... Tomé un poco de su sangre en mi pañuelo y me apresuré hasta aquí para devolverte lo que te había tomado, tu más auténtico corazón. Me alegro de que estés bien ahora, pero siento pena por la muerte de una criatura tan hermosa.

—La pena sea para quien la destruyó —musitó Bevan.

—Todos sabemos quien pudo ser —dijo Eitha desde la entrada.

Su redondeado mentón temblaba, pero su amable rostro estaba endurecido y anguloso; la angustia hablaba desde tal dureza.

Ellid se le acercó rápidamente y la rodeó con sus brazos.

—Madre —le dijo con suavidad—, no es necesario.

—Es necesario que sea una mujer y deje de ser un gusano. Muchacha, no es el hombre con el que me casé. Estos meses pasados todo escrúpulo le ha abandonado, salvo la fría astucia del poder. Sé que te casó con Bevan sólo para poder ser padre de una Reina. Apartó a Cuin de nosotros para mantenerte como su heredera. Y ahora se ha llevado la espada de oro.

—¿Hay mensajes de Cuin? —preguntó Bevan.

—Ninguno, —susurró Ellid—. Sigue en Welas.

—Entonces debo cabalgar hasta allí. —Bevan se levantó de un salto para prepararse, esparciendo las ropas en su prisa—. Traedme comida y mi equipo... Ellid, ¿no querrás que me quede cuando Cuin está en peligro?

—No —respondió ella—. Pero lleva a Kael contigo.

—No, debo ir solo. No tomaré séquito; esto no debe ser una invasión, o Welas se levantará en armas. Permaneced aquí y esperad noticias.

La besó apresuradamente, abrazó a su madre y partió tan deprisa como el pinto pudo llevarle. El campamento le contempló, asombrado, desaparecer en la lejanía hacia Welas. A la entrada de la tienda había tres mujeres: una matrona apenada, una diosa de pelo blanco como la nieve y una joven esposa, bella como la aurora. Pero, en sus miedos, los tres espíritus eran como uno solo.

Una semana después, tras un rápido viaje, Cuin llegó a Twyth. Los campos cultivados y los pastizales trepaban abruptamente hasta la fortaleza dispuesta a mitad de la primera montaña que se alzaba entre Welas y el mar. Con su botín detrás, Cuin ascendió el empinado sendero hacia las puertas, indiferente a las miradas de los campesinos.

—¡Abrid! —gritó en el lenguaje de Isla.

El guardia le examinó y se marchó. Cuin esperó durante unos minutos de creciente irritación.

—¿Quién va? —le desafió por fin una voz desde el interior, en el idioma isleño, aunque hablado con vacilación. ¿Qué iba a decir? Ni era señor de Wallyn ni de las tierras de Dacarin, sólo de una llanura vacía y sin nombre.

—Cuin el Halconero —rugió por fin—, emisario de Bevan, Gran Rey en Isla a Owen de Twyth en Welas. Vengo en paz, aunque la paz no ha sido mi destino. ¡Abrid!

Las puertas se abrieron con un lento crujir y Cuin penetró muy rápidamente a caballo. Quien se le dirigió en su propia lengua era un hombre corpulento, de mediana edad.

—Soy Owen de Twyth —dijo receloso—. Sois bienvenido, Hombre del Rey, en nombre de vuestro señor, cualquiera que sea vuestro asunto aquí.

—Eso sois vos quien debe decirlo, señor. —Cuin desmontó para dirigirse hasta él—. Vos me mandasteis a buscar.

Los ojos del hombretón se agrandaron.

—¡No lo hice!

—Tres hombres bajos y rechonchos vinieron a nuestro campamento —explicó Cuin trabajosamente—, requiriendo un emisario para Twyth con pruebas de nuestras intenciones pacíficas.

—Me alegraría concluir un tratado de paz con Bevan, Gran Rey —protestó el jefe—, pero no envié a nadie. ¿Quiénes son esos hombres que usarón mi nombre?

—Me asaltarón en la noche, como ladrones, y les maté. Esas son sus bestias y sus arreos.

Owen paseó la mirada por los caballos con cortés desprecio.

—Tendríais que haberlos matado junto con sus amos —dijo—. Me avergonzaría mantener tales jamelgos en mis cuadras.

—Os he molestado sin proponérmelo, señor —farfulló Cuin.

Todos sus sentido le decían que aquel hombre de bruscas maneras decía la verdad, y una repentina turbación se alzó en su pecho. Se lanzó hacia su ruano.

—¡No es preciso que os vayáis! —exclamó Owen—. Quedaos, comed y hablaremos de vuestro señor.

—Esas son palabras corteses —le dijo Cuin—. Pero, señor, siento prepararse una tempestad de penalidades; alguna astucia sutil me apartó del lado de mi señor. Debo volver junto a él a toda prisa. Espero que nos encontraremos de nuevo en momentos más felices.

Cuin alzó una mano en saludo y picó espuelas hacia la puerta.

—¿Qué hay de esos jamelgos? —le interpeló el jefe.

—¡Echádselos de comida a vuestros perros! —gritó Cuin, y envió a su corcel montaña abajo.

Mientras descendía hablaba vehementemente consigo mismo, reprochándose su error, pero no tuvo demasiado tiempo para el lujo de insultarse por él. Apenas había llegado al entramado del bosque cuando un caballo rojo con un jinete alto y pelirrojo se le interpuso; Pryce Dacarin bloqueaba su camino. Cuin le miró, pues en la mano de su tío estaba la gran espada de oro de Lyrdion.

—Bien hallado, sobrino —dijo Dacarin ásperamente.

—Así que fuiste tú quien les mandó para matarme —susurró Cuin.

Pryce echó la cabeza hacia atrás y rió, una risa fría de dragón.

—¡Cierto, pagué a esos tres para que te llevaran, y sabía que no te dolería ir con ellos! Pero parece que han estropeado su trabajo y debo hacerlo yo mismo. Lo habría hecho antes, si hubiera podido apartarte de ese precioso Príncipe tuyo... ¡malditos seáis ambos!

—¿Por qué? —Cuin le miró resueltamente a los ojos, sin ira o súplica—.

Mi señor y yo os hemos honrado siempre, y hemos hablado justamente de vos.

—¡Honrado! —Dacarin escupió las palabras con la virulencia de un reptil; Cuin retrocedió ante lo apasionado de su odio—. ¡Honrado! ¡Bien he tenido que luchar para que aún no me hayáis robado mis tierras! ¡Os habéis llevado todo lo demás: la lealtad de mis hombres, el afecto de mi esposa, mi hija y mi espada! ¡Pues esta espada es mía por derecho, Cuin, traidor! —Dacarin se acercó, blandiendo a Hau Ferddas ante el rostro asombrado de Cuin—. También yo soy un heredero del linaje de Lyrdion, ¡y si se me hubiera hecho justicia la espada habría sido mía, y el reino y la corona también!

Pryce rió de nuevo, y en su risa había sangre.

—Pero volveré a poseer lo que es mío, Cuin, Hombre del Rey; incluso a mi hija tendré de nuevo, y ella me hará Rey.

—Todos los clanes han jurado venganza contra quien rompe un juramento y derrama la sangre de su pariente —musitó Cuin.

—¡No he roto ningún juramento ni derramado la sangre de ningún pariente! —graznó Dacarin, cruelmente triunfante—. Sólo he matado a un venado, un hermoso ciervo blanco... ¡como mataré a quien me ha traicionado!

Pryce Dacarin saltó con traicionera rapidez en tanto que Cuin seguía helado de desesperación ante tales noticias. Pero Flessa se lanzó desde el hombro de Cuin y batió sus alas sobre el yelmo de Dacarin, dirigiendo sus garras hacia los ojos. El furioso señor

le golpeó con su puño enfundado en cuero, derribándolo herido al suelo. Cuin no lo vio; había dado la vuelta y echado a correr.

Sabía que no tenía ninguna oportunidad contra la mística fuerza de Hau Ferddas. Condujo velozmente el ruano por el borde del Bosque, pero el corcel de Daccaerin le seguía con igual velocidad, apartándole del refugio de los árboles. Cuin galopó por los desnudos hombros de las montañas, buscando en vano refugio. Algo golpeó su pie y el ruano se tambaleó. Cuin miró hacia abajo, incluso ahora, a duras penas, era capaz de creer en lo infame de los actos de su tío. Luego se lanzó de un salto mientras su caballo caía al suelo con la lanza de Daccaerin sobresaliendo de su costado. Con un insulto, Daccaerin espoleó a su bayo para arrollarle.

Como un animal acosado, Cuin se dirigió hacia las rocas, buscando las alturas donde el caballo rojo no podía seguirle.

Jadeando, se escabulló hacia el quebrado borde de Welas. Su juventud le daba allí buena ventaja, y pronto dejó muy atrás a Daccaerin. Pero el rastro sangriento de su pie herido marcaba su ruta. Resoplando, se sentó para vendarlo.

Hecho esto, trepó más lentamente a un elevado desfiladero entre dos grandes moles de piedra. Una vez allí, pensó en seguir a lo largo del risco montañoso fuera de la vista de Daccaerin. Apenas sabía por qué deseaba escapar. Arrebatarse la espada a su tío, a cualquier precio... Pero, ¿de qué servía, si Bevan estaba muerto? Las lágrimas surcaron las mejillas de Cuin, por el destino de Bevan y por su propia locura al abandonarle. Llegó dificultosamente al desfiladero y cojeó hasta alcanzar la cima. Una estrecha cornisa nacía a su derecha hasta terminar en una pared de piedra. Abajo había sólo acantilados desnudos, cayendo durante miles de metros hasta el inaudible estrépito del Mar Occidental.

Cuin se volvió, sabiendo de antemano lo que vería. Pryce Daccaerin entraba en el desfiladero, recortado contra el cielo. La brisa del mar levantaba su brillante cabellera como un plumaje de fuego, y la gigantesca espada resplandecía en su mano, brillante como una llama. Feroz exultación encendía su rostro. Cuin había visto antes tal rostro coronado de fuego.

—En verdad eres un auténtico Rey de Lyrddion —gritó con amargura, y se adelantó para enfrentarle.

Lo que siguió apenas puede llamarse un duelo. Cuin no podía resistir a Hau Ferddas, que se movía con rapidez superior a la que una mano humana podía guiar. En unos momentos fue obligado a retroceder contra el acantilado, y a lo largo de la cornisa hasta la pared, con la espalda contra la roca. Sangraba ya de una docena de heridas. Mantuvo su espada ante él; al siguiente golpe de Daccaerin, la espada se hizo pedazos en la mano de Cuin, que arrojó la inútil empuñadura al abismo del mar, y esperó el fin.

—¡Bien! —se burló Daccaerin—. Parece que no necesito ser culpable de verter la sangre de tu corazón, sobrino. Sólo tengo que empujarte hasta el borde, así.

Puso la potente punta de la espada en el costado de Cuin y la usó como un aguijón. Pero Cuin no se movió ni siquiera cuando la hoja le mordió.

—¡No será tan fácil, tío! —jadeó entre dientes, doblado por el dolor—. Tendrás que matarme de veras; y tampoco apartaré mi cara de la tuya. ¡Ojalá pueda interponerse entre el descanso y tú! ¡Cobarde traidor! ¿Fue a ti a quien vi en el estanque de la sangre?

—¡No, cachorro lunático! —rugió Pryce.

Alzó irritadamente la gran espada para el golpe final. Pero cuando Hau Ferddas silbaba sobre su cabeza, una mano resplandeciente surgió por encima de las rocas y agarró su puño con férrea fuerza. Daccaerin lanzó un grito de sorpresa y dolor cuando la espada de oro le fue arrebatada.

El Gran Rey de Eburacón se alzaba en la cumbre de la montaña. Bevan se recortaba como un dios contra un cielo oscuro de truenos. La rabia le llenaba como un relámpago

de plata; Dacarin se apartó tambaleándose de su vista. Bevan alzó su mano candente que sostenía la espada de Lyrion; con una fuerza asombrosa la arrojó montaña abajo. De un salto, se interpuso entre Cuin y Dacarin, aterrizando como un gato en el centro de la cornisa.

—Pryce de las Fortalezas —dijo con un tono suave y mortífero—, no ensuciaría esa noble hoja de los Inicios con tu sangre. Te combatiré con el acero y la habilidad que mi camarada me ha enseñado. ¡Pardiez, hombre, no oses decir que has olvidado traer tu propia espada, la que no has robado!

Con muda agitación Pryce desenvainó una espada.

—¡Entonces, a por ti! —exclamó Bevan y se movió velozmente hacia el combate.

Cuin se mordió los labios y tembló mientras miraba, pues Dacarin era un veterano luchador que conocía todos los trucos de la lucha, y Bevan había despreciado siempre el arte de la guerra... Pero este día Bevan luchaba con la gracia de una fiera y con la fuerza de su ira. Pryce Dacarin estaba conmovido por el repentino giro de su destino, enervado por su fracaso. Retrocedió a trompicones ante el ataque de Bevan, y luego se giró desesperadamente para huir por el desfiladero. Pero su prisa le traicionó; las piedras resbalaron bajo sus pies y se precipitó por el acantilado. Su grito colgó en el aire durante el largo momento de su caída. Bevan se quedó quieto, mirándole caer.

—Hay dragones en el Abismo —murmuró—, y ahora hay otro más.

Se apoyó contra la roca, con los ojos cerrados y el rostro de un muerto. Alarmado incluso en su gran alivio, Cuin se le acercó.

—¡Bevan! ¿Estás herido?

—No —murmuró Bevan—. El mar, Cuin; me hace daño.

—¡Duv, lo olvidé! —exclamó Cuin—. ¡Aléjate, Bevan, deprisa!

Bevan abrió lentamente los ojos.

—¡Oh, Cuin, estás sangrando! —musitó, y las lágrimas humedecieron sus mejillas.

Cuin le miró, pues nunca había sabido que su camarada llorase. Bevan volvió el rostro hacia la piedra y sollozó. Con un esfuerzo doloroso, Cuin le rodeó con un brazo.

—Aléjate —le apremió amablemente.

Con lentitud, apoyándose uno en el hombro del otro, subieron por el desfiladero y bajaron a tropezones por las empinadas rocas. El dolor desgarraba a Cuin. Se sentó para recobrar el aliento. Abajo, en la lejanía, podía ver el desgarrado bulto de su ruano, yaciendo inmóvil con la lanza de Dacarin en su costado. El gran bayo rojo de Pryce no se veía por ningún lado.

—¿Dónde está tu caballo? —le preguntó a Bevan cuando pudo hablar.

—Lo maté con la galopada hasta aquí. —En la voz de Bevan había una aguda pena—. Flessa yace muerta abajo; ahora sólo quedamos nosotros, Cuin.

Pero Cuin no pensaba en Flessa.

—¡Por la sangre, que estoy tan vacío como la bolsa de un mendigo! —musitó—. No podré ir más lejos.

—Sólo hasta la hierba; entonces descansaremos.

Pero Cuin no logró llegar a los pastizales. Las rocas se alzaron para recibirle, y sin preocuparse se tendió en ellas. Vagamente, percibió una hilera de jinetes a lo largo del Bosque lejano, y oyó a Bevan llamarles. Luego cerró los ojos y olvidó cualquier otro interés.

Cuin despertó para encontrarse acostado en un lecho suave dentro de una pétrea habitación abovedada. Una vieja le contemplaba. Cuando vio sus ojos abiertos se

escabulló fuera, y pronto un hombre corpulento entró en el cuarto, seguido por un criado con una bandeja. Cuin reconoció a su anfitrión como el fornido Owen de Twyth.

—¡Bien! —exclamó el jefe—. Vuestra tormenta de penalidades llegó pronto, ¿eh?

—Veloz y copiosa. —Cuin se sentó precavidamente para tomar la bebida que se le ofrecía—. ¿Cómo llegué hasta aquí?

—Por mis ojos que no oímos cada día el entrechocar de espadas en los montes, Cuin, Hombre del Rey. Envié una patrulla a explorar, y regresaron con vos y vuestro amigo. ¡Ese sí que es extraño! —El hombretón se inclinó hacia adelante, inocentemente maravillado—. Apenas hubo visto que se os cuidaba, partió al galope y regresó con un gran bulto bajo el brazo.

¡Y un halcón muerto, al que tuvo que enterrar como a una buena alma! Después no durmió en toda la noche, sino que anduvo arriba y abajo, sin apenas una luz para guiarle. Pasó por aquí antes del amanecer para veros, y la vieja jura que su mano le quemó el brazo... Ahora ha vuelto a salir, y en todo este tiempo apenas si he oído tres palabras de su boca. ¿Quién o qué puede ser?

—Bevan de Eburakon, Gran Rey —replicó Cuin tranquilamente—, y tiene poderes aún más extraños que los que habéis nombrado. ¿Adonde ha ido?

—Al sur, hacia el mar. ¡Así que ése es el recién coronado Rey de Isla! ¡Y vino a veros en persona! Debéis serle muy querido. Pero, ¿quién os hizo esas heridas?

Owen se detuvo, asombrado, pues Cuin no estaba escuchándole; estaba poniéndose sus ropas.

—¡Señor, no habéis comido! —protestó Owen.

—Debo ir con él —dijo Cuin, preocupado—. Os ruego que me indiquéis el camino.

Sacudiendo la cabeza y protestando, Owen se sometió. Hacia el sur y el este la tierra era alta pero no montañosa, descendiendo en escalones hacia el estuario del Río Resplandeciente. Cuin buscó su camino a lo largo de la ribera y bajó un sendero más allá, hacia donde Bevan estaba sentado contemplando el mar. El ruido del romper de las olas se alzaba bajo él. Cuando Cuin se deslizó para sentarse a su lado, Bevan se sobresaltó.

—¡Cuin! —exclamó—. ¡No deberías estar aquí!

—Tampoco tú —le replicó Cuin.

—Sabes lo que quiero decir —gruñó Bevan—. ¿Cómo te encuentras?

—Algo tieso, pero nada más. —Cuin se acomodó dolorido contra el incómodo risco y extrajo un paquete de su camisa—. Owen no me habría dejado venir sin comida. ¿Comerás algo?

—No, come tú. —Bevan ni siquiera miró los alimentos; sus ojos estaban en el mar.

—Pensé que te hacía daño —señaló Cuin con la boca llena.

—Igual que el amor. —Bevan se volvió hacia Cuin con los ojos llenos de dolor—. Aunque nunca supe cuál era su auténtica punzada hasta hoy... ¡Extraño, Cuin, cuan fervientemente combatimos a esos hombres por hacer del señor del manto! Pues yo también era una criatura sin corazón, ignorada por mí mismo, hasta que mi madre, Celonwy, me liberó del encanto del ciervo blanco.

—Cuéntame —dijo Cuin.

Hablarón durante horas, retrazando tranquilamente las hebras enredadas de sus vidas, buscando los giros que les habían llevado a este lugar donde, los dos lo sentían, el destino hacía girar la rueda.

—Si sólo hubiera mantenido a Hau Ferddas lejos de las manos de mi tío —se apenó Cuin.

—Poco importa. Su deseo de poder habría llegado tarde o temprano —replicó Bevan—. Era lo que ha sido todos estos años... fui un tonto por dejarle apartarse de mi vista.

—Y yo un tonto y un cobarde por dejarte con él, como bien sabía él que haría —suspiró Cuin—. Parece que espada y doncella han sido nuestra piedra de toque; ambas son hojas brillantes de doble filo... ¿Dónde está Hau Ferddas, Bevan?

—Bien escondida.

Bevan contempló intensamente el mar. Cuin boqueó y cogió su mano; había seres en el abismo. Una mágica mirada verde se encontraba con la suya. Grandes ojos, salvajes y carentes de temor, atisbaban bajo el tumulto de una cabellera batida por las olas. Otros parpadeaban más allá. Cuin luchó por incorporarse.

—¡Alejémonos! —gritó—. ¡Son sylkies; te volverán loco!

Pero Bevan se había levantado de un salto, llamándoles en su extraño y melodioso idioma, luchando contra la presa de Cuin. El pueblo del mar se desvaneció como cisnes bajo las olas. Bevan se los quedó mirando con ojos llenos de deseo, y Cuin aferró sus hombros temblorosos.

—¡Alejémonos! —le instó—. Hay cosas malignas en el mar; te atraerán como el poder atrajo a Daccaerin.

—¡Malignas! —Bevan se volvió hacia él como un ciervo asustado—. ¡No digas eso, Cuin; son mis hermanos, yo que no tengo a ninguno!

Sus ojos se inundaron como el mar, agachó la cabeza y lloró. Cuin le pasó los brazos alrededor, traspasado por la compasión. El sol se hundió hacia las aguas interminables, y ellos permanecieron quietos.

—Siempre fuiste un extraño entre nosotros —musitó roncamente Cuin por último.

—Dos me han amado —replicó Cuin apagadamente—, dos que merecen más que nadie lo mejor del amor. Pero en realidad, yo nunca he amado hasta ahora, Cuin, y ahora amo el mar.

El sol tocó las olas con su disco dorado.

—Vamonos —dijo Cuin con suavidad—. No puedo pasar la noche en este risco, pero no me iré sin ti, Bevan.

En silencio, recorrieron el camino de vuelta a la fortaleza de Owen. Les dio la bienvenida y dispuso un festín ante ellos, pero Bevan apenas probó la comida. Cuin se fue pronto a la cama y durmió pesadamente por el cansancio de sus heridas. Pero, incluso en su sopor, el miedo le aferraba el corazón. Cuando despertó no se podía hallar a Bevan en ningún sitio. Cuin sabía donde buscarle. Le pidió a Owen la merced de unos caballos y provisiones.

—Muy poco he visto a vuestro Rey, mi señor —se quejó el jefe.

—Tiene el corazón dolorido —confesó Cuin—. Debo llevarle de regreso con su esposa..

Owen reía entre dientes cuando Cuin fue a registrar los acantilados.

—Ven —dijo simplemente cuando encontró a Bevan—. Es hora de irnos.

Bevan fue sin una palabra, buscó su fardo y montó en su caballo. Él y Cuin cabalgaron en silencio todo el día y acamparon en un valle boscoso esa noche. Pero por la mañana, cuando Cuin se levantó, Bevan se había marchado con su caballo, la espada y toda su impedimenta. Cuin le siguió con irritada premura. Al anochecer encontró a Bevan sentado a la orilla del estuario del Río Resplandeciente. Olas saladas lamían sus pies.

—No me moveré de este lugar —dijo Bevan sin entonación.

—Entonces, ¿qué harás? —gritó Cuin furiosamente—. ¿Sentarte aquí hasta morir de hambre? ¿O te tirarás al río, por casualidad? ¡Bevan, no tienes agallas!

—No —respondió quedamente Bevan—. No es sólo el agua la que me llama, Cuin. Hay algo más. Su nombre es Elwestrand.

La palabra atravesó a Cuin y le hizo flaquear.

—Ellid merece saber esto —murmuró.

—Ve a buscarla —ordenó Bevan.

—¡Cómo puedo hacerlo! —gritó Cuin—. ¡No oso dejarte, enloquecido como estás! ¡Morirás de hambre o te ahogarás antes de que regrese!

Bevan le miró agudamente.

—No carezco enteramente de honor —le dijo con rigidez a Cuin—. Estaré aquí cuando vuelvas; te doy mi palabra.

Cuin le miró, lleno de dudas.

—¿Por qué puedes jurar para que te crea? —musitó.

Bevan anduvo hacia su fardo y arrancó a Hau Ferddas de sus envolturas. La clavó salvajemente en la costa, en la marca de la marea alta.

—Por esto —le espetó—. La noble espada de doble filo. ¡Que ella acabe conmigo si te fallo!

—Bien —declaró Cuin, y se alejó cabalgando sin decir nada más.

No dormiría junto al retumbar del mar, un sonido de infinito horror para él.

Más de quince días después de que Bevan se hubiera ido, Ellid permanecía aún en las Tierras Bajas con Eithas y Celonwy. Unos pocos seguidores de Dacarin se quedaron para traerles alimento, pero todos los demás se fueron. Kael había partido tiempo ha lleno de pena hacia su pueblo, en el lejano norte, acompañado de los hombres de las tribus de Romania. Los firthola habían vuelto a sus barcos y los señores a sus dominios. El joven Dene había conducido a los restantes hombres de Wallyn. Los pájaros cantaban todo el día, pero Ellid no disfrutaba de esos cantos. Nunca se había sentido tan sola.

Así, el día en que Cuin apareció sabía por su rostro que sus nuevas eran malas.

—¿Qué noticias hay? —preguntó al separarse de él.

Él no se dirigió a ella, sino a su madre, que estaba a su lado.

—Tía, vuestro esposo ha muerto. Lo siento.

—Quieres decir que has matado un dragón, —replicó Eitha ásperamente—. Ése no es motivo de pena.

—No, yo no le maté. Tenía a Hau Ferddas, y no podía enfrentarme a él. —Cuin seguía mirando a su tía—. Bevan le venció.

—¡Entonces Bevan vive! —exclamó Ellid con agradecimiento.

—Sí, pero no está bien —dijo Cuin que no osaba mirarla a los ojos.

—¿Herido? ¿Cómo?

Estaba asustada, no tanto por sus palabras como por el modo de decirlas, pues nunca había visto a Cuin hablándole al suelo.

—No, no herido —farfulló Cuin—. Su corazón está enfermo.

Ellid le miró indefensa, y Celonwy se aferró al brazo de Cuin.

—Ahora dime claramente lo que ha sucedido.

Cuin se enfrentó a los profundos ojos de esta mujer a la que no había visto nunca, y supo de inmediato que ella comprendería.

—Se sienta ante el mar.

—Entonces debemos ir junto a él a toda prisa —dijo Celonwy.

—Así sea.

Partieron con la luz del amanecer. Pese a su frágil aspecto, Celonwy se negó a ir en la sofocante litera. Montó ágilmente a la jineta en un caballo, dejando que su falda color perla fluyera sobre sus pies. Ellid hizo alegremente lo mismo, ignorando las miradas de los espectadores. Eitha no dijo nada, pero les despidió bravamente. No iría con ellos; viajaría con la servidumbre al feudo de su esposo. Sólo Cuin iría con los demás hasta la bahía donde Bevan aguardaba.

Cuin encabezó el grupo con un suspiro lleno de duda. Pero pronto descubrió que las mujeres eran buenas viajeras. Vadearon el Río Resplandeciente el primer día y llegaron a la bahía una semana después. La espada seguía en la playa, en su lugar, y Bevan esperaba junto a ella, contemplando el mar.

—¡Bevan! —le saludó Ellid, toda la armonía del deseo juvenil se hallaba en su voz.

—Ellid —murmuró Bevan mientras ella se dejaba caer a su lado—. ¡Qué mal te he tratado! —Pero a duras penas si se volvió a mirarla; sus ojos estaban fijos mirando las olas.

—Bevan ¿qué es lo que te deleita en esa desolación carente de tierra? —le preguntó ella amablemente—. Para mí no es sino una visión horrible.

—¿Desolación? —Bevan sonrió débilmente, mirando aún el mar—. Mira de nuevo, mi señora.

Mientras hablaba, las burbujas iluminaron las quietas aguas de la bahía y una esbelta cabeza de plata rompió la superficie. Ellid boqueó sorprendida y, de un salto, se apartó de la costa; Cuin se tensó y esperó sin moverse. Pero Bevan y Celonwy contemplaron al dragón marino con sonriente tranquilidad.

Otro se unió al primero; les miraron sin inmutarse y luego se sumergieron, elevando un arco iris de espuma más hermoso que las montañas de Eburakon.

—El mar es una criatura brillante, aunque vasta y profunda como la noche —dijo Bevan con voz baja—. Mundos de maravilla se esconden en sus extensiones. El propio mar ya sería por sí solo bastante maravilla, pero miro también lo que está más allá.

Bevan se construyó un bote. Con sus manos de plata lo modeló de las más nobles madera del Bosque welandés, y cada don de su poder estaba en él. Durante el largo mes de su fabricación, su madre, Celonwy, yació serenamente, agonizando. Estaba protegida por una choza que Cuin construyó apresuradamente de corteza y arbolillos. Ellid la cuidaba y Cuin les traía comida. Bevan a duras penas parecía comer o necesitar alimento, y menos aún conversación o compañía. Se movía y alentaba sólo para su barca y el mar.

Fueron días oscuros para Cuin y Ellid. Habían probado cada medio de persuasión y súplica con Bevan, sin ningún resultado. La voluntad de Cuin era tozuda y estaba dispuesto al enfado y el conflicto. Pero Ellid pronto se dio cuenta de que el verdadero corazón de su esposo nunca había sido suyo; accedió a su partida con una gracia orgullosa que servía para enmascarar su honda desesperación. Toda la estructura que había construido para su vida parecía haberse hecho pedazos a su alrededor, y ahora se dirigía hacia un vacío carente de direcciones. Para consolarse, se aferró a las tareas cotidianas y derramó su maltrecha ternura sobre la frágil mujer a su cuidado.

—No debes preocuparte tanto, querida —le dijo plácidamente un día Celonwy—. La muerte no es gran cosa, aunque Bevan parece pensarlo así. La gente se muere cada día.

Ellid se encogió ante tales palabras.

—Cierto, la gente muere corrientemente —murmuró—, ¡y eso ya es bastante terrible! Pero, ¿cuál no será nuestro temor cuando una diosa desaparece?

Celonwy la miró con amable diversión.

—¿Piensas que la luna se oscurecerá cuando me vaya? —sonrió—. Pero si ya estaba aquí mucho antes de que yo viviera, y seguirá mucho después de que yo me haya ido.

Ellid se la quedó mirando, tratando de entender.

—Es la luna la que me da luz —continuó Celonwy, bienhumorada—, no al contrario... He sido una diosa de la luna porque la tomé por mentora mía. Me ha enseñado la sabiduría suficiente para saber que no soy muy distinta de ti, Ellid Ciasifhon. Si hubieras pertenecido a nuestra hermandad, habrías sido una divinidad del vuelo.

—Te burlas de mí —susurró Ellid, asombrada.

—¡No, ni pizca! ¿Qué es un dios o una diosa si no una persona que sueña? Nosotros, los hijos de Duv, somos los que hemos vivido largo tiempo y recordado magias y misterios surgidos de los Inicios. Eso fue lo que nos hizo seres aparte, pero ahora eso ha terminado con la desaparición de Coradel Orre. No hago sino partir un poco antes que mis hermanos.

—¿Lo sabe Bevan? —preguntó Ellid, trastornada.

—No, no lo sabe. Manténselo oculto, querida. Temo que no podría entender cuán justamente ha actuado. Coradel Orre se hizo horrible en las manos de un dios, y apenas

habría sido mejor en las de los hombres... Es bueno que fuera destruido y es justo que los hijos de la Gran Madre lleguen a su fin. Nuestro tiempo ha terminado, y otro orden de criaturas se prepara para ocupar nuestro lugar.

Ellid no podía entender ni la mitad de lo que había oído, pero la amistosa fortaleza de Celonwy era tranquilizadora.

La diosa declinante hablaron a menudo, y gradualmente Ellid llegó a entender mejor a Bevan, el hijo de los inmortales: su larga lucha con la muerte, la abrumadora fuerza de las invocaciones que le trajeron y, por encima de todo, su horrible y perenne soledad, él que no era ni dios ni hombre.

—Apenas si he tocado la superficie de su dolor —murmuró Ellid.

—Y nadie lo hará, querida, si él no lo permite. Aún no ha aprendido la sabiduría de cómo rendirse a las mareas de su vida.

Cuin no tenía el consuelo de tales conversaciones. Se movía través de los días entre el dolor y la ira solitaria. No alzaría ni una mano para ayudar en la tarea de Bevan, pero no perdió oportunidad de sentarse junto a él y decir lo que tenía en mente. Bevan respondía con sempiterna e indiferente cortesía, lo que despertaba en Cuin una furia impotente.

—Los mensajeros traen nuevas de tu reino —le dijo un día; amargamente a Bevan— Hay rumores de guerra en el corazón del país. Los consejeros de las fortalezas planean ir contra el joven señor de Wallyn. Eitha no puede controlarles.

—Lo siento —replicó Bevan, como ante nuevas de un lugar lejano.

—Bien deberías —le contestó Cuin gélidamente.

Bevan se le enfrentó con estoicismo.

—Cuin, nada te ata a mí. Ve y arregla las cosas.

Las tranquilas palabras golpearon a Cuin como un cuchillo.

—Nunca he dejado de seguirte —susurró tensamente.

—No puedes seguirme a donde voy ahora —dijo Bevan mientras pasaba su mano por los lisos flancos de su nave.

La verdad desgarró a Cuin como una llama; gritó ante el dolor. Bevan se le acercó rápidamente y le sostuvo.

—Así que por fin sabes que debo ir —musitó, habiendo desaparecido de su voz toda la indiferencia.

—Sí. —Las lágrimas ahogaron a Cuin, y no pudo decir más.

—Entonces, por favor, no disputes más conmigo, Cuin —pidió Bevan amablemente—, porque debo separarme de ti con todo mi amor... ¿Debes ir a Wallyn?

—No. —Cuin alzó sus ojos llenos de dolor—. La estación avanza con rapidez. El frío pondrá un alto a todos los designios de los hombres... Bevan, me inclino ante tu voluntad, pero sigo sin entender. ¿Cómo pueden todas las cosas haber llegado a nada para nosotros?

—Extraños son los giros del destino. —Bevan se sentó y su grave rostro se curvó en una sonrisa—. Y con todo hay que pensar en esto: un fin siempre será un principio. Serás Rey, Cuin; toma nota de ello.

—¿Qué? —susurró Cuin.

—El heredero del trono de Lyrddion se casará con la Reina de Eburakon, aquella que es más hermosa que la luz del sol en las Tierras Bajas... Serás doblemente Rey, Cuin. Tendrás a Hau Ferddas para hacer cumplir tu voluntad, aunque pienso que apenas la necesitarás para eso, pues eres un gran hombre. Ojalá puedas traer la paz a esta tierra enloquecida por la sangre.

—Me das una carga mayor de la que puedo llevar —gimió Cuin—. ¡Hau Ferddas! ¡Preferiría arrojarla al mar!

—Como desees. —Bevan arqueó sus delicadas cejas—. Pero seguro que cuidarás mejor de esa otra hoja brillante, aquella a la que los bardos llaman Ellid Alaligera.

—¡Qué las Madres me ayuden! —musitó Cuin, y se alejó por el Bosque.

Cantando quedamente, Bevan regresó a su bote. A lo largo de los días otoñales que se acortaban trabajó y cantó:

Una piedra que habla, una vara resplandeciente Llamaron a los señores de toda la tierra. ¿Pero cuál es esta llamada que me arrastra A través del mar eternamente hendido?

¿Cuál es esta llamada de Elwestrand, Un nombre que no entiendo?

El destino es una hermosa mujer, y Hermosos son sus regalos al hombre mortal. Una reina encantadora, una corona de plata, Un giro de la rueda; todo se derrumba. ¿Dónde está el amigo que pueda venir conmigo A través del mar eternamente hendido?

Una piedra apenada, la mano de una vidente Lloran por mi partida para buscar la ribera. Pues la Muerte es un hado poderoso; con todo Aún puedo alzarme para burlar su voluntad. ¿Es éste el poder de Elwestrand, El lugar más allá de las órdenes del sol?

Dos días antes de la luna llena, en una noche cuando las hojas doradas caían de los árboles como la nieve a la pálida luz, Celonwy murió sin un ruido. Cuin y Bevan la enterraron donde grandes higueras daban sombra al río de plata que se ensanchaba en una bahía plateada. Ellid temblaba bajo las sombras melancólicas.

—Es un lugar de ensueño —le explicó Bevan—, un sitio de oscuridad hermosa incluso a la luz del día, pero nunca sin un susurro de claridad. Es adecuado para ella. Vamonos.

A la mañana siguiente, en un día donde el hielo se había vuelto cristal, Bevan deslizó su nave en las relucientes aguas de la bahía. Como un potro recién nacido, el bote tembló y se alejó como un cisne tímido. Surcaba las aguas por sí mismo, cada vez con mayor gracia y cegadora rapidez. Ellid y Cuin contemplaron asombrados la maravilla de sus movimientos.

—¡Vive! —boqueó Ellid.

—Su rapidez es la de toda la vida que surge de los árboles —dijo Bevan—. No he hecho sino liberarla.

El corazón de Cuin estaba dolorido.

—¡Oh, Bevan, cómo podrías haber liberado esta Isla! —apenó.

—No pienses más en ello, Cuin. Lo ido, ido está.

Bevan se volvió y emitió una orden melodiosa. El bote flotó como una hoja hasta la costa, junto a sus pies, y Bevan dispuso una tabla a su lado.

—¡Partes hacia los dientes del invierno! —exclamó Cuin—. ¿Y qué hay de las provisiones?

—No sentiré frío o hambre. No haré sino mirar y soñar. No temáis por mí.

—Soy tu esposa —susurró Ellid—. Debería navegar a tu lado. —Pero el miedo enfermaba su cara ante tal idea.

—¡No, Ellid! —Bevan le cogió con presteza la mano—. Estás unida a mí en matrimonio sólo por las vacías palabras de los hombres. No les prestes oído, escucha tu corazón. Eres una criatura de luz, la luz del sol y del fuego y de todo lo que es cálido consuelo; no tienes lugar en las soñolientas tierras a media luz, más allá del sol poniente. —Su rostro era más que grave; estaba triste con una tristeza que ella nunca había visto en él—. ¡En verdad, Ellid, que te amo incluso ahora, pero de haber sido sabio nunca debería haberte pretendido! Tú y yo somos tan distintos como la noche y el día.

—Y yo también soy de los que deben vivir en la luz —murmuró Cuin.

—Cierto. Sois muy parecidos los dos, e iguales en vuestros amores. Sé que nunca has dejado de anhelar su felicidad, Cuin, y sé que ella te quiere, aunque ella misma no lo sabe... —Bevan puso la esbelta mano de Ellid en la endurecida palma de Cuin y apretó sus propias y hermosas manos sobre las de ellos—.

Ella no es una cosa para ser dada o recibida, Cuin; cortéjala para que consienta, te lo encargo. Que las Madres os bendigan a los dos y os den hijos.

Ellid rió amargamente.

—¡Madres en un mundo de hombres! ¡La reverencia por la mujer ha desaparecido, Bevan, y bien podrías regalarme! Ya extraños sacerdotes rasurados han llegado del este para convocar a nuestro pueblo a sus ritos. Llamen a su dios Padre, y hablen de su hijo atormentado.

—Espero que pueda llegar aún un tiempo —murmuró Bevan— en que toda la gente hable sólo del Único que es padre y madre de todos nosotros.

Abrazó apresuradamente a Cuin y a Ellid para volverse luego hacia el navío que le aguardaba. Cuin le detuvo.

—Tu corona —dijo, y le ofreció la diadema de plata con los radios de Eburakon.

Bevan le miró interrogativamente.

—¡No seré Rey allí adonde voy! ¿No te he dicho que podrías necesitarla?

—Si voy a ser realmente Rey, puedo encontrar una corona. —Cuin se le encaró con firmeza—. Pero no usaré la tuya, Bevan. Tómala.

Bevan sonrió débilmente ante el tozudo brillo en los ojos de Cuin.

—Tomaré la corona si tú guardas la espada. ¿Pacto?

—Pacto —accedió Cuin, y se dieron las manos.

Bevan cogió la corona y una vez más se volvió para partir, pero de pronto Cuin no pudo soportar el silencio. Detuvo a Bevan y le abrazó fuertemente.

—No olvides que eres amado aquí —susurró intensamente.

—No lo olvidaré —replicó Cuin con suavidad—, pero no volveré, Cuin; no lo pienses. Adiós, buen amigo. Adiós, Ellid.

Subió rápidamente al barco y arrojó a lo lejos el tablón. Cuin fue junto a Ellid.

—¡Parte con todas las bendiciones! —gritó ella.

La nave se agitó como un ciervo asustado y de un salto se alejó de la costa. Cuin y Ellid saludaron con la mano, pero Baven permaneció como una estatua resplandeciente en la proa. Su cabello se abría como las alas del cuervo bajo la brisa de su paso; sus oscuros ojos estaban arrebatados. Lejos, fuera de la bahía, los plateados dragones del mar arquearon sus relucientes cuellos sobre el agua como saludo. El ligero bote pasó entre ellos para virar luego hacia la lejanía, hasta que no fue sino una forma llena de gracia en el agua, perdida pronto en el centelleo del mar.

Cuin y Ellid parpadearon y se miraron el uno al otro, asombrados.

—¿Cómo pudo dejarte sin una lágrima? —murmuró Cuin.

—Por las Madres, apenas le conocía —replicó cansadamente Ellid—. Ni él me ha conocido tampoco, aunque me habría aferrado a él hasta la muerte. Ven, marchémonos. No puedo esperar más para dejar este sitio.

Caminaron desanimados hasta los caballos.

—Me atrevería a decir que ahora querrás que monte detrás tuyo —musitó Ellid.

Cuin la abrazó por la cintura y, por respuesta, la subió a su caballo.

—Cabalga como una Reina de las Madres —le dijo—, ahora y siempre. Mantén alta la cabeza, Ellid.

Se alejó y arrancó la espada de oro de su lugar en la playa, envolviéndola en su capa. Luego se detuvo y miró hacia Ellid.

Tenía la cabeza baja, y silenciosos lagrimones se deslizaban por su rostro. Se le acercó y le sostuvo la mano, mirándola en muda interrogación.

—Cuin —se apenó ella—. Querido Cuin. ¡Que todos los poderes impidan que vuelva nunca más a herirte! Pero hay en mí tantas voluntades como gorriones en los árboles, y en mi interior mi corazón se ha vuelto de piedra.

—Habrá tiempo —le dijo Cuin amablemente—. Tiempo para que cures, y tiempo para mí, para que te corteje como mereces, yo que una vez te creí mía sólo por mi derecho... Pero no pienses en mí este día. Te aguardaré en la casa de tu madre, nada más. ¿Estás lista?

Ella asintió, y los dos volvieron sus caballos hacia el norte. Junto a él cabalgó durante los días que agonizaban, y él sólo la tocó con la mirada.

Epílogo

Un año después, cuando las hojas de los árboles se habían vuelto doradas una vez más, Cuin cabalgó con Ellid hacia un pequeño valle en el que había entrado antes una vez. Cuin llevaba en la cabeza una corona de oro. Había sido un verano extraño y sangriento, y Ellid había sostenido alta la cabeza ante temibles pruebas; se había hablado de quemarla como a una bruja que había destruido a su esposo. Cuin se había alzado al poder principalmente para protegerla. Primero sólo había buscado que los consejeros renegados de Dacarin se sometieran a la autoridad que Eitha le había dado. Pero una batalla llevó a otra, y entonces los amigos que le recordaban de Blagden le sostuvieron y le nombraron su Gran Rey. Incluso Kael había sido arrastrado. Los jefes fuera de la ley se hallaban ahora calmados en su mayoría; el reino se mantenía en una tregua intranquila y el invierno la haría más fuerte. Pero Cuin temía la llegada de la primavera y ansiaba el consejo de la vidente.

La vieja Ylim no parecía haber cambiado ni un día desde la última vez que la vieron. Seguía sentada ante su telar.

—¡Bienvenido, Cuin Kellarth! ¡Bienvenida, Ellid Ciasifhon! —les saludó con una sonrisa que estaba sólo en los ojos.

—Dulce es el sonido de esos nombres en mi oído, Ylim —replicó Cuin.

—¿Por qué, Cuin? —preguntó Ellid.

Los ojos de Ellid estaban muy abiertos y llenos de preguntas al contemplar a la plácida anciana, la choza y la vulgar escena, cosas todas que brillaban como recién creadas.

—Es la vieja lengua, como la hablaba Bevan —le dijo Cuin—. Me alegra incluso el oírla, aunque yo no la conozca.

—Hombre firme y doncella de alas luminosas, venid y mirad en mi tela, pues para eso estáis aquí, ¿no es cierto? —les invitó Ylim.

El venado había desaparecido, perdido tras una cortina de color rojo sangre. Pero luego el tono se suavizaba hasta ser el de la luz del fuego y el más rico sol y el oro rojo, como el de la poderosa espada de Lyrdion. En realidad, allí estaba la espada, y más allá de ella relampagueaba una brillante forma de alada belleza.

—¡Flessa! —gritó Ellid.

—Los hombres siguen llamándome el Rey Halconero —se maravilló Cuin—, aunque el pájaro me ha dejado.

—No, aún se aferra a ti. —Ylim les contempló con su mirada omnisapiente—. Ellid Ciasifhon fue siempre tu consuelo, incluso cuando ella no lo sabía.

—Algo de mí se halla en todas las criaturas que vuelan —murmuró Ellid—, y de ellas en mí.

—Así es.

—Con todo, Ylim, tu esperanza y tu visión no implicaban que estaríamos juntos —dijo lentamente Cuin.

—No mientras Bevan el de la Mano Plateada caminara aún por las tierras iluminadas por el sol —replicó prontamente la vidente—. Siento pena por su marcha. Grande es el mal que podría haber evitado, él y sus herederos. Pero el Único no es como un brote o una hoja que pueden ser apartados de su propósito. Incluso más allá de la tragedia, creará bienes ese poder.

Ellid se dejó caer junto a la rodilla de Ylim.

—Abuela, no comprendo —murmuró—. ¿Cuál es el mal del este?

Los ojos de la anciana se nublaron.

—Una gran plaga y fatalidad —se afligió— difundiéndose y creando la sombra incluso de la Fuente. Un mal tan grande que la maldad de Peí es como la rata ante el lobo... Pero no dejes que te asuste, hijita. —Puso su mano seca y arrugada en la cabeza de Ellid—. No ocurrirá en muchas vidas de hombre.

—Y, sin embargo, ¿el Único busca ya prepararnos? —exclamó Cuin.

—Cierto. Los hombres se habrían unido alrededor de Bevan y sus herederos... ¡Ciertamente no es culpa tuya, Cuin, que lleves cicatrices humanas y alces manos de mero poder humano! Tú y los tuyos reinaréis largamente y traeréis la paz a Isla, haciendo de ella una tierra verde y soleada. Pero finalmente la paz se perderá. Ni siquiera Hau Ferddas podrá salvarla.

—Ésa es una sentencia de desesperación —murmuró Cuin.

Ylim casi rió. Su rostro sin edad se arrugó con una sonrisa.

—¡He mirado muy lejos para hallar vuestra condena! ¡Pero ahora parece que debo mirar aún más lejos para hallar vuestra esperanza! No olvidéis que el Único trabaja siempre para nuestro bien. En esos días lejanos, los herederos de Bevan volverán de Elwestrand. El primero de ellos será Verán, pero el más grande de todos será Hal. Y su camarada en estas costas será un retoño de tu linaje.

—Entonces ¿Bevan vive? —preguntó Ellid.

—Por supuesto que vive.

—Y, aun así, ¿está echada la suerte de que debo ser Rey? —preguntó suavemente Cuin.

—¿No te lo dijo el propio Rey? Cierto, está echada. Pero no mires a la ensangrentada Lyrdion o a la sombría Eburakon, construye mejor tu corte en el lugar de los laverocs, un sitio de buenos presagios. Y no dudes de que tu destino es casarte con la Propia Reina, aquella a la que has amado durante todos estos años. Hay cierto mal en ello, porque ella es de tu parentela; tal era la costumbre en la infame Lyrdion. Pero ambos sois de buen corazón, y toda Isla se alegrará de vuestros hijos.

Ellid y Cuin se contemplaron con ojos brillantes, ojos de los que había desaparecido todo rastro de incertidumbre. Cuin le cogió la mano.

—No necesitamos huecos rituales —dijo.

—Ven a mi lecho esta noche —le respondió Ellid suavemente.

Dieron la vuelta y se alejaron de la choza sin decir ni una palabra. Ya Ylim había vuelto a su telar. Había dos días de cabalgada hasta Caer Eitha, pero harían que el viaje durara tres. Bien podría ser que un Rey fuera engendrado entre el regio oro y bermejo de las hojas.

FIN